

John Fante

Camino de Los Ángeles



Lectulandia

A los dieciocho años, Arturo Bandini vive con su madre y su hermana, dos beatas, en San Pedro, el puerto de Los Ángeles, trabaja en empleos duros y mal pagados que no puede soportar, y vive obsesionado por el sexo, su único alivio. En la biblioteca municipal se procura libros de Nietzsche o Schopenhauer que apenas comprende mientras sueña con ser un gran escritor. Y, tras un primer intento fallido, una novela torpe y pretenciosa, se dispone a escribir su gran novela y parte, camino de Los Ángeles, para comerse el mundo.

Ésta fue la primera novela escrita por Fante, enviada en su día a la editorial Knopf, que la rechazó; su viuda la descubrió póstumamente entre sus papeles y se editó en 1983.

John Fante escribió en una carta de 1936: «*Camino de Los Ángeles* está terminada y yo estoy encantado, chico, espero enviártela el viernes. Parte del contenido pondría de punta los pelos del culo de un lobo. Puede que sea demasiado fuerte; quiero decir que carece de “buen gusto”. Pero no me importa». La novela no se publicó, probablemente porque el argumento, a mediados de los años treinta, se consideró demasiado atrevido.

«Habla tan claramente de su tiempo que resulta de mayor interés ahora de lo que hubiera parecido en su época» (Edward W. White, *Los Angeles Times*).

Lectulandia

John Fante

Camino de Los Ángeles

Arturo Bandini - 2

ePub r1.0

Titivillus 29.08.15

Título original: *The Road to Los Angeles*

John Fante, 1985

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Fotografía de cubierta: Ali Kepenek

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL EDITOR NORTEAMERICANO (1985)

En 1933 John Fante vivía en un ático de Long Beach y trabajaba en su primera novela, *Camino de Los Ángeles*. «Tengo siete meses y 450 pavos para escribirla. En mi opinión es sensacional», dijo a Carey McWilliams en una carta fechada en 23 de febrero de 1933. Fante había firmado un contrato con Knopf y cobrado un adelanto. Sin embargo, no terminó la novela a los siete meses. En 1936 reescribió las primeras cien páginas, redujo el argumento y le puso punto final. En una carta sin fecha (escrita hacia 1936), dirigida a McWilliams, Fante dice que «*Camino de Los Ángeles* está terminada y yo estoy encantado, chico... Espero enviártela el viernes. Parte del contenido pondría de punta los pelos del culo de un lobo. Puede que sea demasiado fuerte; quiero decir que carece de “buen gusto”. Pero no me importa». La novela no se publicó, probablemente porque el argumento, a mediados de los años treinta, se consideró demasiado atrevido.

Esta novela presenta al áter ego de Fante, Arturo Bandini, que reaparece en *Espera a la primavera*, *Bandini* (1938), *Pregúntale al polvo* (1939) y *Sueños de Bunker Hill* (1982). El manuscrito, perdido entre sus papeles después de su fallecimiento, en mayo de 1983, lo encontró Joyce, su viuda, y hoy podría incluirse en esa breve y distinguida lista de primeras novelas importantes de autores norteamericanos.

J. C.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Como podrá comprobar el lector adicto, en esta novela, la primera que escribió John Fante protagonizada por su álter ego Arturo Bandini, hay aspectos biográficos de Bandini, su ámbito familiar, que difieren de aquellos de *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo* y *Sueños de Bunker Hill*. Sin embargo, persisten las mismas obsesiones: el sexo y la vocación de convertirse en un gran escritor.

Hice muchos trabajos en el puerto de Los Ángeles, porque nuestra familia era pobre y mi padre había muerto. El primero, poco después de terminar el bachillerato, consistió en cavar zanjas. El dolor de espalda me impedía dormir por la noche. Cavábamos en un solar vacío, no había ni una sombra, el sol caía a plomo desde un cielo sin nubes y yo estaba allí con dos grandullones que picaban con gusto, siempre riendo y contándose chistes, riendo y fumando tabaco pestilente.

Yo empecé con mucho ímpetu y ellos se rieron y dijeron que ya aprendería al cabo de un tiempo. El pico y la pala no tardaron en pesarme. Me chupaba las ampollas reventadas y detestaba a aquellos hombres. Un mediodía quedé agotado, me senté y me miré las manos. Me dije: ¿por qué no dejas este trabajo antes de que te mate?

Me levanté y clavé la pala en el suelo.

—Muchachos —dije—, me voy de aquí. Me han ofrecido un empleo en la Comisión Administrativa del Puerto.

Luego fui friegaplatos. Todos los días miraba por un agujero de una ventana y todos los días veía montones de basura rodeados de nubes de moscas, y era como un ama de casa ante un fregadero atestado de platos, las manos se me sublevaban cuando los veía flotando como pescado muerto en el agua azulada. El jefe era un cocinero gordo. Me animaba a trabajar golpeando las cacerolas. Me ponía contento cuando una mosca aterrizaba en su amplio carrillo y se negaba a marcharse. Estuve allí cuatro semanas. Arturo, me dije, este empleo tiene poco futuro, ¿por qué no te vas esta noche? ¿Por qué no mandas al cocinero a tomar por culo?

No pude esperar a la noche. En mitad de aquella tarde de agosto, con una montaña de platos sucios ante mí, me quité el delantal. Se me escapó una sonrisa.

—¿Dónde está lo gracioso? —dijo el cocinero.

—He terminado. Se acabó. Eso es lo gracioso.

Salí por la puerta trasera, con el tintineo de la campanilla. Se quedó rascándose la cabeza, en medio de la basura y de los platos sucios. Cuando pensaba en aquellos platos me reía; la situación me ha parecido siempre muy graciosa.

Fui ayudante de camionero. Lo único que hacíamos era llevar cajas de papel higiénico del almacén a las tiendas portuarias de San Pedro y Wilmington. Cajas grandes, de un metro de arista y veinticinco kilos de peso. Por la noche me quedaba dando vueltas en la cama, meditando.

El jefe era el camionero. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Vestía polos amarillos muy ceñidos. Le sobresalían los músculos. Los trataba como una chica a su cabello. Me habría gustado decirle cosas que le fastidiaran. Las cajas estaban en el almacén, en montones de quince metros de altura. El jefe se cruzaba de brazos y me hacía llevar las cajas hasta el camión. Él las ordenaba. Arturo, me dije, tienes que tomar una decisión; tiene pinta de bruto, pero ¿qué más te da?

Aquel día me caí de espaldas con una caja en el estómago. El jefe gruñó y cabeceó. Me hizo pensar en un jugador de rugby y me pregunté por qué no llevaba un emblema en el pecho. Me levanté sonriendo. Engullí despacio la comida del mediodía, con el estómago dolorido. Hacía fresco debajo del camión y me había recostado allí. La hora de la comida pasó rápidamente. El jefe salió del almacén y vio el bocadillo que tenía entre los dientes y, a mi lado, el intacto melocotón del postre.

—No te pago para que te tumbes a la sombra —dijo.

Salí arrastrándome y me puse en pie. Las palabras estaban allí, listas.

—Me voy —dije—. Tú y tus ridículos músculos os podéis ir a la mierda. Esto se acabó.

—Bien —dijo—. Eso espero.

—Se acabó.

—Gracias a Dios.

—Hay otra cosa.

—¿Sí?

—Desde mi punto de vista, eres un hijo de puta.

No consiguió pillarme.

Después me pregunté qué habría sido del melocotón. ¿Lo habría aplastado con el pie? Al cabo de tres días fui a averiguarlo. El melocotón seguía intacto junto a la calzada, cubierto por un centenar de hormigas.

Luego entré en una tienda de comestibles. El propietario era un italiano con una barriga que parecía un tonel. Cuando Tony Romero no tenía nada que hacer, se acodaba en el cajón de los quesos y los desmigajaba con las manos. Tenía un buen negocio. Los del puerto acudían a su tienda cuando querían comida de importación.

Una mañana entró pisando huevos y me vio con el papel y el lápiz. Estaba haciendo el inventario.

—Inventario —dijo—. ¿Y eso qué es?

Se lo dije, pero no le gustó. Miró a su alrededor.

—Ponte a trabajar —dijo—. Creo haberte dicho que barras todas las mañanas, nada más llegar.

—¿He de entender que no quiere que haga el inventario?

—No. A trabajar. Nada de inventarios.

Todos los días a las tres había aglomeración de clientes. Era demasiado trabajo para un solo hombre. Tony Romero trabajaba duro, pero andaba pisando huevos, el cuello se le cubría de sudor y la clientela se iba porque no podía perder el tiempo esperando. Tony no me encontraba. Corrió a la trastienda y aporreó la puerta del cuarto de baño. Yo estaba leyendo a Nietzsche, memorizando un largo pasaje sobre la voluptuosidad. Oí los golpes, pero no hice caso. Acercó un cajón y se subió a él. Su prominente mandíbula apareció por encima de la puerta y al bajar la vista me vio.

—*Managgia Jesu Christi!* —gritó—. ¡Sal de ahí!

Respondí que saldría inmediatamente. Se fue gruñendo. Pero no me despidió.

Una noche estaba en la caja registradora, repasando las ventas del día. Era tarde, casi las nueve. Yo quería ir a la biblioteca antes de que cerraran. Maldijo entre dientes y me llamó. Me acerqué.

—Faltan diez dólares.

—Qué raro —dije.

—No están aquí.

Comprobé las cantidades atentamente, tres veces. En efecto, habían desaparecido los diez pavos. Buscamos en el suelo, apartando el serrín con los pies. Miramos otra vez en el cajón de la caja registradora y finalmente lo sacamos para inspeccionar el hueco. No los encontramos. Le dije que a lo mejor se los había dado de más a un cliente, sin darse cuenta. Él estaba convencido de que no. Se pasó los dedos por los bolsillos de la camisa, por dentro y por fuera. Eran como perritos calientes. Se palpó los bolsillos.

—Dame un cigarrillo.

Saqué el paquete del bolsillo trasero del pantalón y con él salió el billete de diez dólares. Lo había metido dentro de la cajetilla, pero se las había arreglado para salirse. Cayó al suelo, entre él y yo. Tony apretó el lápiz hasta que lo partió. Se puso morado mientras sus mejillas se hinchaban y deshinchaban. Echó atrás el cuello y me escupió en la cara:

—¡Rata asquerosa! ¡Vete de aquí!

—De acuerdo —dije—. Allá usted.

Cogí el libro de Nietzsche de debajo del mostrador y eché a andar hacia la puerta. ¡Nietzsche! ¿Qué sabía él de Friedrich Nietzsche? Recogió el billete de diez dólares y me lo tiró.

—El sueldo de tres días, ¡so ladrón!

Me encogí de hombros. ¡Nietzsche en un lugar como aquél!

—Ya me voy —dije—. No se altere.

—¡Fuera de aquí!

Estaba ya a unos buenos quince metros de él.

—Escuche —dije—, irme de aquí me llena de alborozo. Estoy harto de su babeante hipocresía de elefante. Hace una semana que deseo alejarme de este aberrante trabajo. ¡Así que váyase de cabeza a la mierda, farsante macarroni!

Dejé de correr al llegar a la biblioteca. Era una dependencia de la Biblioteca Pública de Los Ángeles. Era el turno de la señorita Hopkins. Tenía el cabello rubio y largo, y lo llevaba recogido y tirante. Siempre me entraban ganas de hundir la cara en él, para olerlo. Me habría gustado sentirlo entre los dedos. Pero era tan hermosa que apenas me atrevía a dirigirle la palabra. Sonrió. Yo estaba sin aliento y miré el reloj.

—Creí que no llegaba a tiempo —dije.

Me dijo que aún faltaban unos minutos. Me alegré al ver que llevaba un vestido

holgado. Si la hacía cruzar la sala con algún pretexto, con un poco de suerte le vería las piernas a través del tejido. Siempre me preguntaba cómo serían sus piernas con un brillante par de medias. No estaba ocupada. Sólo había dos personas mayores, leyendo periódicos. Anotó la devolución del Nietzsche mientras yo recuperaba el aliento.

—¿Podría decirme dónde está la sección de Historia? —pregunté.

Dijo que sí sonriendo y la seguí. Me llevé una desilusión. El vestido no era el más indicado, de color azul claro; la luz no lo traspasaba. Observé la curva de sus talones. Me entraron ganas de besarlos. Al llegar a la sección de Historia se volvió y se dio cuenta de que estaba pensando en ella intensamente. Sentí la ola de frío que la envolvió. Volvió a la mesa. Saqué unos libros y los volví a colocar. Ella seguía intuyendo mis pensamientos, pero yo no quería pensar en otra cosa. Vi sus piernas cruzadas bajo la mesa. Eran maravillosas. Me entraron ganas de abrazarlas.

Nuestras miradas se cruzaron y sonrió, con una sonrisa que decía: adelante, mira si quieres; no puedo hacer nada al respecto, aunque me gustaría darte una bofetada. Yo quería hablar con ella. Podía citarle algunos pasajes estupendos de Nietzsche; aquel pasaje de Zaratustra sobre la voluptuosidad. ¡Ah! Pero nunca podría recitárselo.

A las nueve sonó el timbre. Fui a toda prisa a Filosofía y me llevé lo primero que pillé. Era otro Nietzsche, *Hombre y superhombre*. Sabía que la impresionaría. Antes de ponerle el sello pasó unas páginas.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Qué libros lees!

—¡Bah! —dije—. No tiene importancia. Yo no leo morralla.

Me sonrió a modo de despedida y dije:

—Es una noche esplendorosa, mágica y esplendorosa.

—¿En serio? —dijo.

Me dirigió una mirada extraña, con la punta del lápiz en el pelo. Salí reculando, crucé la puerta y me contuve. Me sentí peor en la calle, porque la noche no era esplendorosa, sino fría y con una niebla que apagaba la luz de las farolas. Junto a la acera había un coche con el motor en marcha y un hombre al volante. Esperaba a la señorita Hopkins, para llevarla a Los Ángeles. Tenía cara de subnormal. ¿Había leído a Spengler? ¿Sabía que Occidente estaba en decadencia? ¿Qué hacía al respecto? ¡Nada! Era un zopenco, un nuevo rico sin educación. Que se fuera a la porra.

La niebla me envolvía y me calaba mientras seguía mi camino con un cigarrillo en los labios. Entré en Jim's Place, en Anaheim. Había un hombre comiendo en el mostrador. Lo había visto muchas veces en los muelles. Era un estibador llamado Hayes. Me senté a su lado y pedí de cenar. Mientras lo preparaban fui al expositor de libros, a echar un vistazo. Eran ediciones de bolsillo baratas. Elegí cinco. Luego fui al expositor de revistas y hojeé *Artist and Models*. Busqué los dos números donde las mujeres llevaran menos ropa y cuando Jim me sirvió la cena le dije que me lo envolviera todo. Vio el Nietzsche que llevaba bajo el brazo: *Hombre y superhombre*.

—No —dije—. Éste lo llevaré así.

Lo puse en el mostrador con un golpe. Hayes bajó los ojos y leyó el título: *Hombre y superhombre*. Me miró por el espejo. Yo daba cuenta del filete. Jim me observaba las mandíbulas para averiguar si el filete estaba tierno. Hayes tenía los ojos fijos en el libro.

—Jim —dije—, este pábulo es verdaderamente antediluviano.

Jim preguntó qué quería decir y Hayes dejó de comer para escuchar.

—El filete —dije—. Es arcaico, primigenio, paleoantropico y de tiempos antiguos. En resumen, senil y provectoro.

Jim sonrió para indicar que no entendía y el estibador dejó de masticar para señalar lo interesado que estaba.

—¿Y qué es todo eso? —dijo Jim.

—La comida, amigo mío. La comida. Este pábulo que tengo ante mí. Está más duro que el pie de Cristo.

Miré a Hayes y éste agachó la cabeza rápidamente. Jim estaba afectado por lo del filete y se inclinó sobre el mostrador para susurrarme que con mucho gusto me prepararía otro.

—Dios nos asista —dije—. Olvídalo, hombre. Eso está fuera del alcance de mis más osadas ambiciones.

Hayes me miraba fijamente por el espejo. Cuando no me miraba a mí, miraba el libro. *Hombre y superhombre*. Comí mirando al frente, sin prestarle la menor atención. No me quitó los ojos de encima mientras comía. Luego estuvo un rato mirando el libro. *Hombre y superhombre*.

Cuando terminó de comer, se dirigió a la parte delantera para pagar. Jim y él hablaron entre susurros junto a la caja registradora. Hayes asintió con la cabeza. Jim sonrió y siguieron susurrando. Hayes sonrió, se despidió y me echó la última mirada por encima del hombro. Jim volvió.

—Ese tío quería saberlo todo acerca de ti —dijo.

—Naturalmente.

—Dice que hablas como un tío culto.

—Naturalmente. ¿Y quién es él, y a qué se dedica?

Jim dijo que era Joe Hayes, el estibador.

—Gallinácea profesión —dije—. Infestada de asnos y zopencos. Vivimos en un mundo de comadreja y antropoides.

Saqué el billete de diez dólares. Volvió con el cambio. Le ofrecí veinticinco centavos de propina, pero no quiso aceptarla.

—Es un detalle improvisado —dije—. Un sencillo símbolo de camaradería. Me gusta tu forma de hacer las cosas, Jim. Despierta un impulso de reconocimiento.

—Procuró contentar a todos.

—Bueno, como habría dicho Chéjov, yo no tengo nada que objetar.

—¿Qué tabaco fumas?

Se lo dije y me dio dos paquetes.

—De mi parte —dijo.

Me los guardé en el bolsillo.

Pero no aceptó la propina.

—¡Tómala! —dije—. Es sólo un detalle.

Se negó. Nos despedimos. Él se fue a la cocina con los platos sucios y yo hacia la salida. En la puerta cogí dos barras de caramelo del expositor y me las metí debajo de la camisa. La niebla me tragó. Me comí los caramelos mientras volvía andando a casa. Estaba contento por la niebla porque así el señor Hutching no me vería. Estaba en la puerta de su pequeña tienda de aparatos de radio. Me andaba al acecho. Le debía cuatro plazos de la radio que le habíamos comprado. Si hubiera estirado el brazo habría podido tocarme, pero no me vio.

Vivíamos en una casa de vecindad, al lado de un lugar lleno de filipinos. La circulación de filipinos variaba con las estaciones. Venían al sur durante la temporada de pesca y volvían al norte para la recolección de frutas y lechugas en los alrededores de Salinas. En nuestro edificio había una familia de filipinos, exactamente debajo de nosotros. El edificio tenía dos plantas de paredes estucadas de color rosa de las que los terremotos habían desprendido grandes láminas de enlucido. Todas las noches el yeso absorbía la niebla como un papel secante. Por la mañana, las paredes ya no eran de color rosa, sino de un rojo húmedo. A mí me gustaba más el rojo.

Las escaleras chillaban como un nido de ratones. Nuestro piso era el último de la planta superior. En cuanto toqué el pomo de la puerta me deprimí. El hogar me producía siempre el mismo efecto. Ni siquiera me gustaba cuando mi padre estaba vivo y teníamos una casa de verdad. Siempre quería alejarme de ella o cambiarla. Solía preguntarme cómo me gustaría que fuese mi casa si fuera diferente, pero nunca sabía qué hacer para que fuera diferente.

Abrí la puerta. Estaba oscuro y la oscuridad olía a hogar, al lugar en el que vivía. Encendí la luz. Mi madre estaba echada en el sofá y la luz la despertó. Se frotó los ojos y se apoyó en el codo. Siempre que la veía medio despierta recordaba la época en que yo era niño y me acercaba a su cama por las mañanas para olerla mientras dormía, hasta que me hice mayor y dejé de acercarme a ella por las mañanas porque recordaba demasiado bien que era mi madre. Era un olor salobre y grasiento. No podía imaginármela envejeciendo. Me encendía la sangre. Se sentó y me sonrió, con el pelo revuelto de dormir. Todo lo que hacía me recordaba la época en que vivíamos en una casa de verdad.

—Pensaba que no llegarías nunca —dijo.

—¿Dónde está Mona? —dije.

Dijo que estaba en la iglesia y yo exclamé:

—¡Mi propia hermana hundida en la superstición de la plegaria! Carne de mi carne y sangre de mi sangre. ¡Una monja, la novia de un dios! ¡Cuánta barbarie!

—No empieces —dijo—. Sólo eres un muchacho que ha leído demasiados libros.

—Eso es lo que tú te crees —dije—. Es notorio y evidente que tienes un complejo de fijación.

Se puso pálida.

—¿Un qué?

—Olvídalo —dije—. No tiene sentido hablar con catetos, patanes y retrasados. El hombre inteligente tiene derecho a ciertas reservas a la hora de elegir a sus interlocutores.

Se apartó el pelo con unos dedos largos como los de la señorita Hopkins, aunque los de ésta no tenían sabañones ni grietas en los nudillos, y mi madre llevaba anillo de casada.

—¿Eres consciente del hecho —dije— de que un anillo de casada no es sólo un objeto vulgarmente fálico sino también un vestigio residual de un primitivismo salvaje, anómalo en esta época de presunto saber y progreso?

—¿Qué? —dijo.

—No importa. La mente femenina no lo asimilaría aunque se lo explicara.

Le dije que se riera si tenía ganas, pero que algún día cambiarían las tornas, y me fui con los libros y las revistas a mi estudio privado, que era el cuarto ropero. No había allí luz eléctrica y utilizaba velas. Flotaba en el aire la impresión de que alguien o algo había estado en el estudio en mi ausencia. Miré a mi alrededor y vi que estaba en lo cierto, porque el jersey rosa de mi hermana colgaba de una percha.

Lo descolgué de la percha y le dije:

—¿Con qué objeto estás aquí? ¿Con qué autoridad? ¿No te das cuenta de que has profanado la santidad de la casa del amor? —Abrí la puerta y tiré el jersey sobre el sofá—. ¡No se admite ropa en este ropero!

Mi madre llegó corriendo. Cerré la puerta y eché el pestillo. Oí sus pisadas. El pomo de la puerta vibró. Me puse a abrir el paquete. Las fotos de *Artists and Models* eran pura miel. Elegí una favorita. Estaba recostada en una alfombra blanca, con una rosa roja en la mejilla. Puse la foto entre las velas del suelo y me arrodillé.

—Cloe —dije—, os venero. Vuestros dientes son como un rebaño de ovejas del monte Galaad, y vuestras mejillas son exquisitas. Soy vuestro humilde servidor y os amaré eternamente.

—¡Arturo! —dijo mi madre—. Abre.

—¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo?

—Leer. ¡Instruirme! ¿Incluso eso se me niega en mi propia casa?

Frotó la puerta con los botones del jersey.

—No sé dónde poner esto —dijo—. Tienes que dejarme utilizar el ropero.

—Imposible.

—¿Qué haces?

—Leer.

—¿Qué lees?

—¡Literatura!

No se fue. Le veía los tobillos por la ranura inferior de la puerta. No podía hablarle a la chica si ella estaba al otro lado. Aparté la revista y esperé a que se fuera. Pero no se iba. Ni siquiera se movió. Pasaron cinco minutos. La vela chisporroteó. El ropero se estaba llenando de humo otra vez. Mi madre no se había movido ni un centímetro. Finalmente puse la revista en el suelo y la tapé con una caja. Tenía ganas de gritarle a mi madre. Que se moviera al menos, que hiciera ruido, levantara un pie, silbara. Cogí una novela e introduje el dedo entre las páginas, como para señalar por dónde iba. Cuando abrí la puerta me fulminó con la mirada. Tenía la sensación de que lo sabía todo sobre mí. Puso los brazos en jarras y olfateó el aire. Sus ojos lo

inspeccionaron todo, los rincones, el techo, el suelo.

—¿Qué haces ahí?

—¡Leer! Perfeccionar mi intelecto. ¿También eso me lo vas a prohibir?

—Hay algo muy extraño en todo esto —dijo—. ¿Estás mirando otra vez esas asquerosas revistas de fotos?

—Nunca habrá metodistas, mojigatos ni concupiscencia en mi casa. Estoy hartos de esta pudibundez de comadrejas. La espantosa verdad es que mi propia madre es una rastreadora de inmundicia de la peor clase.

—Me dan asco —dijo.

—No eches la culpa a las fotos —dije—. Eres cristiana, de las Juventudes Metodistas, de la región del Fundamentalismo Bíblico. Tu propio cristianismo de salón te ha frustrado. En el fondo eres desvergonzada y burra, descarada e imbécil.

Me apartó de un empujón y entró en el ropero. Dentro había olor a cera quemada y breves pasiones derramadas en el suelo. Mi madre sabía lo que ocultaba la oscuridad. Salió corriendo.

—¡Por Dios bendito! —dijo—. Quiero salir de aquí.

Me hizo a un lado y cerró la puerta de golpe. La oí trastear en la cocina con cazos y cacerolas. La puerta de la cocina se cerró con violencia. Eché otra vez el pestillo y volví con las fotos y a encender las velas. Al cabo de un rato llamó mi madre y me dijo que la cena estaba lista. Le dije que ya había cenado. Se quedó a la espera. Otra vez empezaba a enfadarse. Lo notaba. Había una silla cerca de la puerta. La oí moverla y sentarse. Sabía que estaba con los brazos cruzados, mirándose los zapatos, con los pies paralelos, tal como solía hacer cuando se sentaba a esperar. Cerré la revista y aguardé. Si ella podía soportarlo, yo también. Se puso a golpear la alfombra con la punta del pie. La silla crujió. Se aceleró el golpeteo. Entonces se levantó de un salto y se puso a aporrear la puerta. La abrí a toda prisa.

—¡Sal de ahí! —gritó.

Salí lo más rápidamente que pude. Sonrió, cansada pero ya más tranquila. Tenía los dientes pequeños. Uno de abajo estaba fuera de sitio y parecía un soldado que desfilara con el paso cambiado. No llegaba al metro con sesenta, pero parecía alta cuando se ponía zapatos de tacón. La edad se le notaba más en la piel. Tenía cuarenta y cinco años. La piel le colgaba ligeramente debajo de las orejas. Me alegraba que no tuviera el pelo gris. Siempre le buscaba canas, pero nunca las encontraba. La empujé, le hice cosquillas, rió y se desplomó en la silla. Fui al sofá, me estiré y dormí un rato.

Me despertó mi hermana cuando llegó. Me dolía la cabeza y sentía una molestia en la espalda, como si tuviera algún músculo lesionado, y yo sabía por qué; por pensar demasiado en mujeres desnudas. El reloj de la radio marcaba las once. Mi hermana se quitó el abrigo y se dirigió al cuarto ropero. Le dije que no se acercara allí o la mataría. Sonrió con desdén y se fue con el abrigo al dormitorio. Giré en redondo y apoyé los pies en el suelo. Le pregunté dónde había estado, pero no respondió. Me sacaba de quicio porque apenas me prestaba atención. No la odiaba, aunque a veces lo deseaba. Era guapa, dieciséis años. Algo más alta que yo, con el pelo y los ojos negros. Una vez ganó un concurso en el instituto por tener la mejor dentadura. Tenía el trasero como un pan italiano, redondo y perfecto. Los tíos solían mirárselo y yo sabía que les ponía calientes. Pero era una estirada, y engañaba con su forma de andar. No le gustaba que los hombres la mirasen. Pensaba que era pecado; al menos eso decía. Decía que era sucio y vergonzoso.

Yo la espiaba cuando se dejaba abierta la puerta del dormitorio y a veces miraba por el ojo de la cerradura o me escondía debajo de la cama. Ella se quedaba de pie, de espaldas al espejo, y se inspeccionaba el culo, se pasaba las manos por encima y se tiraba del vestido para resaltarlo. No se ponía un vestido si no le ceñía la cintura y las caderas, y siempre limpiaba la silla antes de sentarse. Luego tomaba asiento con actitud remilgada, pero con frialdad. Yo trataba de aficionarla al tabaco, pero no quería. También procuraba darle consejos sobre la vida y la sexualidad, pero ella pensaba que estaba loco. Era como mi padre, muy limpia y muy trabajadora en casa y en la escuela. Mandaba en mi madre. Era más lista que mi madre, pero en mi opinión jamás alcanzaría el deslumbrante nivel de mi cerebro. Era una sargenta con todo el mundo menos conmigo. Después de la muerte de mi padre trató de darme órdenes a mí también. A mí no me cabía en la cabeza, mi propia hermana, así que llegó a la conclusión de que no valía la pena darme órdenes. De vez en cuando le permitía que me diera alguna, pero sólo para hacer gala de mi flexible personalidad. Era pura como el hielo. Nos llevábamos como el perro y el gato.

Había algo en mí que no le gustaba. Que la repelía. Creo que sospechaba lo de las mujeres del ropero. De vez en cuando le tocaba el culo para cabrearla. Se ponía como un basilisco. Una vez empuñó un cuchillo de carnicero y me persiguió por toda la casa. No me habló durante dos semanas y le dijo a mi madre que no volvería a hablarme nunca, ni a comer conmigo en la misma mesa. Al final depuso su actitud, pero hasta hoy no he olvidado lo furiosa que se puso. Si me hubiera dado alcance me habría descuartizado.

Tenía una cualidad que era de mi padre, pero que no teníamos ni mi madre ni yo. Me refiero a la limpieza. De niño vi una serpiente de cascabel peleando con tres perros. La apartaron de unas piedras donde estaba tomando el sol y la hicieron trizas. La serpiente se defendió con valentía, sin rendirse, sabía que estaba acabada y en la

boca de cada perro había un trozo goteante de reptil. Sólo dejaron la cola y tres cascabeles, y esa parte aún se movía. Incluso después de troceada pensé que era un prodigio. Me acerqué a las piedras, que estaban manchadas de sangre. Pasé el dedo por la sangre y me lo chupé. Lloré como un niño. Nunca la olvidaría. Y eso que si hubiera estado viva, ni me habría acercado a ella. Con mi hermana y mi padre me pasaba algo parecido.

Durante mucho tiempo pensé que como mi hermana era tan guapa y marimandona, estaba destinada a ser una esposa estupenda. Pero era demasiado fría y religiosa. Siempre que venía un hombre a nuestra casa para salir con ella, ella decía que no. Se quedaba en la puerta y ni siquiera lo invitaba a pasar. Quería ser monja, he ahí el problema. Pero se lo impedía mi madre. Esperaba a que transcurrieran unos años. Decía que el único hombre al que amaba era el Hijo del Hombre y que su único novio era Jesucristo. Sonaba a sermón de monja. Mona era incapaz de pensar cosas así sin ayuda exterior.

Hizo la primera enseñanza con las monjas de San Pedro. Cuando terminó, como mi padre no podía pagarle un instituto católico, la matriculó en el de Wilmington. Concluido el bachillerato, volvió por San Pedro para visitar a las monjas. Se quedaba todo el día, ayudándolas a corregir exámenes, dando clases de parvulario y cosas así. Al atardecer iba a la iglesia que había en Wilmington, en el tramo del puerto, y decoraba los altares con toda clase de flores. Aquella noche había estado allí.

Salió del dormitorio en bata.

—¿Qué tal está Jehová esta noche? —dije—. ¿Qué piensa de la teoría cuántica?

Entró en la cocina y se puso a hablar con mi madre a propósito de la iglesia. Discutieron por las flores, por cuáles eran mejores para el altar, las rosas rojas o las rosas blancas.

—Yavé —dije—. La próxima vez que veas a Yavé, dile que quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Siguieron hablando.

—Oh, Santo Señor Jehová, contempla a tus pies a Mona, tu cursi adoratriz, babeando mongólicas sandeces. Oh, Jesús, es una mujer santa. Dulce y saltarán Jesucristo, es una mujer sagrada.

—Arturo, para ya —dijo mi madre—. Tu hermana está cansada.

—Oh, Espíritu Santo, oh triple personalidad santamente inflada, líbranos de la Depresión. Elige a Roosevelt. Manténnos en el patrón oro. ¡Echa a Francia, pero por los clavos de Cristo, manténnos a nosotros!

—Arturo, para ya.

—Oh, Jehová, con tu mutabilidad infinita a ver si puedes arañar alguna moneda para la familia Bandini.

—Es vergonzoso, Arturo —dijo mi madre—. Vergonzoso.

Me subí al sofá y grité:

—¡Rechazo la hipótesis de Dios! ¡Abajo la decadencia del cristianismo

fraudulento! ¡La religión es el opio del pueblo! ¡Todo lo que somos o esperamos ser se lo debemos al diablo y a su contrabando de manzanas!

Mi madre se lanzó sobre mí escoba en mano. Casi tropezó con ella al amenazarme con el extremo de la paja en la cara. Di un manotazo a la escoba y salté al suelo. Me quité la camisa delante de ella y me quedé desnudo de cintura para arriba. Bajé la cabeza.

—Da rienda suelta a tu intolerancia —dije—. ¡Acúsame! ¡Ponme en el potro de tortura! ¡Expresa tu cristianismo! ¡Que la iglesia militante enseñe su espíritu sanguinario! ¡Ahórcame! Hunde en mis ojos atizadores al rojo vivo. ¡Conducidme a la hoguera, perros cristianos!

Mona salió con un vaso de agua. Le quitó la escoba a mi madre y le dio el vaso. Mi madre bebió y se calmó un poco. Luego tosió y escupió dentro del vaso, lista para llorar.

—¡Mamá! —dijo Mona—. No llores. Está loco.

Me miró con cara de haba, sin expresión. Di media vuelta y fui a la ventana. Cuando me volví, seguía mirándome.

—Perros cristianos —dije—. ¡Canalones bucólicos! ¡Burrus Americanus! Chacales, comadreja, sabandijas, asnos..., eso sois toda la peña. Yo soy el único de toda la familia que ha nacido libre del estigma del cretinismo.

—No seas bobo —dijo.

Se metieron en el dormitorio.

—No me llames bobo —dije—. ¡So neurosis! ¡Frustrada, inhibida, deficiente, babosa, medio monja!

—¿Oyes lo que dice? —dijo mi madre—. ¡Es espantoso!

Se fueron a dormir. Yo tenía el sofá y ellas el dormitorio. Cuando cerraron la puerta, saqué las revistas y las puse encima del sofá. Estaba contento porque podía mirar a las chicas con la luz de la habitación grande. Era mucho mejor que aquel ropero maloliente. Les hablé cerca de una hora, fui a la montaña con Elaine y a los Mares del Sur con Rosa y, finalmente, reunidos en asamblea colectiva y rodeado por todas, les dije que no prefería a ninguna y que todas tendrían su oportunidad cuando les llegara el turno. Pero al poco rato ya me aburría soberanamente, tenía la creciente sensación de estar haciendo el imbécil, hasta que empecé a detestar el hecho de que fueran sólo fotos, planas y unidimensionales, lo mismo que el color y la sonrisa. Y todas sonreían como unas guarras. Todo se me volvió detestable, y pensé: ¡Mírate! Sentado ahí y hablando con un puñado de ramera. ¡Valiente superhombre estás hecho! ¡Si Nietzsche levantara la cabeza! Y Schopenhauer... ¿Qué pensaría Schopenhauer? ¡Y Spengler! ¡Oh, Spengler se reiría de ti a carcajadas! ¡Imbécil, idiota, cerdo, animal irracional, rata, cerdo sucio, despreciable y asqueroso! Cogí todas las fotos, las rompí en pedazos y las tiré a la taza del váter. Volví despacio al

sofá y aparté las frazadas con el pie. Me odiaba tanto que me senté pensando las peores cosas de mí. Finalmente me sentí tan despreciable que lo único que podía hacer era echarme a dormir. Tardé horas en coger el sueño. La niebla se estaba levantando por el este, y el oeste era negro y gris. Debían de ser las tres. Oía los suaves ronquidos de mi madre en el dormitorio. Por entonces ya estaba dispuesto a suicidarme, y mientras lo pensaba me quedé dormido.

Mi madre me despertó a las seis. No tenía ganas de levantarme y me di la vuelta. Cogió las frazadas y las apartó. Quedé desnudo encima de la sábana, ya que no me ponía nada para dormir. No pasaba nada, pero era por la mañana y no estaba preparado, ella podía entenderlo, y no me importaba que me viera desnudo, pero no tal como está un hombre a veces por la mañana. Me tapé el punto con la mano para que no lo viera, pero lo vio de todos modos. Parecía que buscaba algo adrede para ponerme en evidencia..., mi propia madre, por añadidura.

—Qué vergüenza, tan temprano —dijo.

—¿Vergüenza? —dije—. ¿Por qué?

—Vergüenza para ti.

—¡Ay, Señor! ¿Qué será lo próximo que penséis los cristianos? ¡Ahora es vergonzoso incluso estar dormido!

—Sabes a qué me refiero —dijo—. Qué vergüenza para un chico de tu edad. Una vergüenza para ti. Vergüenza. Vergüenza.

—Bueno, una vergüenza para ti también. Y para el cristianismo.

Volvió a la cama.

—Qué vergüenza —dijo a Mona.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Qué vergüenza.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, pero de todos modos es una vergüenza. Una vergüenza.

Me quedé dormido. Al poco rato volvió a llamarme a gritos.

—Esta mañana no voy a trabajar —dije.

—¿Por qué?

—Porque he perdido el empleo.

Silencio. Mona y ella se incorporaron en la cama. Mi trabajo lo era todo. Teníamos al tío Frank, pero preferían apurar antes mi sueldo. Tenía que inventar algo bueno, porque ambas sabían que era un mentiroso. Podía engañar a mi madre, pero Mona no me creería, ni siquiera si le contaba la verdad.

—El sobrino del señor Romero acaba de llegar de la madre patria —dije—. Se ha quedado con mi puesto.

—¡No esperarás que nos creamos eso! —dijo Mona.

—Mis esperanzas no suelen afectar a los imbéciles —dije.

Mi madre se acercó al sofá. La historia no era muy convincente, pero estaba dispuesta a darle crédito. Si Mona no hubiera estado presente habría sido pan comido. Mamá le dijo que esperase a oír el resto. Mona lo enredaba todo con su cháchara. Le dije a gritos que se callara.

—¿Estás diciendo la verdad? —dijo mi madre.

Me puse la mano sobre el corazón, cerré los ojos y dije:

—Ante Dios Todopoderoso y su corte celestial, juro solemnemente que no estoy mintiendo ni inventando nada. Si no es así, caiga yo muerto antes de un minuto. Mira el reloj.

Cogió el reloj de la radio. Mi madre creía en milagros, de la clase que fueran. Cerré los ojos y me sentí los latidos del corazón. Contuve el aliento. Los segundos pasaban. Al cabo de un minuto dejé escapar el aire de los pulmones. Mi madre sonrió y me besó en la frente. Pero se puso a echar la culpa a Romero.

—No puede hacerte esto —dijo—. No se lo permitiré. Iré a verlo y le diré cuatro verdades.

Salté de la cama. Estaba desnudo, pero no me importaba.

—¡Dios Todopoderoso! —dije—. ¿Acaso no tienes orgullo, ni sentido de la dignidad humana? ¿Por qué tienes que verlo cuando me ha tratado con tan mediterránea bellaquería? ¿Es que también quieres deshonar el nombre de la familia?

Estaba vistiéndose en el dormitorio. Mona se echó a reír y se toqueteó el cabello. Entré, agarré las medias de mi madre y las llené de nudos antes de que pudiera impedírmelo. Mona cabeceó y rió por lo bajo. Le puse el puño bajo la nariz y le advertí por última vez que no se entrometiera. Mi madre ya no sabía qué hacer. Le puse las manos en los hombros y la miré a los ojos.

—Soy un hombre muy orgulloso —dije—. ¿No despiertan mis palabras un impulso de reconocimiento en tu sentido del juicio? ¡Orgullo! Mi primera y última palabra se eleva desde el alma de ese estrato que llamo Orgullo. Sin él, mi vida es una lozana desilusión. En resumen, te estoy dando un ultimátum. Si vas a ver a Romero, me mataré.

Aquello la asustó de veras, pero Mona se tronchó de risa. No dije nada más, volví al sofá y enseguida me quedé dormido.

Cuando desperté era cerca de mediodía y las dos habían salido. Saqué la foto de una antigua amiga a la que llamaba Marcella y fuimos a Egipto, y nos amamos en el Nilo, en una barca tripulada por esclavos. Bebí vino de sus sandalias y leche de sus pechos, y luego ordenamos a los esclavos que remarán hasta la orilla, y la invité a comer corazones de colibrí macerados en leche de paloma edulcorada. Cuando terminé me sentía una mierda. Tenía ganas de golpearme la nariz, de dejarme inconsciente a golpes. Quería cortármela, espachurrarme los huesos. Rompí la foto de Marcella y tiré los pedazos, fui al botiquín, saqué una hoja de afeitar y cuando me di cuenta ya me había hecho un corte en el antebrazo, por encima de la muñeca, y no muy profundo, para que sangrara pero no doliera. Me chupé el corte, pero seguía sin sentir dolor, así que cogí un poco de sal, froté con ella la herida y sentí que me escocía, que me dolía, me sacaba de aquello y me resucitaba, y froté hasta que no pude soportarlo. Luego me vendé el brazo.

Me habían dejado una nota en la mesa. Decía que habían ido a ver al tío Frank y que en la despensa encontraría algo para desayunar. Decidí comer en Jim's Place,

porque todavía tenía algún dinero. Crucé el patio de la escuela del otro lado de la calle y entré en el establecimiento de Jim. Pedí jamón con huevos. Mientras yo comía, Jim hablaba.

—Lees mucho —dijo—. ¿Has probado a escribir alguna vez?

Ya estaba. En lo sucesivo sería escritor.

—Ya estoy escribiendo un libro —dije.

Quiso saber qué clase de libro.

—Mi prosa no está en venta —dije—. Escribo para la posteridad.

—No lo sabía —dijo—. ¿Qué escribes? ¿Cuentos o novelas?

—Las dos cosas. Soy ambidextro.

—Ah. No lo sabía.

Fui al otro extremo del local y compré un lápiz y un cuaderno. Quiso saber qué estaba escribiendo.

—Nada —dije—. Sólo tomo notas al azar para un trabajo futuro sobre el comercio exterior. Siento curiosidad por el tema, es una especie de afición dinámica que he adquirido.

Cuando salí me miraba con la boca abierta. Anduve tranquilamente hacia el puerto. Era el mes de junio, la mejor época. La caballa llegaba de la costa sur y las fábricas de conservas trabajaban sin parar, y siempre, en aquella época del año, el aire olía a putrefacción y a grasa de pescado. Unos decían que era apestoso y otros vomitaban sólo con olerlo, pero a mí no me resultaba apestoso, exceptuando el olor del pescado cuando era malo, y que a mí me parecía fantástico. Me gustaba ir allí. No había un solo olor, sino muchos yendo y viniendo, así que cada paso que daba percibía un olor diferente. Me ponía soñador y pensaba mucho en lugares lejanos, en el misterio de lo que contenía el fondo del mar, y todos los libros que había leído cobraban vida de repente, y veía a los mejores personajes de los libros, Philip Carey, Eugene Witla y los inventados por Dreiser.

Me gustaba el olor a sentina de los viejos petroleros, el olor a petróleo de los barriles destinados a lugares remotos, el olor del crudo que tornaba el agua viscosa, amarilla y dorada, el olor de la madera podrida y los residuos del mar ennegrecidos por la grasa y el alquitrán, el de la fruta descompuesta, el de los pequeños barcos pesqueros japoneses, el de las barcas de plátanos y las maromas viejas, el de los remolcadores, el de la chatarra, y el misterioso olor del mar durante la marea baja.

Me detuve en el puente blanco que cruzaba el canal hasta el flanco izquierdo de Industrias Pesqueras Pacific Coast, en la parte de Wilmington. Un petrolero descargaba en los muelles de la gasolina. Más allá, los pescadores nipones reparaban sus redes en la orilla y había tantos que abarcaban varias manzanas de casas. En el muelle hawaiano los estibadores cargaban un barco rumbo a Honolulu. Trabajaban con el torso desnudo. Eran ideales para escribir sobre ellos. Apoyé en el pretil el cuaderno recién comprado, humedecí el lápiz con la lengua y me puse a escribir un tratado sobre el estibador: «Interpretación psicológica del estibador de hoy y de ayer,

por Arturo Gabriel Bandini».

Resultó ser un tema difícil. Lo intenté cuatro o cinco veces y desistí. De todas formas, el tema exigía años de investigación; no había ninguna necesidad de escribir nada todavía. Lo primero que había que hacer era reunir todos los datos. Tardaría dos años, tres, incluso cuatro; de hecho, era el trabajo de toda una vida, un opus mágnum. Era demasiado difícil. Lo dejé. Supuse que la filosofía sería más fácil.

«Disertación moral y filosófica sobre el hombre y la mujer, por Arturo Gabriel Bandini». El mal es para los débiles, entonces ¿por qué ser débil? Es mejor ser fuerte que ser débil, pues ser débil es carecer de fuerza. Sed fuertes, hermanos míos, pues en verdad os digo que si no sois fuertes, las fuerzas del mal prevalecerán sobre vosotros. Toda fuerza es una forma de poder. Toda falta de fuerza es una forma de mal. Todo mal es una forma de debilidad. Sed fuertes para no ser débiles. Evitad la debilidad y seréis fuertes. La debilidad devora el corazón de la mujer. La fuerza alimenta el corazón del hombre. ¿Deseáis convertiros en hembras? Sí. Pues sed débiles. ¿Deseáis convertiros en hombres? Sí, sí. Pues sed fuertes. ¡Abajo el Mal! ¡Viva la Fuerza! ¡Oh, Zaratustra, dota a tus mujeres de debilidad en abundancia! ¡Oh, Zaratustra, dota a tus hombres de fuerza en abundancia! ¡Abajo la mujer! ¡Heil, Hombre!

Pero me cansé de toda aquella historia. Pensé que quizás no era escritor, sino pintor. Quizás mi genio estaba en el arte. Pasé una página del cuaderno y me imaginé haciendo un bosquejo, para practicar, pero no veía nada que valiera la pena dibujar, sólo barcos, estibadores y muelles, y no me interesaban. Dibujé soldaditos, caras, triángulos y cuadrados. Entonces se me ocurrió que yo no era pintor ni escritor, sino arquitecto, porque mi padre había sido carpintero y es posible que el ramo de la construcción estuviera más en consonancia con mi herencia. Dibujé unas cuantas casas. Eran muy parecidas, casas cuadradas con una chimenea de la que salía humo. Dejé a un lado el cuaderno.

Hacía calor en el puente y me picaba el cuello. Pasé entre los barrotes del pretil hasta unas rocas irregulares que despuntaban en la orilla. Eran rocas grandes, negras como el carbón a causa de las mareas, algunas tan grandes como una casa. Estaban esparcidas bajo el puente en confuso desorden, como un campo de icebergs, y aun así parecían contentas y tranquilas.

Me arrastré bajo el puente y tuve la sensación de que jamás había hecho nadie lo que yo hacía en aquel momento. Las pequeñas olas del puerto lamían las piedras y dejaban pequeños charcos de agua verde aquí y allá. Unas piedras estaban cubiertas de musgo y otras de goterones de caca de pájaro. Percibí el denso olor del agua. Bajo las vigas hacía frío y estaba tan oscuro que no podía ver mucho. Oía el tráfico de arriba, las bocinas, los hombres gritando y los grandes camiones sacudiendo los travesaños de madera. Era un ruido tan horroroso que me atronaba los oídos, y cuando gritaba, mi voz se adelantaba unos metros y volvía corriendo como si estuviera atada a una goma. Me arrastré por las piedras hasta que salí de la zona bañada por el sol. Era un lugar extraño. Tuve miedo durante un momento. Algo más

lejos había una piedra grande, un pedrusco mayor que los demás, con la cresta cubierta de excremento blanco de gaviota. Era la reina de las piedras, con corona blanca. Fui hacia ella.

De repente todo empezó a moverse bajo mis pies. Un movimiento rápido y viscoso de seres que reptaban. Contuve el aliento, me sujeté y agucé la vista. ¡Eran cangrejos! Las piedras, totalmente cubiertas, parecían vivas. Estaba tan asustado que no podía moverme y el ruido de arriba no era nada comparado con el estruendo de mi corazón.

Me apoyé en una piedra y me cubrí la cara con las manos hasta que se me pasó el miedo. Cuando aparté las manos, podía ver en la oscuridad, y todo era gris y frío, como un mundo subterráneo, un lugar gris y solitario. Por fin podía ver con claridad los seres vivos que tenía debajo. Los cangrejos grandes eran del tamaño de un ladrillo, y avanzaban con silenciosa crueldad por la cima de los pedruscos, moviendo sensualmente las amenazadoras antenas como los brazos de una bailarina hawaiana, los ojillos vulgares y feos. Les superaban en número los cangrejos pequeños, del tamaño de mi mano, apelotonados alrededor de los pequeños charcos negros que había al pie de las piedras, subiéndose unos sobre otros, empujándose hacia la batiente oscuridad mientras buscaban un lugar en las piedras. Se lo estaban pasando bien.

A mis pies había un nido de cangrejos aún más pequeños, del tamaño de un dólar, una olla de patas retorciéndose. Uno se me enganchó en el dobladillo del pantalón. Lo cogí y lo sostuve mientras pataleaba con desesperación, tratando de picarme. Pero lo tenía bien sujeto y él estaba indefenso. Eché atrás el brazo y arrojé el cangrejo contra una piedra. Reventó produciendo un chasquido, quedó un momento inmóvil en la piedra y luego cayó rezumando sangre y agua. Recogí el machacado caparazón y probé el fluido amarillo que soltaba; estaba salado, como el agua del mar, y no me gustó. Lo lancé hacia aguas más profundas. Flotó hasta que un pejerrey se puso a trazar círculos a su alrededor, lo inspeccionó, empezó a morderlo ferozmente y al final se lo llevó fuera de mi vista. Yo tenía las manos llenas de sangre, pegajosas e impregnadas de olor a mar. De súbito creció en mi interior la necesidad de matar a aquellos cangrejos, a todos.

Los pequeños no me interesaban, era a los grandes a los que quería destruir. Los grandes eran fuertes y feroces, con pinzas poderosas. Eran adversarios dignos del gran Bandini, de Arturo el conquistador. Miré a mi alrededor, pero no vi ningún palo. En la orilla, pegado al hormigón, había un montón de piedras. Me subí las mangas y empecé a tirárselas al cangrejo más grande, uno que dormía en una roca, a unos seis metros de mí. Las piedras aterrizaban junto a él, a unos centímetros del blanco, saltaban chispas y esquirlas, pero el cangrejo ni siquiera abrió los ojos para ver qué pasaba. Casi le había tirado ya veinte piedras cuando le di. Fue un triunfo. La piedra le aplastó la espalda, que crujió como una galleta. Lo atravesó limpiamente, clavándolo a la roca. Luego cayó al agua, y la verde y burbujeante espuma de la orilla

se lo tragó. Lo vi hundirse y le enseñé el puño, que agité con furia para despedirlo mientras caía hacia el fondo. ¡Adiós, adiós! Seguramente nos encontraremos en otro mundo; no me olvidarás, Cangrejo. ¡Recordarás por los siglos de los siglos que te he vencido yo!

Matarlos a pedradas no era fácil. Las piedras estaban tan afiladas que al arrojarlas me cortaban los dedos. Me limpié la sangre y el barro de las manos y volví a la orilla. Subí al puente y recorrí tres manzanas hasta llegar al establecimiento de un proveedor de buques donde vendían armas y munición.

Le dije al dependiente de rostro pálido que quería comprar una escopeta de aire comprimido. Me enseñó una muy potente, puse el dinero en el mostrador y la compré sin hacer preguntas. Lo que sobró de los diez dólares lo invertí en munición, balines de 3 mm. Estaba deseando volver al campo de batalla, así que le dije al rostro pálido que no envolviera los balines, sino que me los diera como estaban. Le pareció extraño y me miró fijamente mientras yo recogía los plomos del mostrador y salía de la tienda rápidamente, pero sin correr. Ya en la calle, eché a correr, pero me dio la sensación de que me espiaban y miré a mi alrededor, y cómo no, el rostro pálido estaba en la puerta y me observaba bajo el aire tórrido de la tarde. Reduje la velocidad y anduve a paso rápido hasta que llegué a la esquina, y entonces eché a correr otra vez.

Estuve matando cangrejos toda la tarde, hasta que me dolieron el hombro de tanto apoyar la culata y los ojos de tanto afinar la puntería. Yo era Bandini el Dictador, el Hombre de Hierro de Cangrejilandia. Y aquello era otra Purga de Sangre por el bien de la Patria. Habían querido derrocarme, aquellos malditos cangrejos habían tenido el valor de promover una revolución y me estaba desquitando. Sólo pensarlo me sacaba de quicio. ¡Aquellos condenados cangrejos habían cuestionado el poder del Superhombre Bandini! ¿Qué les había pasado para ser tan presuntuosos? Bueno, les estaba dando una lección que no olvidarían nunca. Por Cristo que sería la última revolución que intentarían. Me rechinaban los dientes al pensarlo..., un pueblo de cangrejos levantiscos. ¡Qué huevos! Dios mío, era intolerable.

Estuve disparando hasta que se me quejó el hombro y me salió una ampolla en el dedo con que le daba al gatillo. Maté más de quinientos y dejé heridos el doble. Eran conscientes del ataque y rabiaban enloquecidos de miedo mientras los caídos desaparecían de sus filas. El asedio surtió efecto. Corrieron en masa hacia mí. Salieron otros del mar, y otros de detrás de las piedras, y avanzaban en vastas formaciones por las superficies lisas de los pedruscos hacia la muerte que les aguardaba en una roca alta, fuera de su alcance.

Puse a unos cuantos heridos en un charco, celebramos una conferencia militar y decidí formarles consejo de guerra. Los saqué del charco de uno en uno, los puse en la boca del cañón y apreté el gatillo. Un cangrejo, de brillantes colores y lleno de vida, me recordó a una mujer: sin duda una princesa entre aquellos renegados, una valiente cangreja gravemente herida, pues había perdido una pata y un brazo le colgaba lastimosamente. Me partió el corazón. Celebramos otra conferencia y decidí

que, debido a la extrema urgencia de la situación, no podía haber distinción de sexos. Incluso la princesa tenía que morir. Era desagradable, pero necesario.

Con el corazón triste, me arrodillé entre los muertos y agonizantes y recé a Dios para rogarle que me perdonara por cometer el crimen más bárbaro que podía cometer un superhombre: ejecutar a una mujer. Pero el deber era el deber, el viejo orden debía mantenerse, la revolución aplastarse, el régimen continuar y los renegados perecer. Durante un rato hablé con la princesa en privado, para presentarle formalmente las disculpas del gobierno Bandini y concederle su última voluntad (oír «La paloma»). Se la silbé con tal sentimiento que acabé llorando. Apunté con la escopeta su bello rostro y apreté el gatillo. Murió instantáneamente, gloriosamente, llameante masa de caparazón y sangre amarillenta.

Admirado y lleno de auténtica veneración, mandé poner una lápida donde había caído aquella cautivadora heroína de otra de las inolvidables revoluciones del mundo, que había dado su vida durante los sangrientos días de junio del gobierno Bandini. Aquel día pasaría a la historia. Hice la señal de la cruz sobre la piedra, la besé con reverencia, incluso con un rasgo de pasión, y mantuve la cabeza gacha durante aquella momentánea tregua. Fue un instante irónico. Porque de repente me di cuenta de que había amado a aquella mujer. ¡Pero ánimo, Bandini! El ataque se reanudó. Al poco rato abatí a otra mujer. No estaba gravemente herida, pero le había dado. La hice prisionera, me ofreció su cuerpo sin reservas. Me suplicó que la dejara vivir. Sonreí diabólicamente. Era una criatura exquisita, roja y rosa, y sólo una conclusión previsible en cuanto a mi destino me hizo aceptar su conmovedora oferta. Allí, bajo el puente, en la oscuridad, la gocé salvajemente mientras pedía misericordia. Sin dejar de reír, la aparté de mí y la reventé de un tiro, disculpándome por mi brutalidad.

La matanza cesó por fin cuando empezó a dolerme también la cabeza, a causa de la tensión de los ojos. Antes de irme eché una última mirada a mi alrededor. Los acantilados en miniatura chorreaban sangre. Fue un triunfo, una gran victoria. Anduve entre los muertos y les dirigí palabras de consuelo, pues, aunque eran mis enemigos, yo era a pesar de todo un espíritu noble, y los respetaba y admiraba por la valerosa resistencia que habían opuesto a mis legiones.

—La muerte os ha llegado —dije—. Adiós, queridos enemigos. Fuisteis valientes en el combate y más valientes aún en la muerte, y el Führer Bandini no lo ha olvidado. Él os elogia sin reservas, incluso muertos.

A otros les dije:

—Adiós, cobardes. Os escupo con asco. Vuestra cobardía repugna al Führer. Él detesta a los cobardes tanto como a la peste. No condescenderá. Que las mareas borren vuestros cobardes crímenes de la faz de la tierra, bellacos.

Subí en el momento en que daban las seis de la tarde y me fui a casa. Había unos chicos jugando al fútbol en un solar de la calle, y les cambié la escopeta y la munición por una navaja que según un muchacho valía tres dólares, pero no me engañó, porque yo sabía que no valía más de cincuenta centavos. Pero como quería

deshacerme de la escopeta, acepté el trato. Los chicos me tomaron por tonto, pero allá ellos.

El piso olía a carne cocida y en la cocina se oían voces. Era el tío Frank. Me asomé, dije hola y ellos dijeron lo mismo. Estaba sentado con mi hermana en el rincón del desayuno. Mi madre estaba en el fogón. Era el hermano de mi madre, un hombre de cuarenta y cinco años, con las sienes grises, ojos grandes y pelillos que le salían de las fosas nasales. Tenía una dentadura perfecta. Era amable. Vivía solo en una pequeña casa de una planta, al otro lado del municipio. Estaba muy encariñado con Mona y siempre quería hacer cosas por ella, pero Mona raramente aceptaba. Siempre nos daba dinero y prácticamente nos había mantenido durante meses al morir mi padre. Quería que fuéramos a vivir con él, pero yo estaba en contra porque a veces era muy mandón. Cuando murió mi padre, pagó el entierro e incluso compró una lápida para la tumba, cosa extraña, porque nunca le había gustado mi padre como cuñado.

La cocina estaba a rebosar de comida. En el suelo había una cesta con comestibles y el mármol del fregadero estaba lleno de verduras. Cenamos opíparamente. Los demás pusieron la charla. Yo tenía cangrejos por todo el cuerpo, incluso en el plato. Pensé en los cangrejos que habían quedado vivos bajo el puente, buscando a tientas a sus muertos en medio de la oscuridad. Estaba aquel cangrejo, Goliat. Había sido un gran combatiente. Recordaba su extraordinaria personalidad; sin duda había sido el líder de los suyos. Ahora estaba muerto. Me pregunté si sus padres buscarían su cadáver en las tinieblas y pensé en la tristeza de su amada, y en si también habría muerto. Goliat había luchado con el odio reflejado en sus ojos. Había gastado muchos balines para matarlo. Era un gran cangrejo, el más grande entre sus contemporáneos, incluida la Princesa. El Pueblo Cangrejo tendría que levantarle un monumento. Pero ¿era más grande que yo? No, señor. Yo le había vencido. ¡Imagináoslo! Un poderoso cangrejo, héroe de su pueblo, y yo era su vencedor. Y el de la Princesa, la cangreja más cautivadora que se haya conocido, y también a ella la había matado. Aquellos cangrejos no me olvidarían durante mucho tiempo. Si escribieran historia, me dedicarían un gran espacio en sus crónicas. Puede que incluso me llamaran el Asesino Negro de la Costa del Pacífico. Los cangrejitos oirían hablar de mí a sus mayores y mi nombre infestaría de terror sus recuerdos. Con el miedo gobernaría, aunque no estuviera presente, y cambiaría el curso de sus existencias. Algún día sería leyenda en su mundo. Y podría haber incluso cangrejas fascinadas por mi cruel ejecución de la Princesa. Me convertirían en dios, y algunas me adorarían en secreto y se apasionarían por mí.

El tío Frank, mi madre y Mona seguían hablando. Parecía una conjura. Mona me miró en cierto momento y su mirada decía: Te damos de lado deliberadamente porque queremos que estés incómodo; además, estarás entretenidísimo con el tío Frank después de la cena. Entonces el tío Frank me dirigió una sonrisa titubeante. Significaba problemas.

Después del postre las mujeres se levantaron y salieron. Mi madre cerró la puerta. Todo parecía premeditado. El tío Frank fue al grano encendiendo la pipa, apartando unos platos y apoyando los codos en la mesa. Se quitó la pipa de la boca y agitó la cazoleta bajo mi nariz.

—Mira, pequeño hijoputa —dijo—; no sabía que también fueras un ladrón. Sabía que eras un vago, pero por Dios bendito que no sabía que fueras un ratero.

—Tampoco soy un hijoputa —dije.

—He hablado con Romero —dijo—. Sé lo que hiciste.

—Te lo advierto —dije—. Con vocablos inequívocos te advierto que no vuelvas a llamarme hijoputa.

—Le robaste diez dólares a Romero.

—Tienes una osadía colosal, una presunción inusitada. No alcanzo a entender por qué te permites la libertad de ofenderme llamándome hijoputa.

—¡Robar a tu jefe! —dijo—. Te parecerá bonito.

—Te digo otra vez, y con toda sinceridad, que, a pesar de tu mayor edad y de nuestro parentesco, te prohíbo terminantemente que utilices apelativos ignominiosos como hijoputa para referirte a mí.

—¡Un sobrino vago y ladrón! Es asqueroso.

—Advierte, por favor, querido tío, que puesto que prefieres vilipendiarme llamándome hijoputa, no me queda otra alternativa que hacer hincapié en tu propia infamia. En resumen, si yo soy un hijoputa, resulta que tú eres el hermano de la puta. Chúpate ésa.

—Romero podría haber hecho que te detuvieran. Siento que no lo hiciese.

—Romero es un monstruo, un gigantesco impostor, un gusano que impone. Sus acusaciones de piratería me dan risa. No me inmutan sus estériles imputaciones. Pero he de recordarte una vez más que pongas freno a tu catálogo de obscenidades. No estoy acostumbrado a que me ofendan, ni siquiera los parientes.

—¡Cierra el pico, niñato! —dijo—. Estoy hablando de otra cosa. ¿Qué harás ahora?

—Hay miríadas de posibilidades.

—¡Miríadas de posibilidades! —dijo con desdén—. ¡Ésta sí que es buena! ¿De qué demontres estás hablando? ¡Miríadas de posibilidades!

Di unas chupadas al cigarrillo y dije:

—Supongo que abordaré la profesión literaria ahora que he terminado con la variedad proletaria de Romero.

—¿Que abordarás qué?

—Mis proyectos literarios. Mi prosa. Quiero proseguir mis experimentos literarios. Soy escritor, ¿sabes?

—¡Escritor! ¿Desde cuándo eres escritor? Eso es nuevo para mí. Sigue, ésta no la conocía.

—El instinto de escribir siempre ha estado latente en mí —dije—. Ahora está en

proceso de metamorfosis. El periodo de transición ha terminado. Estoy en el umbral de la expresión.

—Manda cojones —dijo.

Saqué el cuaderno del bolsillo y pasé las páginas con el pulgar. Las pasé tan aprisa que no pudo leer nada, pero sí ver que había algo escrito.

—Son notas —dije—. Notas ambientales. Estoy escribiendo un simposio socrático sobre el puerto de Los Ángeles desde la época de la conquista española.

—Veámoslo —dijo.

—Ni hablar. Cuando esté publicado.

—¿Cuándo esté publicado? Lo que hay que oír.

Me guardé el cuaderno en el bolsillo. Olía a cangrejo.

—¿Por qué no te animas a ser un hombre? —añadió—. Harías feliz a tu padre, allá arriba.

—¿Dónde? —dije.

—En la otra vida.

Lo había estado esperando.

—No existe la otra vida —dije—. La hipótesis celestial es mera propaganda inventada por los ricos para engañar a los pobres. Niego la inmortalidad del alma. Es la eterna ilusión de una humanidad engañada. Rechazo categóricamente la hipótesis de Dios. La religión es el opio del pueblo. Las iglesias deberían transformarse en hospitales y servicios públicos. Todo lo que somos o esperamos ser se lo debemos al diablo y a su contrabando de manzanas. Hay setenta y ocho mil contradicciones en la Biblia. ¿Es la palabra de Dios? ¡No! ¡Niego a Dios! ¡Lo acuso con coléricas e incontenibles imprecaciones! Acepto el universo ateo. ¡Soy monista!

—¡Lo que eres es un chiflado! —dijo—. Un obseso.

—No me entiendes —dije sonriendo—. Pero no pasa nada. Ya había supuesto que no lo entenderías; y esperaba los peores hostigamientos en el ínterin. No pasa nada.

Vació la pipa y agitó el dedo bajo mi nariz.

—Lo que tienes que hacer es dejar de leer esos dichosos libros, no robar, hacerte un hombre y trabajar.

Apagué el cigarrillo.

—¡Libros! —dije—. ¡Qué sabrás tú de libros! ¡Tú! Un ignaro, un Burrus Americanus, un zoquete, un torpe cobarde con menos sentido común que una comadreja.

Se quedó callado y llenó la pipa. No añadí nada porque era su turno. Me observó mientras pensaba la respuesta.

—Tengo un trabajo para ti —dijo.

—¿De qué?

—No lo sé aún. Ya veremos.

—Tiene que amoldarse a mis facultades. No olvides que soy escritor. Me he metamorfoseado.

—No me importa lo que te haya pasado. Vas a trabajar. Quizás en las fábricas de conservas.

—No sé nada sobre fábricas de conservas.

—Bueno —dijo—. Cuanto menos sepas, mejor. Sólo se necesita una espalda fuerte y una mente débil. Tú tienes las dos cosas.

—No me interesa el empleo —dije—. Prefiero escribir prosa.

—Prosa..., ¿qué es prosa?

—Eres un burgués conformista. Nunca conocerás la buena prosa por mucho que vivas.

—Debería romperte la crisma.

—Prueba.

—Pequeño cabrón.

—Analfabeto americano.

Se levantó y abandonó la mesa echando chispas por los ojos. Se dirigió a la habitación contigua y habló con mamá y con Mona, diciéndoles que habíamos llegado a un acuerdo y que iba a empezar una nueva vida. Les dio algún dinero y le dijo a mi madre que no se preocupara por nada. Fui a la puerta y cuando se fue le hice una seña de despedida con la cabeza. Mi madre y Mona me miraron a los ojos. Se figuraban que saldría de la cocina con las mejillas arrasadas de lágrimas. Mi madre me puso las manos en los hombros. Habló con suavidad y dulzura, pensando que tras la charla con tío Frank me sentiría muy infeliz.

—Ha herido tus sentimientos —dijo—. ¿Verdad, pobrecito mío?

Le aparté los brazos.

—¿Quién? —dije—. ¿Ese cretino? ¡Por todos los diablos, no!

—Tienes cara de haber llorado.

Entré en el dormitorio y me miré los ojos en el espejo. Estaban tan secos como siempre. Mi madre se acercó y se puso a enjugármelos con el pañuelo. Hay que joderse, me dije.

—¿Puedo preguntar qué haces?

—¡Pobrecito mío! No pasa nada. Estás avergonzado. Lo entiendo. Las madres lo entienden todo.

—¡Pero si no estoy llorando!

Se fue decepcionada.

Es por la mañana, hora de levantarse, así que levántate, Arturo, y busca trabajo. Sal de aquí y busca lo que nunca encontrarás. Eres un ladrón, un matacangrejos, un amante de mujeres en cuartos roperos. ¡Nunca encontrarás trabajo!

Todas las mañanas me levantaba pensando lo mismo. Tengo que encontrar un trabajo ya, maldita sea. Desayunaba, me ponía un libro bajo el brazo, los lápices en el bolsillo y salía. Bajaba las escaleras y echaba a andar por la calle, unos días con frío, otros con calor, unos con niebla, otros despejados. No importaba, con el libro en la axila, a buscar trabajo.

¿Qué trabajo, Arturo? ¡Ja, ja! ¿Un trabajo para ti? ¡Piensa en lo que eres, chaval! Un matacangrejos. Un ladrón. Miras mujeres desnudas en los cuartos roperos. ¡Y esperas encontrar un trabajo! ¡Qué gracia! Pero allá va él, el idiota, con un libro gordo. ¿Dónde narices vas, Arturo? ¿Por qué por esta calle y no por aquella? ¿Por qué hacia el este y no hacia el oeste? ¡Responde, so ladrón! ¿Quién va a darte un trabajo, so tirado, quién? Pero hay un parque al otro lado del municipio, Arturo. Se llama Banning Park. Hay allí muchos hermosos eucaliptos, y verde césped. ¡Qué lugar para leer! Ve allí, Arturo. Lee a Nietzsche. Lee a Schopenhauer. Entra en contacto con los poderosos. ¿Un trabajo? ¡Bah! Siéntate al pie de un eucalipto y lee un libro mientras buscas trabajo.

Y no obstante, a veces buscaba trabajo. Estaba la tienda de todo a quince centavos. Pasé mucho tiempo delante del escaparate, mirando una montaña de cacahuetes garapiñados. Y entré.

—El gerente, por favor.

—Está abajo —dijo la chica.

Lo conocía. Se llamaba Tracey. Bajé por la escalera metálica, preguntándome por qué sería metálica, y al final vi al señor Tracey. Un gusto admirable. Preciosa corbata, zapatos blancos, camisa azul. Un hombre elegante, un privilegio trabajar para un hombre así. Tenía algo, tenía *élan vital*. ¡Ah, Bergson! Bergson era otro gran escritor.

—Buenas, señor Tracey.

—Buenas, ¿qué quieres?

—Iba a pedirle...

—Tenemos solicitudes para eso. Pero no te servirán. Estamos al completo.

Subí las escaleras metálicas. ¡Qué escaleras tan curiosas! ¡Tan metálicas, tan precisas! Posiblemente una idea nueva en la fabricación de escaleras. ¡Ah, la humanidad! ¿Qué será lo próximo que se le ocurra? Progreso. Creo en la realidad del Progreso. Aquel Tracey... ¡Aquel arrastrado, piojoso e inútil hijo de puta! Él y su ridícula corbata amarilla, mirándose al espejo como un mono de mierda, burgués conformista y solapado. ¡Una corbata amarilla! Imagínate. ¡Ah!, pero no me engañó. Yo sabía un par de cosas de él. Una noche que yo estaba en el puerto lo vi por allí. No dije nada, pero juraría que estaba en su coche, apoltronado como un cerdo, con una

chica al lado. Vi sus dientes sebosos a la luz de la luna. Allí estaba con su panza, un gordo cabrón, conformista y subnormal de treinta dólares semanales, con la barriga colgando y una chica al lado, una guarra, una golfa, una puta a su lado, una hembra despreciable. Sostenía la mano de la chica con sus dedos gordezuelos. Parecía inflamado a su porcina manera, aquel gordo cabrón, aquel apestoso, aquella nauseabunda rata subnormal de treinta dólares semanales, sus dientes sebosos realzados por la luz de la luna, la voluminosa tripa aplastada contra el volante, sus repugnantes ojos engrasados e inflamados por la grasienta idea de un grasiento lío amoroso. No me engañaba; nunca podría engañarme. Puede que engañara a aquella chica, pero no a Arturo Bandini, y en ninguna circunstancia consentiría Arturo Bandini trabajar para él. Ya ajustaríamos cuentas algún día. Suplicaría, arrastrando su corbata amarilla por el polvo, suplicaría a Arturo Bandini, rogaría al gran Arturo que aceptara un empleo, y Arturo Bandini le daría un digno puntapié en la barriga y lo vería retorcerse en el polvo. ¡Ya me las pagaría, ya!

Fui a la planta de la Ford. ¿Y por qué no? La Ford necesita hombres. Bandini en la Ford Motor Company. Una semana en un departamento, tres semanas en otro, un mes en otro, seis meses en otro. Dos años y sería director jefe de la División Occidental.

La calzada serpenteaba entre la arena blanca, una avenida nueva y cargada de monóxido. En la arena había hierbajos pardos y saltamontes. Fragmentos de conchas marinas espolvoreaban los hierbajos. Era terreno hecho por el hombre, plano y en desorden, casuchas sin pintar, montones de troncos, montones de latas, torres de perforación, puestos de perritos calientes, puestos de fruta y viejos vendiendo palomitas a ambos lados de la calzada. En lo alto, los gruesos cables del teléfono emitían un sonido zumbante que se oía cada vez que decrecía el ruido del tráfico. Del cenagoso canal llegaba un intenso hedor a petróleo, a porquería y a cargamentos extraños.

Anduve con otros por la avenida. Enseñaban el pulgar a los vehículos para que los llevaran. Eran mendigos de pulgar espasmódico y sonrisa lastimera que pedían migajas de transporte. Sin orgullo. Pero yo no..., no Arturo Bandini, con sus poderosas piernas. Él no era de los que gorroneaban. ¡Que me adelanten! Que vayan a ciento cuarenta por hora y me llenen la nariz de humo de motor. Algún día cambiaría todo. Lo pagaréis, todos vosotros, todos los conductores que van por esta avenida. No subiría a vuestros vehículos aunque os apearaís para pedírmelo de rodillas y me dierais el coche gratis y sin compromiso. Antes moriría en el camino. Pero llegará mi hora y entonces veréis mi nombre en el cielo. ¡Entonces lo comprenderéis, todos y cada uno de vosotros! Yo no hago señas con el pulgar como los demás, así que no os detengáis. ¡Nunca! Pero de todos modos me las pagaréis.

Nadie quería llevarme. Ese tipo que va por ahí ha matado cangrejos. ¿Por qué lo vamos a llevar? Le gustan las señoras de papel en los cuartos roperos. ¡Imagínate! Así que no invitéis a subir a ese Frankenstein, a ese sapo que va por la avenida, a esa

araña negra, serpiente, perro, rata, imbécil, monstruo, majadero. No querían llevarme; muy bien... ¿y qué?! ¡Mirad cuánto me importa! ¡A la porra todos! Voy muy a gusto así. Me encanta andar con estas piernas que Dios me ha dado, y por Dios que andaré. Como Nietzsche. Como Kant. Immanuel Kant. ¿Qué sabéis vosotros de Immanuel Kant? ¡Palurdos con Chevrolet y V-8!

Cuando llegué a la planta me puse con los demás. Avanzaban en espeso grumo por delante de una plataforma verde. Rostros herméticos, rostros imperturbables. Entonces salió un hombre. Hoy no hay trabajo, chicos. Aunque hay un par de faenas, si sabéis pintar, si entendéis de transmisiones, si tenéis experiencia, si habéis trabajado en la planta de Detroit.

Pero no había trabajo para Arturo Bandini. Lo vi al momento, así que no les dejé que me rechazaran. Me hacía gracia. Aquel espectáculo, aquella escena con hombres delante de una plataforma me hacía gracia. Yo estoy aquí por una razón especial, señor: una misión confidencial, si puedo llamarla así, únicamente comprobar las condiciones de mi informe. Me ha enviado el presidente de la nación. Franklin Delano Roosevelt, él me ha enviado. Frank y yo..., ¡porque somos uña y carne! Averigua cómo están las cosas en la Costa del Pacífico, Arturo; envíame datos y cifras de primera mano; explícame con tus propias palabras qué piensan por allí las masas.

Por lo tanto yo era un espectador. La vida es teatro. Y aquí hay drama, Franklin, querido Niño, querido Amiguete, viejo Calcetín; un crudo drama en el corazón de los hombres. Lo notificaré inmediatamente a la Casa Blanca. Un telegrama en clave para Franklin. Frank: descontento en la Costa del Pacífico. Aconsejo envíes veinte mil hombres armados. Población aterrorizada. Situación peligrosa. Planta Ford en ruinas. Yo en persona tomaré el mando. Mi palabra es ley aquí. Tu viejo compinche, Arturo.

Había un anciano apoyado en la pared. De la nariz le resbalaba un goteo que le caía limpiamente en la punta de la barbilla, pero estaba en Babia y no se daba cuenta. Me hizo gracia. Qué gracia aquel anciano. Lo recordaré para comentárselo a Franklin, le gustan las anécdotas. Querido Frank: ¡te habrías tronchado si hubieras visto a aquel viejo! Seguro que le gusta y que lo repetirá ante los miembros de su gabinete ahogando las carcajadas. Eh, chicos, ¿sabéis lo último de mi amigo Arturo, el de la Costa del Pacífico? Anduve de un lado para otro, estudioso de la humanidad, filósofo, pasé ante el anciano de nariz incontinente. El filósofo de Occidente contempla la escena humana.

El anciano me sonrió a su manera y yo a él a la mía. Lo miré y me miró. Sonrisa. Evidentemente, no sabía quién era yo. Sin duda me confundía con el resto del rebaño. Era muy divertido, un gran deporte viajar de incógnito. Dos filósofos sonriéndose con añoranza por el destino del hombre. Estaba gracioso de verdad, la anciana nariz goteando y unos ojos azules que chispeaban con risa silenciosa. El mono azul lo cubría de pies a cabeza. Sobre las caderas llevaba un cinturón sin ninguna finalidad, un apéndice inútil, un cinturón que no sujetaba nada, ni siquiera la barriga, ya que era

delgado. Posiblemente un capricho, algo con lo que bromear mientras se vestía por la mañana.

El viejo dilató la sonrisa, invitándome a acercarme y a darle mi opinión; éramos almas gemelas, y era indudable que había visto a través de mi disfraz y había reconocido a una persona de profundidad e importancia, que estaba fuera del rebaño.

—No hay mucho hoy —dije—. La situación, tal como yo la veo, es cada día más grave.

Cabeceó complacido, la vieja nariz goteando bobaliconamente, un Platón resfriado. Un hombre muy viejo, quizás de ochenta años, con dentadura postiza, la piel como un zapato viejo, un cinturón sin sentido y una sonrisa filosófica. La oscura masa de hombres se movía a nuestro alrededor.

—¡Borregos! —dije—. ¡Son borregos, ay de mí! Víctimas de la santa inquisición americana y del sistema americano, hijos de puta esclavos de los especuladores capitalistas. ¡Esclavos, se lo digo yo! ¡No aceptaría un empleo en esta planta aunque me lo ofrecieran en bandeja de plata! Trabaja para este sistema y perderás el alma. No, gracias. ¿Y de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

Asintió, sonrió, concedió, cabeceó para que siguiera. Me animé. Mi tema favorito. Las condiciones laborales en la era de las máquinas, un asunto para una obra futura.

—¡Lo que yo digo, borregos! ¡Un hatajo de borregos sin agallas!

Los ojos le brillaron. Sacó una pipa y la encendió. La pipa apestaba. Cuando se la quitó de la boca, el reguero de la nariz fue tras ella. Lo quitó con el pulgar y luego se limpió el dedo en el pantalón. No se molestó en sonarse. No hay tiempo para eso cuando Bandini habla.

—Me hace gracia —dije—. El espectáculo no tiene precio. Borregos con el alma trasquilada. Un espectáculo digno de Rabelais. Tengo que reírme. —Y reí a más no poder. Él también rió, golpeándose los muslos y chillando con una nota aguda hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. He allí un hombre con el que me identificaba, un hombre de humores universales, sin duda un hombre instruido a pesar del mono y del cinturón inútil. Sacó cuaderno y lápiz del bolsillo y escribió en el primero. Por fin lo sabía: ¡él también era escritor, naturalmente! El secreto se había desvelado. Terminó de escribir y me dio la nota.

Decía: Por favor, escríbelo. Estoy sordo como una tapia.

No, no había trabajo para Arturo Bandini. Me fui sintiéndome mejor, contento por ello. Volví deseando tener un aeroplano, un millón de dólares, deseando que las conchas marinas fueran diamantes. Iría al parque. Todavía no soy un borrego. Lee a Nietzsche. Sé un superhombre. *Así habló Zaratustra*. ¡Ah, Nietzsche! No seas un borrego, Bandini. Defiende la santidad de tu espíritu. Ve al parque y lee al maestro al pie de los eucaliptos.

Una mañana desperté con una idea. Una buena idea, grande como una casa. La idea más grande que había tenido, una obra maestra. Trabajaría de recepcionista nocturno en un hotel..., ésa era la idea. Me permitiría leer y trabajar al mismo tiempo. Salté de la cama, engullí el desayuno y bajé los escalones de seis en seis. Una vez en la acera, me detuve un momento a meditar la idea. El sol calcinaba la calle y me despejó quemándome los ojos. Curioso. Ahora que estaba totalmente despierto la idea no me parecía tan buena, una de esas que se nos ocurren adormilados. Un sueño, un simple sueño, una trivialidad. No podía trabajar de recepcionista nocturno en aquel municipio portuario por la sencilla razón de que ningún hotel del municipio tenía recepcionistas nocturnos. Una deducción matemática y bastante sencilla. Volví a casa y me senté.

—¿Por qué corrías tanto? —preguntó mi madre.

—Para hacer ejercicio. Por las piernas.

Los días pasaban envueltos en niebla. Las noches eran noches y nada más. Los días eran iguales, el sol dorado se encendía y se apagaba. Siempre estaba solo. Costaba recordar tanta monotonía. Los días no parecían avanzar. Estaban inmóviles como lápidas. El tiempo discurría lentamente. Dos meses pasaron a duras penas.

Siempre quedaba el parque. Leí un centenar de libros. De Nietzsche, de Schopenhauer, Kant, Spengler, Strachey y otros. ¡Ah, Spengler! ¡Vaya libro! ¡Vaya peso! Como la guía telefónica de Los Ángeles. Lo leía día tras día, sin entender ni jota, y sin importarme tampoco, pero leyéndolo porque me gustaba aquel rugiente encadenamiento de palabras que recorría las páginas con sombrío y misterioso estruendo. ¡Y Schopenhauer! ¡Qué escritor! Lo leí durante días y se me fue quedando un poco de aquí y otro poco de allá. ¡Y qué cosas sobre las mujeres! Yo estaba de acuerdo. Era exactamente mi propio sentir sobre la materia. ¡Qué escritor, oiga!

Cierta vez estaba leyendo en el parque. Tumbado en el césped. Había hormiguitas negras entre las hojas de hierba. Me miraban, se subían a las páginas, unas preguntándose qué estaría haciendo, otras indiferentes y pasando de largo. Se me subieron por la pierna, se enredaron en la jungla de vello castaño, me alcé la pernera y las aplasté con el pulgar. Hicieron cuanto pudieron por escapar, entrando y saliendo frenéticamente de las matas, deteniéndose en ocasiones como para engañarme con su inmovilidad, pero a pesar de todas sus artimañas no pudieron eludir mi dedo. ¡Qué hormigas más necias! ¡Qué burguesas! ¡Querer engañar a uno cuya mente vive del pan de Spengler, Schopenhauer y los grandes! Era su sino, la Decadencia de la Civilización Hormiguera. Así que seguí leyendo y matando hormigas.

Era un libro titulado *Judíos sin dinero*. ¡Vaya libro! ¡La madre que...! Alcé los ojos de la madre que aparecía en sus páginas y vi a una mujer ante mí, en el césped, con los zapatos rotos y una cesta en los brazos.

Era una jorobada de dulce sonrisa. Sonreía dulcemente a todo; no podía evitarlo;

a los árboles, a mí, a la hierba, a todo. La cesta tiraba de ella, arrastrándola hacia el suelo. Era muy delgada y tenía la cara escocida, como abofeteada desde siempre. Llevaba un sombrero viejo y curioso, un sombrero absurdo, un sombrero enloquecedor, un sombrero para hacerme llorar, un sombrero con frambuesas resacas en el ala. Hela allí, sonriéndole a todo, cruzando fatigosamente la hierba, con una cesta llena de Dios sabría qué, llevando un sombrero de plumas y frambuesas.

Me levanté. Era muy misterioso. Heme allí levantado como por arte de magia, con los dos pies en el suelo y los ojos anegados.

—Permítame ayudarla —dije.

Sonrió otra vez y me dio la cesta. Echamos a andar. Ella abría la marcha. Al otro lado de los árboles el calor era de muerte. Y sonreía. Su sonrisa era tan dulce que yo casi perdía la cabeza. Y hablaba, me contaba cosas que nunca recordaría. No importaba. En un sueño me abrazaba, en un sueño la seguía bajo el sol cegador. Seguimos adelante manzana tras manzana. Deseaba que no acabase nunca. Siempre hablaba con una vocecita hecha de música humana. ¡Qué palabras! ¡Qué cosas decía! Yo no me enteraba de nada. Me limitaba a ser feliz. Aunque por dentro me moría. Debería haber sido así. Bajamos de tantas aceras que me pregunté por qué no se sentaba en un bordillo y me rodeaba la cabeza mientras yo me perdía. Era la oportunidad que nunca volvería a presentarse.

¡La anciana de la espalda encorvada! Anciana, con cuánta alegría siento tu dolor. ¡Pídeme un favor, oh, anciana, oh! Cualquiera cosa. Morir es fácil. Sea de ese modo. Llorar es fácil, levántate la falda y permíteme llorar, y que mis lágrimas rieguen tus pies para que sepas que comprendo lo que la vida ha sido para ti, porque mi espalda también está encorvada, aunque mi corazón está íntegro, mis lágrimas están riquísimas y mi amor es tuyo, para darte alegría donde Dios no pudo. Morir es muy fácil y puedes tener mi vida si lo deseas, oh, anciana, me haces sufrir tanto, me has hecho sufrir tanto que haré cualquier cosa por ti, morir por ti, la sangre de mis dieciocho años fluyendo hacia las alcantarillas de Wilmington y hasta el mar por ti, por ti, para que puedas tener tanta alegría como yo ahora y ponerte erguida, libre del horror de ese meandro.

Dejé a la anciana ante su puerta.

Los árboles resplandecían. Las nubes reían. El cielo azul me elevaba. ¿Dónde estoy? ¿Es esto Wilmington, California? ¿No he estado antes aquí? Una melodía movió mis pies. El aire se elevaba con Arturo, exhalándolo y aspirándolo, convirtiéndolo en algo y en nada. Mi corazón no paraba de reír. ¡Adiós a Nietzsche, a Schopenhauer, a todos vosotros, so tarados, yo soy mucho más grande! Por mis venas corre música de sangre. ¿Duraría? No podía durar. He de ir aprisa. Pero ¿adónde? Y corrí hacia mi casa. Ya estoy en mi casa. He dejado el libro en el parque. Al infierno con él. Se acabaron los libros para mí. Besé a mi madre. La abracé con pasión. Me postré de rodillas, le besé los pies y me abracé a sus tobillos hasta que por lo visto le hice daño, pasmada de que fuera yo.

—Perdóname —dije—. Perdóname, perdóname.

—¿A ti? —dijo—. Pues claro, pero ¿por qué?

¡Aj! ¡Pero qué cretina! ¿Cómo iba a saber por qué? ¡Aj! Vaya madre. La extrañeza había desaparecido. Me puse en pie. Me sentía idiota. Un chorro de sangre fría me coloreó las mejillas. ¿Qué era aquello? No lo sabía. La silla. La vi en un extremo de la sala y me senté. Las manos. Estaban en lo suyo; ¡ridículas manos! ¡Malditas manos! Hice algo con ellas, apartarlas de lo suyo. La respiración. Silbaba de horror y miedo a algo. El corazón. Ya no me rompía el pecho, sino que se apagaba, se escondía en mi interior más profundo y oscuro. Mi madre. Me observaba aterrorizada, temerosa de hablar, pensando que estaba loco.

—¿Qué pasa? ¡Arturo! ¿Qué está pasando?

—Nada que te importe.

—¿Llamo a un médico?

—Jamás.

—Te comportas de una manera muy extraña. ¿Estás herido?

—No me hables. Estoy pensando.

—Pero ¿qué te pasa?

—No querías saberlo. Eres una mujer.

Pasaban los días. Transcurrió una semana. La señorita Hopkins estaba en la biblioteca todas las tardes, flotando con las blancas piernas entre los pliegues de sus vestidos anchos, en una atmósfera de libros y serenos pensamientos. Yo la observaba. Era como un halcón. No se me escapaba nada de lo que hacía.

Entonces llegó un gran día. ¡Menudo día fue!

La observaba desde las sombras de los oscuros estantes. Ella sostenía un libro, estaba de pie tras el escritorio igual que un soldado, con los hombros cuadrados, leyendo con faz seria y relajada, recorriendo con sus ojos grises el transitado sendero de los renglones. Mis ojos estaban tan ansiosos y hambrientos que la sobresaltaron. Levantó la mirada con brusquedad, pálida por la conmoción de tener cerca algo temible. Vi cómo se le humedecían los labios y me volví. Al poco rato la miré de nuevo. Era cosa de magia. Sufrió otra sacudida, miró inquieta a su alrededor, se llevó los largos dedos al cuello, suspiró y reanudó la lectura. Unos momentos y volví a mirar. Aún sostenía el libro. ¿Y qué libro era? No lo sabía, pero tenía que saberlo para que mis ojos recorrieran el mismo sendero que los suyos.

Caía la tarde y el sol pintaba el suelo de oro. Con las blancas piernas silenciosas como fantasmas se dirigió a las ventanas y subió las persianas. El libro oscilaba en su mano derecha, le frotaba el vestido mientras ella andaba, en sus propias manos, las inmortales manos blancas de la señorita Hopkins, sujeto por la blanca y cálida suavidad de sus dedos.

¡Qué libro! ¡Tenía que conseguirlo! Lo quería, Señor, para abrazarlo, para besarlo, para estrujar contra mi pecho aquel libro recién tocado por sus dedos, quizás con la huella de sus cálidos dedos aún en las cubiertas. ¿Quién sabe? Quizás le suden los dedos mientras lee. ¡Maravilloso! En tal caso es seguro que sus huellas siguen en él. He de tenerlo. Esperaré una eternidad si es necesario. Esperé hasta las siete en punto, fijándome en cómo lo sostenía, en la posición exacta de sus maravillosos dedos, tan delgados, tan blancos, enmarcando la contraportada, a unos centímetros del borde inferior, impregnando quizás de perfume las páginas, perfumándomelas.

Hasta que lo terminó. Se acercó con él a los estantes y lo puso en una sección de biografías. Me acerqué tranquilamente buscando un libro para leer, algo que me estimulara la mente, en la línea de la biografía moderna, la vida de alguna gran figura, para inspirarme, para hacer sublime mi vida.

Ja, allí estaba. El libro más bello que había visto en mi vida, más grande que los demás del estante, un libro entre los libros, la mismísima reina de las biografías, la princesa de la literatura, el libro de cubierta azul. *Catalina de Aragón*. ¡Así que era aquél! Una reina aprende de otra reina..., lo más natural. Y sus ojos grises habían recorrido el sendero de aquellos renglones... Lo mismo harían los míos.

Tengo que tenerlo, pero no hoy. Mañana vendré, mañana. Estará de servicio la otra bibliotecaria, la gorda y fea. Entonces será mío, todo mío. Y así, en espera del

día siguiente, escondí el libro entre los otros para que nadie pudiera llevárselo en mi ausencia.

Me presenté a primera hora de la mañana, a las nueve en punto. Catalina de Aragón: maravillosa mujer, reina de Inglaterra, compañera de cama de Enrique VIII..., todo esto ya lo sabía. Era indudable que la señorita Hopkins había leído en aquel libro las páginas dedicadas a la intimidad de Catalina y Enrique. ¿Habían deleitado a la señorita Hopkins las partes que trataban del amor? ¿Había sentido escalofríos en la espalda? ¿Había sentido más trabajosa la respiración, más turgente el seno y un misterioso hormigueo en los dedos? Sí, ¿y quién sabe? Puede que incluso gritara de júbilo y sintiera una misteriosa agitación dentro de sí, la voz de la feminidad. Ciertamente, no cabía la menor duda al respecto. Y era maravilloso también. Una entidad de gran belleza, un pensamiento sobre el que reflexionar. Así que saqué el libro y ya estaba entre mis manos. ¡Imaginaos! La víspera lo había tenido ella junto a sí, calentándolo con los dedos, y ya era mío. Maravilloso. Un acto del destino. Un milagro de la sucesión. Cuando nos casáramos se lo contaría. Estaríamos desnudos en la cama, la besaría en los labios, reiría suave y triunfalmente y le contaría que el auténtico comienzo de mi amor había sido cuando cierto día la había visto leyendo determinado libro. Y volvería a reír, mis blancos dientes destellando, y mis ojos negros y románticos radiantes mientras le contaba por fin la auténtica verdad de mi amor estimulante y eterno. Ella se pegaría a mí, sus hermosos senos blancos aplastados contra mí, y por sus mejillas correrían las lágrimas mientras yo la transportaba por el interminable oleaje del éxtasis. ¡Qué día!

Acerqué el libro a los ojos, buscando algún rastro de dedos blancos a un par de centímetros del borde inferior. Había huellas de dedos, sí. No importaba que pertenecieran a otras personas, porque a pesar de todo pertenecían sólo a la señorita Hopkins. Camino del parque las besé, y las besé tanto que al final desaparecieron del todo y sólo quedó una húmeda mancha azul en el libro y en mi boca el dulce sabor de la tintura azul. Fui a mi lugar favorito del parque y me puse a leer.

Estaba cerca del puente y con ramitas y hierba construí un santuario. Era el trono de la señorita Hopkins. ¡Ah, si al menos llegara a conocerlo! Pero en aquel momento estaba en su casa de Los Ángeles, muy lejos de la escena de sus ceremonias y sin pensar en absoluto en ellas.

Me acerqué a gatas a la orilla del estanque de los lirios, a un lugar lleno de bichos y grillos, y cacé un grillo. Un grillo negro, gordo y fornido, con energía eléctrica en el cuerpo. Y allí estaba, el grillo en mi mano, y era yo, el grillo aquel, era yo, Arturo Bandini, negro e indigno de la hermosa princesa blanca; me tendí boca abajo y lo vi arrastrarse por los lugares que habían tocado los sagrados dedos blancos de la señorita Hopkins y vi que disfrutaba igualmente cuando pasó por el dulce sabor de la tintura azul. Luego quiso escapar. Dio un salto y se puso en marcha. Tuve que romperle las patas. No hubo más remedio.

—Bandini —le dije—, lo siento. Pero el deber me obliga. La reina lo desea,

nuestra amada reina.

Reptaba lastimosamente, pasmado por lo que había sucedido. ¡Oh, hermosa y blanca señorita Hopkins, observad! Oh, reina de los cielos y de la tierra. ¡Observad! Me arrastro a vuestros pies, un vulgar grillo negro, un bribón de siete suelas que no merece llamarse humano. Aquí estoy con las patas rotas, un mísero grillo negro, dispuesto a morir por vos; sí, acercándose ya a la muerte. ¡Ah! ¡Reducidme a cenizas! ¡Dadme una nueva forma! ¡Hacedme hombre! ¡Acabad con mi vida por la gloria del amor eterno y el encanto de vuestras blancas piernas!

Y maté al grillo negro, aplastándolo tras las despedidas de rigor entre las páginas de *Catalina de Aragón*, y el pobre, desdichado e indigno cuerpo negro crujió y reventó de éxtasis y amor en aquel sagrado y pequeño santuario de la señorita Hopkins.

Y he aquí que se produjo un milagro: de la muerte surgió la vida perdurable. La resurrección de la vida. El grillo había desaparecido, pues el poder del amor se había consumado y yo volvía a ser yo y no un grillo, era Arturo Bandini, y el olmo de más allá era la señorita Hopkins, y me puse de rodillas y rodeé el árbol con mis brazos, besándolo con amor perdurable, arrancando la corteza con los dientes y escupiéndola en el césped.

Giré sobre mis talones e hice una reverencia a las matas de la orilla del estanque. Aplaudieron jubilosamente, balanceándose al unísono, manifestando con abucheos su complacencia y satisfacción por la escena, incluso exigiendo que llevara en hombros a la señorita Hopkins. Me negué, y con pícaros guiños y movimientos sugerentes les dije el motivo, porque la hermosa reina blanca no quería que la transportaran, por favor, prefería que la pusieran en posición horizontal, y al oír aquello todos rieron y pensaron que yo era el amante y el héroe más grande que visitaría su hermoso país.

—Entendedlo, amigos. La reina y yo preferimos estar solos. Hay muchos asuntos pendientes entre nosotros..., si sabéis a lo que me refiero.

Risas y salvas de aplausos en los arbustos.

Una noche vino mi tío por casa. Le dio algo de dinero a mi madre. Sólo podía quedarse un momento. Dijo que tenía una buena noticia para mí. Quise saber a qué se refería. Un trabajo, dijo. Por fin me había encontrado un trabajo. Le dije que aquello no era necesariamente una buena noticia, porque no sabía qué trabajo me había conseguido. Dijo que me callara y me habló del trabajo.

—Lleva esto y dile que te envío yo —dijo.

Me dio una nota que ya había escrito.

—He hablado hoy con él —añadió—. Está todo arreglado. Haz lo que te digan, ten cerrada esa boca de idiota y te pondrá en plantilla.

—Tendrá que hacerlo —dije—. Cualquiera paranoico puede trabajar en una fábrica de conservas.

—Ya lo veremos —dijo mi tío.

A la mañana siguiente tomé el autobús que iba al puerto. Estaba sólo a siete manzanas de casa, pero dado que iba a trabajar, pensé que sería mejor no cansarme andando demasiado. Industrias Pesqueras Soyo resaltaba en el canal como una ballena muerta. Brotaba vapor de las tuberías y ventanas.

Había una chica en la oficina de recepción. Era una oficina extraña. La chica estaba sentada ante una mesa sin papeles ni lápices. Era fea, tenía la nariz ganchuda y llevaba gafas y una falda amarilla. No hacía absolutamente nada, sin teléfono, sin ni siquiera un lápiz ante sí.

—Hola —dije.

—Eso no es necesario —dijo—. ¿A quién buscas?

Le dije que quería ver a un hombre llamado Bajito Naylor. Tenía una carta para él. Quiso saber qué decía la carta. Se la di y la leyó.

—Por el amor de Dios —dijo. Me indicó que esperase un momento. Se levantó y salió. Ya en la puerta, se volvió y dijo—: No toques nada, por favor. —Le dije que no tocaría nada. Pero cuando miré a mi alrededor no vi nada que tocar. En un rincón del suelo había una lata de sardinas sin abrir. Era el único objeto que había en la habitación, exceptuando el escritorio y la silla. Es una maníaca, me dije; un caso de demencia precoz.

Mientras esperaba percibí algo. Un olor nauseabundo que de repente empezó a succionarme el estómago. Tiraba de él hacia la garganta. Al echarme hacia atrás sentí la succión. Empecé a tener miedo. Era como ir en un ascensor que bajara demasiado rápido.

Entonces volvió la chica. Venía sola. Pues no..., no venía sola. Detrás de ella, invisible hasta que la chica se apartó, había un hombrecillo. Aquel hombre era Bajito Naylor. Era mucho más bajo que yo. Era muy delgado. Las clavículas le sobresalían. No tenía dientes que valiera la pena mencionar, sólo un par, que era peor que ninguno. Sus ojos eran como ostras añejas en papel de periódico. En las comisuras de

la boca tenía unos pegotes de tabaco de mascar que parecían de chocolate seco. Tenía expresión de rata a la espera. Su cara era tan gris que parecía que nunca le había dado el sol. No me miró a la cara, sino a la barriga. ¿Qué vería allí? Me miré. No había nada, sólo una barriga, del tamaño de siempre y sin nada digno de ser mirado. Cogió el papel que le entregué. Tenía las uñas medio comidas. Leyó la nota con dolor, con mucho fastidio, la arrugó y se la guardó en el bolsillo.

—El sueldo es veinticinco centavos la hora —dijo.

—Eso es irrisorio e inicuo.

—Pues es lo que hay.

La chica se había sentado encima del escritorio y nos miraba. Sonreía a Bajito. Como si hubiera por medio alguna broma. Yo no veía nada gracioso. Erguí los hombros. Bajito se dispuso a salir por la puerta por la que había entrado.

—El sueldo no es lo relevante —dije—. Pero las circunstancias aportan una singularidad al caso. Soy escritor. Interpreto la escena americana. El objeto que me trae aquí no es la acumulación de dinero, sino de material para mi próximo libro sobre las industrias pesqueras californianas. Mis ingresos, por supuesto, son muy superiores a lo que yo pueda ganar aquí. Pero no creo que sea ése un tema de mucha importancia en estos momentos.

—No —dijo—. El sueldo es veinticinco centavos la hora.

—No importa. Cinco centavos o veinticinco. Dadas las circunstancias, no importa lo más mínimo. No importa en absoluto. Soy escritor, como ya le he dicho. Un intérprete de la escena americana. Estoy aquí con objeto de reunir material para mi próxima obra.

—¡Madre mía! —dijo la chica dándome la espalda—. Por el amor de Dios, llévatelo de aquí.

—No me gusta tener americanos entre el personal —dijo Bajito—. No trabajan con ganas como los demás muchachos.

—Ah —dije—. Ahí se equivoca, señor. Mi patriotismo es universal. No soy leal a ninguna bandera.

—Ostras —dijo la chica.

Pero era fea. Nada de lo que dijera llegaría a molestarme. Era demasiado fea.

—Los americanos no aguantan el ritmo —dijo Bajito—. En cuanto tienen la barriga llena, se van.

—Interesante, señor Naylor. —Me crucé de brazos y apoyé los talones con firmeza—. Extremadamente interesante lo que dice. Un fascinante aspecto sociológico de la situación de la industria conservera. Mi libro profundizará en el tema con gran detalle y notas a pie de página. Citaré sus palabras. Desde luego que sí.

La chica dijo algo impublicable. Bajito quitó la pelusa de una pastilla de tabaco y le dio un mordisco. Fue un bocado grande que le llenó la boca. Apenas me escuchaba, lo habría jurado por la escrupulosa manera con que masticaba el tabaco. La chica se había sentado en la silla y apoyaba los codos en la mesa. Nos volvimos

para mirarnos. Se cogió la nariz con los dedos y apretó. Pero no me molestó el gesto. Era demasiado fea.

—¿Quieres el empleo? —dijo Bajito.

—Sí, dadas las circunstancias. Sí.

—Recuerda: el trabajo es duro y tampoco esperes favores de mi parte. Si no fuera por tu tío, no te contrataría, pero ahí se acaba todo. Los americanos no me gustáis. Sois unos vagos. Cuando os cansáis, os despedís. Y alborotáis demasiado.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Naylor. Total y absolutamente de acuerdo. La pereza, si se me permite un inciso, la pereza es la característica más destacada de la escena americana. ¿Me sigue usted?

—No tienes que llamarme señor. Llámame Bajito. Me llamo así.

—¡Naturalmente, caballero! ¡No faltaba más, naturalmente! Quisiera decirle que Bajito es un sobrenombre muy vistoso..., un americanismo típico. Los escritores nos lo encontramos constantemente.

Ni le gustó ni le impresionó. Curvó el labio. La chica del escritorio murmuró no sé qué.

—Tampoco me llames caballero —dijo Bajito—. No me gustan esas mierdas de buen tono.

—Llévatelo de aquí —dijo la chica.

Pero a mí no me turbaban las observaciones de aquel espantapájaros. Me hacían gracia. ¡Qué cara más fea tenía! Me hacía demasiada gracia para expresarlo con palabras. Me reí y di a Bajito unos golpecitos en la espalda. Yo era bajo, pero más alto que aquel enano. Me sentía grande, un gigante.

—Muy gracioso, Bajito. Me encanta su innato sentido del humor. Muy gracioso. Realmente gracioso. —Y volví a reírme—. Muy gracioso. Ja, ja, ja. Qué graciosísimo.

—Yo no veo nada gracioso —dijo.

—¡Pues lo es! Si es que me sigue usted.

—A tomar por saco. Sígueme tú a mí.

—Oh, ya lo sigo, no se apure. Lo sigo.

—No —dijo—. Quiero decir que me acompañes. Te voy a poner con los del etiquetado.

La chica se volvió para mirarnos cuando cruzamos la puerta del fondo.

—¡Y no vuelvas por aquí! —dijo. Pero no le hice el menor caso. Era demasiado fea.

Entramos en la fábrica. El edificio, de hierro ondulado, parecía una mazmorra oscura y tórrida. De las vigas goteaba agua. En el aire flotaban nubecillas de vapor pardo y blanco. El verde suelo estaba resbaladizo de tanta grasa. Cruzamos una larga nave con mesas ante las que las obreras mexicanas y japonesas destripaban caballas con un cuchillo. Iban enfundadas en recios impermeables y calzaban botas de goma hundidas hasta el tobillo en tripas de pescado.

El hedor era excesivo. Sentí náuseas enseguida, esas náuseas que saben a agua caliente con mostaza. Diez pasos más y sentí que se me subía el desayuno, y me doblé para arrojarlo. Todo lo que llevaba dentro salió a chorro y a la vez. Bajito se echó a reír. Me dio un manotazo en la espalda y se rió a carcajadas. Entonces empezaron ellas. El jefe se estaba riendo de lo que fuese y ellas hicieron lo mismo. Maldije la situación. Las trabajadoras levantaban los ojos de la faena, miraban y se reían. ¡Qué gracia! Y encima en horas de trabajo. ¡Ved al jefe riéndose! Seguro que pasa algo. Entonces también nos reiremos nosotras. El trabajo se había detenido en la nave de vaciado. Todos se reían. Todos menos Arturo Bandini.

Arturo Bandini no se reía. Estaba vaciando las tripas en el suelo. Los maldije a todos y cada uno, y juré venganza, me alejé tambaleándome, deseoso de esconderme donde fuera. Bajito me cogió del brazo y me llevó hacia otra puerta. Me apoyé en la pared para recuperar el aliento. Pero el hedor volvió a la carga. Las paredes daban vueltas, las mujeres se reían y Bajito se reía, y Arturo Bandini, el gran escritor, vomitaba otra vez. ¡Cómo vomitaba! Las mujeres llegarían a casa por la noche y lo contarían. ¡El nuevo! ¡Tendríaís que haberlo visto! Y las odié, incluso dejé de vomitar un instante para saborear el hecho de que era el odio más fuerte que había sentido en mi vida.

—¿Te encuentras mejor? —dijo Bajito.

—Desde luego —dije—. No ha sido nada. Veleidades de un estómago artístico. Una nadería. Algo que habré comido, por así decirlo.

—Eso es verdad.

Entramos en la nave contigua. Las mujeres seguían riéndose en horas de trabajo. Bajito Naylor se volvió en la puerta y torció el gesto. Nada más. Se limitó a torcer el gesto. Todas dejaron de reír. El espectáculo había terminado. Volvieron al trabajo.

Estábamos en la nave donde etiquetaban las latas. El personal estaba compuesto por muchachos mexicanos y filipinos. Alimentaban las máquinas con cintas transportadoras. Los veinte individuos, de mi edad y mayores, se detuvieron para ver quién era yo y comprendieron que había otro hombre a punto de ponerse a trabajar.

—Estáte quieto y mira —dijo Bajito—. Ponte a ello cuando entiendas cómo lo hacen.

—Parece muy sencillo —dije—. Ya estoy preparado.

—No. Espera unos minutos.

Y se fue.

Me quedé mirando. Era muy sencillo. Pero mi estómago no se guiaba por la misma lógica. Al poco rato estaba vomitando otra vez. De nuevo las carcajadas. Pero aquellos chicos no eran como las mujeres. Ellos creían realmente que era gracioso ver a Arturo Bandini pasarlas moradas.

Aquella primera mañana no tuvo principio ni fin. Entre un vómito y otro me quedaba junto al vertedor de latas, presa de convulsiones. Y les dije quién era. Arturo Bandini, el escritor. ¿No habéis oído hablar de mí? ¡Ya oiréis! Tranquilos. ¡Ya oiréis!

Mi libro sobre las industrias pesqueras californianas. Será un clásico sobre el tema. Hablaba de prisa, entre una vomitona y otra.

—No estoy aquí para quedarme. Estoy reuniendo material para un libro sobre las industrias pesqueras californianas. Soy Bandini, el escritor. No necesito este trabajo. A lo mejor doy mi sueldo para obras de caridad: al Ejército de Salvación.

Y vomitaba otra vez. Ya no me quedaba nada en el estómago, salvo lo que nunca sale. Me doblaba y tosía, un famoso escritor con los antebrazos pegados a la cintura, retorciéndose y tosiendo. Pero no salía nada. Uno dejó de reír el tiempo suficiente para gritarme que bebiera agua. ¡Eh, escritor! ¡Tú bebe agua! Así que busqué un grifo y bebí agua. Me salió a chorro mientras corría hacia la puerta. Y no dejaban de reír. ¡Ah, el escritor! ¡Vaya un escritor! ¡Mirad como escribe!

—Ya pasará —dijeron riendo.

—Tú vete casa —dijeron—. Tú vete escribir libro. Escritor. Demasiado bueno para fábrica. Tú vete casa y escribe libro de vómitos.

Carcajadas.

Salí y me estiré en un montón de redes de pescar caldeadas por el sol, entre dos edificios, lejos de la avenida que bordeaba el canal. Los oía reír por encima del zumbido de las máquinas. No me importaba, en absoluto. Tenía ganas de dormir. Pero las redes estaban en mal estado, apestaban a caballa y a sal. Las moscas me descubrieron enseguida. Aquello empeoró las cosas. No tardaron en saber de mí todas las moscas del puerto de Los Ángeles. Me alejé a gatas de las redes y me tendí en la arena. Fue maravilloso. Estiré los brazos y busqué con los dedos los puntos más frescos de la arena. Era lo mejor que había encontrado en toda mi vida. Incluso los granos de arena que inhalaba al respirar me dejaban un rastro de dulzura en la nariz y en la boca. Una cochinilla se detuvo en un montículo para observar la perturbación. Normalmente la habría matado sin vacilar. Me miró a los ojos, se detuvo y siguió avanzando. Empezó a subirme por la barbilla.

—Adelante —dije—. No me importa. Puedes colarte en mi boca si quieres.

Remontó la barbilla y sentí un cosquilleo en los labios. Tuve que ponerme bizco para verla.

—Adelante —dije—. No voy a hacerte daño. Hoy es fiesta.

Subió hacia mis fosas nasales. Entonces me puse a dormir.

Me despertó una sirena. Eran las doce en punto, mediodía. Los obreros salían de los edificios, mexicanos, filipinos y japoneses. Los japoneses estaban demasiado ocupados mirando al frente para volver la cabeza. Iban a toda prisa. Pero los mexicanos y los filipinos me vieron tirado y volvieron a reírse, pues allí estaba yo, el gran escritor, tirado como un borracho.

Por toda la fábrica había corrido ya el rumor de que entre ellos había una gran personalidad, nada menos que el inmortal Arturo Bandini, el escritor, y allí estaba él, sin duda discurriendo algo para la historia, el gran escritor que se había especializado en el pescado, que trabajaba por veinticinco miserables centavos la hora a causa de su

espíritu democrático, el gran escritor. Era tan verdaderamente grande que..., bueno, que estaba allí al sol, tirado boca abajo, vomitando las entrañas, demasiado mareado para soportar el olor sobre el que iba a escribir un libro. ¡Un libro sobre las industrias pesqueras californianas! ¡Ah, qué escritor! ¡Un libro sobre el vómito californiano! ¡Ah, menudo escritor es!

Risas.

Pasaron treinta minutos. La sirena sonó de nuevo. Se alejaron de los mostradores donde comían. Me di la vuelta y los vi pasar, formas borrosas, un sueño hepático. El sol me estaba mareando. Me cubrí la cara con el brazo. Aún se reían, pero no tanto como antes, porque el gran escritor empezaba a aburrirles. Levanté la cabeza y los miré con ojos legañosos mientras pasaban. Comían manzanas, chupaban polos, masticaban caramelos rellenos que sacaban de ruidosas envolturas. Volví a sentir náuseas. Mi estómago gruñó, pataleó, se rebeló.

¡Eh, escritor! ¡Eh, escritor! ¡Eh, escritor!

Oí que se concentraban a mi alrededor, las risas y los comentarios. ¡Eh, escritor! Las voces eran ecos astillados. El polvo se elevaba de sus pies en nubes perezosas. De pronto una boca en mi oído, mucho más fuerte que antes, un grito. ¡Eeeeh, escritor! Me asieron unos brazos, me levantaron y me dieron la vuelta. Sabía lo que iban a hacer. Era la idea que tenían de la diversión. Iban a meterme un pescado por dentro del pantalón. Lo supe incluso sin ver el pescado. Yo estaba boca arriba. El sol del mediodía me daba en la cara. Sentí unos dedos en la camisa, la rasgadura del tejido. ¡Naturalmente! ¡Lo que había supuesto! No había visto ningún pescado hasta entonces, pero era evidente que iban a metérmelo por dentro del pantalón. Mantuve los ojos cerrados. Sobre mi pecho cayó algo frío y pegajoso que se movió hacia mi cinturón: ¡el pescado! Los muy idiotas. Desde el principio mismo había adivinado sus intenciones. Supe que iban a hacerlo y punto. Pero no quería que me afectase. Un pescado más o menos ya no tenía importancia.

Pasó el tiempo. Quizás media hora. Me metí la mano bajo la camisa y sentí el pescado contra mi piel. Le pasé los dedos por la superficie, buscando las aletas y la cola. Me sentía mejor. Saqué el pescado, lo levanté y lo miré. Una caballa de treinta centímetros. Contuve el aliento para no olerla. Me la metí en la boca y le arranqué la cabeza de un bocado. Lástima que ya estuviera muerta. La tiré a un lado y me puse en pie. Tenía moscas revoloteándome por la cara y por la mancha que el pescado me había dejado en la camisa. Una más atrevida me aterrizó en el brazo y se negó en redondo a moverse, y eso que le hice una advertencia agitando el brazo. Su terquedad me enfureció. La aplasté de un manotazo. Pero seguía tan furioso con ella que me la metí en la boca, la trituré con los dientes y la escupí. Luego recogí la caballa, la puse en un espacio llano y salté sobre ella hasta que reventó. Sentía la palidez de mi cara, la sentía como si fuera yeso. Cada vez que me movía se dispersaba un centenar de moscas. Qué subnormales eran. Me quedé inmóvil, matando una tras otra, pero ni siquiera las muertas enseñaban nada a las supervivientes. Seguían empeñadas en molestarme. Durante un rato estuve inmóvil, pacientemente inmóvil, sin respirar apenas, acechando el movimiento de las moscas hacia su lugar de ejecución.

Las náuseas habían pasado. Ya había olvidado esa parte del episodio. Pero no soportaba las risas, ni las moscas, ni la caballa muerta. Volví a desear que la caballa hubiera estado viva. Le habría dado una lección de las que no se olvidan. No sabía qué iba a suceder a continuación. Tenía que vengarme. Bandini nunca perdona. Encontraría la manera. Me las pagaréis, todos me las pagaréis.

Los servicios estaban al otro lado del camino. Me dirigí allí. Dos moscas insolentes me siguieron. Me detuve en seco, echando chispas, y me quedé inmóvil como una estatua, esperando a que las moscas aterrizaran. Al final atrapé a una. La otra escapó. Le arranqué las alas y la tiré al suelo. Se arrastró por el suelo de tierra, moviéndose como un pez, pensando que escaparía de mí de aquella manera. Ridícula criatura. Durante un rato dejé que se confiara. Entonces salté sobre ella con ambos pies y la aplasté contra el suelo. Levanté un montículo encima y escupí en él.

Ya en los servicios empecé a sacudirme como una mecedora, preguntándome cuál sería el paso siguiente, tratando de serenarme. Había demasiados trabajadores en la fábrica de conservas para enfrentarme a todos. Ya les había ajustado las cuentas a las moscas y a la caballa muerta, pero faltaban aún los obreros de la fábrica de conservas. No se pueden matar obreros de una fábrica de conservas del mismo modo que se matan moscas. Tenía que haber otra solución, alguna clase de pelea sin puños. Me remojé la cara con agua fría y medité.

Entró un filipino de tez oscura. Era uno de los muchachos del personal de etiquetado. Se plantó ante el mingitorio, que abarcaba toda la pared, forcejeando impacientemente con los botones y frunciendo el entrecejo. Resolvió lo de los botones y meó, sonriendo todo el tiempo y sacudiéndose un poco para facilitar la

operación. Ya se sentía mucho mejor. Me incliné sobre el lavabo de la pared de enfrente y puse la cabeza bajo el grifo para que el agua me corriera hasta el cuello. El filipino se dio la vuelta y repitió lo de los botones. Encendió un cigarrillo y se quedó apoyado en la pared, mirándome. Lo hizo con intención, mirándome para que yo supiera que me estaba mirando a mí y solamente a mí. Pero no le tenía miedo. En ningún momento le tuve miedo. En California nadie tenía miedo jamás de un filipino. Sonrió para que supiera que él tampoco tenía un gran concepto de mí, ni de mi débil estómago. Me erguí con el agua resbalándome por la cara. El agua me cayó hasta los polvorientos zapatos, produciendo círculos brillantes en la superficie. El filipino pensaba cada vez peor de mí. Ya no me miraba sonriente, sino con una mueca de desdén.

—¿Cómo estás? —dijo.

—¿Te importa mucho?

Era delgado, por encima de la estatura media. Yo no era tan fornido como él, aunque probablemente pesábamos lo mismo. Lo miré de reojo y de arriba abajo. Incluso adelanté la barbilla y tensé el labio inferior para expresar el máximo desprecio. Él también me miró, pero de una forma diferente, sin sacar la barbilla. No tenía el menor miedo de mí. Si no sucedía nada para ponerle fin, su valor acabaría siendo tan grande que me ofendería.

Su piel era color castaño oscuro. Lo noté porque sus dientes eran muy blancos. Eran unos dientes brillantes, como una fila de perlas. Cuando vi lo negro que era, supe de repente qué decirle. Era algo que podía decírselo a todos. Cada vez que lo dijera sería una humillación. Lo sabía porque también a mí me había humillado algo parecido. En primera enseñanza, los chicos solían hostigarme llamándome espagueti y macarroni. Y siempre me dolía. Era una sensación de infelicidad. Solía hacer que me sintiera despreciable e indigno. Y sabía que al filipino también le haría daño. Era tan fácil de hacer y estaba tan a mano que me reí en silencio de él, y me invadió una sensación de confianza y frescura, de gran tranquilidad. No podía salirme mal. Me aproximé a él y acerqué mi cara a la suya, sonriendo como él sonreía. Se dio cuenta de que iba a pasar algo. Su expresión cambió inmediatamente. Se quedó a la espera.

—Dame un cigarrillo —dije—, negrito.

Le dio de lleno. Ah, y cómo le dolió el pepinazo. Inmediatamente se produjo un cambio, una mutación de sentimientos, el paso de la ofensiva a la defensiva. La sonrisa se le congeló en la cara y la cara se le petrificó: quiso mantener la sonrisa, pero no pudo. Ahora me odiaba. Su mirada se intensificó. Era una sensación maravillosa. Cabía la posibilidad de que disimulara la vergüenza. Estaba al alcance de todo el mundo. A mí me había pasado lo mismo. Cierta día una niña me llamó macarroni en una tienda. Yo sólo tenía diez años, pero al instante odié a la niña del mismo modo que el filipino a mí en aquellos momentos. Había querido invitarla a un helado de cucurucho. No aceptó, alegando: mi madre me ha dicho que no me junte contigo porque eres macarroni. Y resolví repetírselo al filipino.

—La verdad es que no eres un negrito —dije—. Eres un maldito filipino, que es peor.

Pero ya no tenía la cara ni castaña ni negra. La tenía morada.

—Un filipino amarillo. ¡Un maldito extranjero oriental! ¿No te resulta inquietante tener blancos cerca?

No quería hablar de aquello. Negó rápidamente con la cabeza.

—La leche —dije—. ¡Mírate la cara! Eres amarillo como un canario.

Y me eché a reír. Me doblé por la cintura dando aullidos. Le señalé la cara con el dedo y chillé hasta que ya no pude fingir que la risa era auténtica. Tenía la cara petrificada de dolor y humillación, la boca abatida por la impotencia, como una boca empalada, insegura y dolorida.

—¡Caray, chico! —dije—. Casi me la pegas. Desde el primer momento pensé que eras un negrito. Y ahora resulta que eres amarillo.

Entonces se relajó. Aflojó el atasco de la cara. Esbozó una débil sonrisa de gelatina y agua. Los colores desfilaban por su cara. Se miró la camisa y se quitó una mota de ceniza de cigarrillo. Levantó la mirada.

—¿Mejor ya? —preguntó.

—¿Y a ti qué te importa? —dije—. Tú eres filipino. Los filipinos no os mareáis porque estáis acostumbrados a esta guarrería. Yo soy escritor, hombre. Un escritor americano, hombre. No un escritor filipino. Yo no nací en las Filipinas. Nací aquí, en la buena tierra americana, al pie de las barras y las estrellas.

Se encogió de hombros, probablemente sin entender mucho de lo que le decía.

—Yo no escritor —dijo sonriendo—. No, no, no. Yo nací Honolulu.

—Ahí lo tienes —dije—. Ésa es la diferencia. ¡Yo escribo libros, hombre! ¿Qué esperáis los orientales? Yo escribo libros en mi lengua materna, el inglés. No soy un oriental pringoso.

—¿Mejor ya? —repitió.

—Pero ¿qué esperáis? —dije—. ¡Yo escribo libros, so panoli! ¡Mamotretos! No nací en Honolulu. He nacido aquí, en la buena y querida California Sur.

Arrojó el cigarrillo hacia el mingitorio de enfrente. Dio en la pared y saltaron chispas, pero no aterrizó en el mingitorio, sino en el suelo.

—Me voy —dijo—. Tú vienes pronto, ¿no?

—Dame un cigarrillo.

—No cigarrillo. —Se dirigió a la puerta—. No hay más. El último.

Pero del bolsillo de la camisa le sobresalía un paquete.

—Filipino amarillo y mentiroso —dije—. ¿Qué es eso?

Sonrió como un bendito, sacó el paquete y me ofreció uno. Era una marca barata, de diez centavos. Aparté el paquete con la mano.

—Tabaco filipino. No, gracias. Yo no pruebo esas cosas.

Le pareció estupendo.

—Yo veo después a ti —dijo.

—No si te veo yo antes.

Se fue. Oí sus pasos alejándose por el sendero de grava. Ya estaba solo. La colilla que había tirado el filipino seguía en el suelo. Le arranqué la parte mojada y me la fumé hasta que me quemó los dedos. Cuando ya no pude sujetarla, la aplasté con el pie. ¡Toma ya! Y la trituré hasta reducirla a un pegote marrón. No me había sabido como los cigarrillos normales; en cierto modo, sabía más a filipino que a tabaco.

Se estaba fresco en los servicios con tanta agua cayendo por el mingitorio. Fui a la ventana y me relajé, con la cara en las manos, viendo cómo el sol de la tarde proyectaba una columna de plata entre el polvo. Había una rejilla en la ventana, con agujeros de un par de centímetros. Pensé en el Agujero Negro de Calcuta. Los soldados ingleses habían muerto en un recinto no mayor que los servicios. Pero los servicios estaban en un recinto muy diferente. Había más ventilación. Todas estas reflexiones eran fruto del momento. No tenían que ver con nada. Todas las habitaciones pequeñas me recordaban el Agujero Negro de Calcuta, y aquello me hizo pensar en Macaulay. Y allí estaba yo, en la ventana y pensando en Macaulay. El hedor era ya más soportable; era desagradable, pero ya me había acostumbrado. Tenía hambre sin apetito, pero no podía pensar en comida. Aún tenía que vérmelas con los muchachos del etiquetado. Miré a mi alrededor en busca de otra colilla, pero no encontré ninguna. Salí.

Por el sendero venían tres mexicanas, hacia los servicios. Acababan de salir de la nave de vaciado. Yo doblé la esquina del edificio, que estaba rota, como si contra ella se hubiera estrellado un camión. Las obreras me vieron a mí y yo a ellas. Estaban a mitad de trayecto. Juntaron las cabezas. Estaban diciendo que ya estaba otra vez allí el escritor, o algo por el estilo.

Avancé hacia ellas. La de las botas me hizo una seña con la cabeza. Al acercarme sonrieron las tres. Les devolví la sonrisa. Estábamos a tres metros de distancia. Percibía la presencia física de la obrera de las botas. Era por la turgencia de sus pechos, que inesperadamente me excitaron mucho, pero no fue nada, sólo un relumbrón, algo para meditar más tarde. Me detuve. Abrí las piernas y les impedí el paso. Asustadas, las chicas redujeron el avance; el escritor se proponía algo. La que llevaba gorra de la empresa habló indignada con la de las botas.

—Volvamos —dijo la de las botas.

La percibí de nuevo, y me hice el firme propósito de dedicarle muchas meditaciones en otro momento. La tercera chica, la que fumaba un cigarrillo, dijo algo en un español rápido y cortante. Las tres irguieron la cabeza con arrogancia y avanzaron hacia mí. Me dirigí a la de las botas. Era la más guapa. Con las otras no valía la pena hablar, ya que eran muy inferiores en aspecto a la de las botas.

—Bien, bien, bien —dije—. ¡Buenos días tengan las tres guapas filipinas!

No eran filipinas en absoluto, ni mucho menos, yo lo sabía y ellas sabían que yo lo sabía. Pasaron por mi lado con desdén, nariz en alto. Tuve que apartarme para que no me arrollaran. La de las botas tenía los brazos blancos, con unas curvas tan suaves

como las de una botella de leche. Pero al tenerla cerca vi que era espantosa, con granitos morados y una mancha de polvo en el cuello. Me llevé una desilusión. Se volvió y me sacó la rosada lengua mientras arrugaba la nariz.

Aquello no me lo esperaba y sentí júbilo, porque era un experto en hacer muecas horribles. Me tiré de los párpados, enseñé los dientes y me chupé las mejillas. Mi mueca era mucho más horrorosa que la suya. Ella se puso a andar de espaldas, dándome la cara, con la rosada lengua fuera, haciendo toda clase de muecas, pero todas variaciones del tema de sacar la lengua. Las mías eran mucho mejores. Las otras dos siguieron mirando al frente. Las botas le venían grandes a la obrera de las botas; se arrastraban por el polvo mientras andaba. Me gustaba cómo le golpeaba las piernas el dobladillo del vestido, el polvo ascendía abriéndose a su alrededor como una flor gris.

—¡Esas cosas no las hace una filipina! —dije.

Aquello la enfureció.

—¡No somos filipinas! —gritó—. ¡El filipino lo serás tú! ¡Filipino! ¡Filipino!

Las otras dos se volvieron. Se incorporaron al estribillo. Las tres siguieron andando de espaldas, cogidas del brazo y canturreando con voz chillona:

—¡Filipino! ¡Filipino! ¡Filipino!

Me hicieron más muecas, y burla con el pulgar en la nariz. La distancia entre nosotros aumentó. Levanté el brazo para que se detuvieran un momento. Ellas habían llevado la voz cantante todo el tiempo. Yo apenas había dicho nada todavía. Pero siguieron con el sonsonete. Agité los brazos y me puse el dedo en la boca para pedir silencio. Al rato consintieron en callarse para escuchar. Por fin tenía la palabra. Estaban tan lejos y había tanto ruido en las naves que tuve que hacer bocina con las manos y gritar.

—¡Os pido perdón! —grité—. ¡Disculpadme por el error que he cometido! ¡Estoy arrepentido de veras! ¡Pensaba que erais filipinas! Pero no lo sois. ¡Es mucho peor! ¡Sois mexicanas! ¡Sois indias! ¡Sois unas guarras hispanas! ¡Guarras hispanas! ¡Guarras hispanas!

Aunque estaba a treinta metros, advertí su súbita apatía. Cayó sobre las tres desgarrándolas, hiriéndolas silenciosamente, las tres demasiado avergonzadas para desnudar su dolor ante las otras y no obstante comunicando la secreta humillación, precisamente por callarla. También a mí me había sucedido aquello. Una vez le di una paliza a un muchacho. Me sentí estupendamente hasta que me alejé. El chico se levantó y corrió hacia su casa llamándome macarroni a gritos. Había otros chicos por allí. Los gritos del que huía me produjeron entonces el mismo efecto que sentían ahora las mexicanas. Sonreí a las mexicanas. Levanté la cara a los cielos y me eché a reír, sin bajar la mirada ni una sola vez, pero riendo muy fuerte para que me oyeran. Entré.

—¡Bu, bu, bu! —dije—. ¡Bla, bla, bla!

Pero me sentía como una mona haciendo aquello. Y ellas pensaron que estaba

como una mona. Se miraron confundidas y luego me miraron a mí. No se daban cuenta de que me estaba burlando de ellas. No, por su forma de cabecear, estaban convencidas de que era un chiflado.

Y ahora, a por los pollos de la sala de etiquetado. Iba a ser lo más difícil. Entré dando zancadas rápidas e intencionadas, silbando todo el rato, y respirando hondo para demostrarles que el hedor no me hacía ningún efecto. Incluso me froté el pecho diciendo ¡ah! Los muchachos estaban apelotonados alrededor del vertedor de latas, ordenando las que caían, inclinados sobre la grasienta cinta que las transportaba hasta las máquinas. Estaban hombro con hombro, alrededor de la cuadrada boca de vertido de tres metros de lado. En la nave había tanto estrépito como hedor, ya que flotaban en ella todos los matices posibles del olor a pescado muerto. Había tanto ruido que no se dieron cuenta de mi llegada. Traté de meterme entre dos mexicanos fornidos que hablaban mientras trabajaban. Me doblé y me puse entre ambos con muchas voces y gesticulaciones. Bajaron los ojos y me vieron en medio. Aquello les molestó. No comprendieron lo que quería hacer hasta que los separé con los codos y liberé por fin los brazos.

—¡A un lado, indios! —grité.

—¡Bah! —dijo el mexicano más fornido—. Ni caso, Joe. Pequeño hijoputa está chiflado.

Me puse a trabajar, enderezando latas para que fueran como es debido en las cintas transportadoras. Desde luego no me hacían caso, y me daban toda la libertad del mundo. Nadie hablaba. Me sentí solo. Me sentí como un cadáver, y pensé que si estaba allí era únicamente porque no me lo impedían.

Cayó la tarde.

Sólo en dos ocasiones interrumpí la faena. Una para echar un trago de agua y otra para tomar unas notas en el cuaderno. Todos dejaron de trabajar para observarme cuando me aparté de la plataforma e hice los apuntes destinados a mi libro. Aquello fue para hacerles comprender por encima de toda duda que no los había engañado, que entre ellos había realmente un escritor, uno de verdad y no un fantasma. Los miré fijamente a la cara y me rasqué la oreja con el lápiz. Luego miré al vacío durante un segundo. Finalmente chasqué los dedos para darles a entender que la idea había conseguido abrirse paso. Apoyé el cuaderno en la rodilla y escribí.

Escribí: ¡Amigos, romanos y compatriotas! La Galia se divide en tres partes. ¿Buscas a la mujer? No olvides el látigo. El tiempo y las mareas no esperan a nadie. Al pie del frondoso castaño está el herrero del pueblo. Firmé con un ringorrango. Arturo G. Bandini. No se me ocurría nada más. Me miraban con los ojos como platos. Llegué a la conclusión de que tenía que seguir cavilando. Pero aquello fue todo. La mente me había dejado de funcionar. No me venía a la cabeza ninguna otra idea, ni siquiera una palabra, ni siquiera mi nombre.

Me guardé el cuaderno en el bolsillo y volví al vertedor de latas. Nadie dijo una palabra. Todas sus dudas se habían despejado ya. ¿No había dejado de trabajar para

escribir unas líneas? Me habían juzgado con demasiada rapidez. Esperaba que alguien me preguntara qué había escrito. Le diría inmediatamente que no era nada importante, un simple apunte referente a las condiciones laborales de los extranjeros para el informe que remitía periódicamente a la Comisión Parlamentaria para el Control de los Métodos Fiscales; nada que tú pudieras entender, amable pollo; es demasiado profundo para explicártelo ahora; en otro momento; algún día a la hora del bocadillo.

Se pusieron a hablar otra vez. Luego rieron a coro. Pero todo me sonaba a español y no entendí nada.

El muchacho al que llamaban Jugo se apartó de la línea tal como yo había hecho y también se sacó un cuaderno del bolsillo. Fue corriendo hacia el lugar donde había estado yo con mi cuaderno. Durante un segundo pensé seriamente que también él era escritor y que había observado algo interesante. Adoptó la misma postura que yo. Se rascó la oreja de la misma forma que yo. Miró al vacío del mismo modo que yo. Y se puso a escribir. Carcajadas por doquier.

—¡Yo también escritor! —dijo—. ¡Mirad!

Levantó el cuaderno para que lo vieran todos. Había dibujado una vaca. La cara de la vaca estaba cubierta de puntos que parecían pecas. Se trataba indudablemente de una burla, ya que yo tenía la cara cubierta de pecas. Debajo de la vaca había puesto: «Escritor». Paseó el cuaderno alrededor del vertedor de latas.

—Muy gracioso —dije—. Humor indio.

Los odiaba tanto que tenía ganas de vomitar. Odiaba a todos y cada uno de ellos, la ropa que llevaban y todo lo referente a ellos. Trabajamos hasta las seis. Bajito Naylor no apareció en toda la tarde. Cuando sonó la sirena, los muchachos lo dejaron todo y se alejaron corriendo de la plataforma. Me quedé unos minutos, recogiendo las latas que habían caído al suelo. Esperaba que Bajito entrara en aquel momento. Trabajé durante diez minutos, pero no apareció nadie para verlo, así que me fui asqueado, no sin tirar antes al suelo todas las latas.

A las seis y cuarto me dirigí a casa. El sol peinaba la parte trasera de los grandes almacenes portuarios y las largas sombras barrían el suelo. ¡Qué día! ¡Qué mierda de día! Mientras andaba hablé conmigo mismo sobre el asunto, para comentarlo. Lo hacía siempre, hablar conmigo mismo en voz alta, murmurando con vehemencia. Normalmente era una gozada, porque siempre tenía a punto las mejores respuestas. Pero aquella noche no. Detestaba el murmullo que tenía lugar dentro de mi boca. Parecía el zumbido de un abejorro atrapado. La parte de mí que respondía a mis preguntas no dejaba de repetir: ¡Ah, cretino! ¡Disparatado embustero! ¡So imbécil! ¡So acémila! ¿Por qué no dices la verdad aunque sólo sea de vez en cuando? La culpa es tuya, así que deja de echársela a los demás.

Crucé el patio de la escuela. Cerca de la verja había una palmera solitaria. Se había removido la tierra hacía poco alrededor de las raíces, era un árbol joven que no había visto antes en aquel lugar. Me detuve a mirarlo. Había una placa de bronce en el suelo. Decía: Plantado por los niños de Banning High en el Día de la Madre.

Cogí una rama y la sacudí como si estrechara una mano.

—Qué tal —dije—. Tú no estabas allí, ¿pero quién dirías que tuvo la culpa?

Era un árbol pequeño, no más alto que yo, y que no tendría más de un año. Me respondió con el suave rumor del denso follaje.

—Las mujeres —dije—. ¿Crees que tienen algo que ver con el asunto?

Ni una palabra.

—Sí. La culpa la tienen las mujeres. Se han apoderado de mi espíritu. Ellas son las únicas responsables de lo que ha pasado hoy.

El árbol se balanceó ligeramente.

—Hay que aniquilar a las mujeres. Aniquilarlas radicalmente. Tengo que echarlas de mi cabeza para siempre. Ellas y sólo ellas me han hecho tal como soy en la actualidad.

»Esta noche mueren. Es hora de tomar decisiones. Ha llegado el momento. Mi destino aparece diáfano ante mí. Es la muerte, la muerte, la muerte para las mujeres esta noche. He dicho.

Volví a dar un apretón de manos al árbol y crucé la calle. Conmigo iba el hedor del pescado, una sombra que no se veía pero se olía. Subió conmigo la escalera de casa. Nada más entrar, el olor se esparció por todos los rincones del piso. Llegó como una flecha a la nariz de Mona. Salió del dormitorio con una lima de uñas en la mano y una expresión interrogante en los ojos.

—¡Puf! —dijo—. ¿Qué es?

—Yo. El olor del trabajo honrado. ¿Qué pasa? —Se puso un pañuelo en la nariz—. Tal vez sea demasiado sutil para el olfato de una monja consagrada.

Mi madre estaba en la cocina. Oyó nuestras voces. Se abrió la puerta de golpe y entró en la sala. El olor se lanzó sobre ella. Le dio en toda la cara, como un pastel de

crema en una película cómica de dos rollos. Se detuvo en seco.

Nada más olisquear se le tensaron los músculos de la cara. Retrocedió.

—¡Es él! —dijo Mona.

—Me ha parecido oler *no sé qué* —dijo mi madre.

—Soy yo. El olor del trabajo honrado. Olor a hombre. No es para amanerados y diletantes. Es pescado.

—Es asqueroso —dijo Mona.

—Bobadas —dije—. ¿Quién eres tú para someter a crítica un olor? Eres una monja. Una hembra. Una simple mujer. Y ni siquiera eres mujer porque eres monja. Sólo eres una mujer a medias.

—Arturo —dijo mi madre—. A ver si dejamos de hablar de esa manera.

—A una monja debería gustarle el olor del pescado.

—Naturalmente. Es lo que vengo diciéndote desde hace media hora.

Mi madre elevó las manos al cielo, los dedos temblorosos. Era el gesto que precedía a las lágrimas. La voz se le quebró, perdió el control y brotaron las lágrimas.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios!

—Sí, mucho ha intervenido él en esto. Soy yo quien ha conseguido el trabajo. Soy ateo. Niego la hipótesis de Dios.

Mona adoptó un aire desdeñoso.

—¡Qué forma de hablar! Tú no conseguirías un empleo ni aunque te fuera la vida en ello. Te lo consiguió tío Frank.

—Eso es mentira, una cochina mentira. Rompí la nota de tío Frank.

—Eso me lo creo.

—No me importa lo que creas. Todo el que dé crédito a lo del parto de una virgen y a lo de la resurrección es un completo idiota que tiene convicciones sospechosas.

Silencio.

—Ahora soy un obrero —dije—. Pertenezco al proletariado. Soy un obrero escritor.

Mona sonrió.

—Olerías mucho mejor si sólo fueras escritor.

—Amo este olor —dije—. Amo todas y cada una de sus connotaciones y ramificaciones; todas sus variaciones e implicaciones me fascinan. Pertenezco al pueblo.

Mona frunció la boca.

—¡Mamá, escúchale! Habla sin saber lo que dice.

No podía tolerar una observación de aquella índole. Me quemó hasta la médula. Podía burlarse de mis convicciones y someterme a persecución a causa de mi filosofía. Pero nadie podía burlarse de mi lenguaje. Me lancé sobre ella.

—¡No me ofendas! Puedo soportar tus muchas bobadas y majaderías, pero en nombre del Jehová que adoras, ¡no me ofendas!

Agité el puño ante su cara y la empujé con el pecho.

—Puedo soportar tus muchas imbecilidades, pero en nombre de tu monstruoso Yavé, so mojigata, pedazo monjil de sacerdotisa idólatra y pagana de la escoria más arrastrada que hay en el mundo, ¡no me ofendas! Me opongo. ¡Me opongo enérgicamente!

Levantó la barbilla y me apartó con la punta de los dedos.

—Por favor, aléjate. Date un baño. Hueles mal.

Me froté las yemas de los dedos delante de su cara. Apretó los dientes y golpeó el suelo con ambos pies.

—¡Idiota, idiota!

Mi madre, como siempre, llegó tarde. Se puso en medio de los dos.

—¡Vamos, vamos! ¿Qué pasa aquí?

Me subí los pantalones de un tirón y miré a Mona con desdén.

—Ya es hora de que cene. Eso es lo que pasa aquí. Mientras mantenga a dos parásitas creo que tengo derecho a comer algo de vez en cuando.

Me quité la hedionda camisa y la tiré sobre una silla del rincón. Mona la recogió, la llevó a la ventana, abrió la ventana y tiró la camisa. Se dio la vuelta y me desafió a que hiciera algo al respecto. No dije nada y me limité a mirarla fríamente, para que se enterase de la profundidad de mi desprecio. Mi madre se había quedado estupefacta, incapaz de entender lo que ocurría; ni en un millón de años se le habría ocurrido tirar una camisa sólo porque olierá mal. Sin decir palabra, corrí escaleras abajo y alrededor del edificio. La camisa colgaba de una higuera que había bajo nuestra ventana. Me la puse y volví a subir. Me situé en el lugar exacto en el que había estado antes. Me crucé de brazos con el desprecio brotándome a chorros de la cara.

—Vamos —dije—. Hazlo otra vez. ¡Atrévete!

—Pero qué idiota eres —dijo Mona—. El tío Frank tiene razón. Tú no estás bien.

—Ja. ¡Él! El Giliburrus Americanus.

Mi madre estaba horrorizada. Cada vez que yo decía algo que no entendía, pensaba que tenía que ver con la sexualidad o con mujeres desnudas.

—¡Arturo! ¡Cómo se te ocurre! ¡Tu propio tío!

—Tío o no. Me niego en redondo a retirar la acusación. Es y será siempre un Burrus Americanus.

—¡Pero es tu tío! ¡De tu misma sangre!

—Mi actitud es inamovible. Se mantiene la acusación.

Sirvieron la cena en el rincón del desayuno. No me lavé. Estaba demasiado hambriento. Entré en la cocina y me senté. Mi madre llegó con una toalla limpia. Dijo que debería lavarme. Cogí la toalla y me la puse al lado. Mona entró a regañadientes. Tomó asiento y se esforzó por soportar mi proximidad. Desplegó la servilleta y mi madre entró con la soperá. Pero el olor era excesivo para Mona. Ver la sopa le dio náuseas. Se apretó la boca del estómago, tiró la servilleta y dejó la mesa.

—No puedo. ¡Es que no puedo!

—¡Bah! Alfeñiques. Hembras. ¡Venga la comida!

Mi madre también salió. Comí solo. Cuando terminé, encendí un cigarrillo y me repantigué para reflexionar un rato sobre las mujeres. Mi intención era encontrar la mejor manera posible de destruirlas. No albergaba la menor duda: había que exterminarlas. Podía quemarlas, trocearlas o ahogarlas. Al final pensé que lo mejor era ahogarlas. Podía hacerlo cómodamente mientras me bañaba. Luego tiraría los restos por el desagüe. La corriente los llevaría hasta el mar, con los cangrejos muertos. Las almas de las mujeres muertas hablarían con las almas de los cangrejos muertos, y sólo hablarían de mí. Mi fama crecería. Cangrejos y mujeres llegarían a una conclusión inevitable: que yo era el terror, el Asesino Negro de la Costa del Pacífico, aunque un terror respetado por todos, por cangrejos y mujeres por igual: un héroe cruel, pero un héroe.

Después de cenar llené la bañera. Estaba satisfecho de la comida y de excelente humor para la ejecución. El agua caliente lo haría aún más interesante. Mientras la bañera se llenaba, entré en mi estudio y eché el pestillo de la puerta. Encendí la vela y aparté la caja que ocultaba a mis mujeres. Allí estaban amontonadas, todas mis mujeres, mis favoritas, treinta mujeres escogidas entre las páginas de las revistas de arte, mujeres irreales pero aprovechables, mujeres que me pertenecían más de lo que ninguna mujer de carne y hueso me pertenecería nunca. Hice un rollo con las páginas y me lo metí por dentro de la camisa. Tenía que hacerlo. Mona y mi madre estaban en la sala y yo tenía que pasar por delante de ellas para entrar en el cuarto de baño.

¡Así que allí se acababa todo! ¡El destino me había llevado a aquella situación! ¡Ni pensar en ello podía! Miré a mi alrededor dentro del ropero y traté de ponerme sentimental. Pero no era tan triste: estaba demasiado deseoso de proceder a la ejecución para estar triste. No obstante, y para cumplir con las formalidades, guardé silencio y bajé la cabeza como regalo de despedida. Luego apagué la vela de un soplo y pasé a la sala. Dejé abierta la puerta del ropero. Era la primera vez que la dejaba abierta. En la sala estaba Mona, sentada y cosiendo. Eché a andar con el ligero bulto bajo la cintura. Mona levantó los ojos y vio la puerta abierta. Se quedó muy sorprendida.

—Te has dejado el «estudio» abierto —dijo con desdén.

—Sé lo que hago, si no te importa. Y cerraré esa puerta cuando me dé la real gana.

—¿Y qué hay de Nietzsche, o como se llame?

—Deja en paz a Nietzsche, pelandusca inquisitorial.

La bañera estaba lista. Me desnudé y me senté dentro. Las fotos estaban boca abajo en la alfombrilla, al alcance de la mano.

Cogí la foto de encima.

Ignoraba el motivo, pero sabía que iba a ser Helen. Un débil instinto me lo decía. Y era Helen. ¡Helen, querida Helen! ¡Helen y su pelo castaño claro! Hacía mucho que no la veía, casi tres semanas. Había algo extraño en Helen, la más extraña de las mujeres: si me interesó fue únicamente por sus largas uñas, tan afiladas y exquisitamente vivas. Pero el resto de su cuerpo no me importaba en absoluto, aunque era hermosa, por todas partes. Estaba sentada y desnuda, con un ligero velo sobre los hombros; cada uno de sus milímetros cuadrados era un portento, aunque a mí no me resultaba interesante, exceptuando aquellas hermosas uñas.

—Adiós, Helen —dije—. Adiós, amada mía. Nunca te olvidaré. Hasta el día de mi muerte no dejaré de recordar las muchas ocasiones en que nos adentramos en los trigales del libro de Anderson y yo me quedaba dormido con tus dedos en mi boca. ¡Qué sabrosos eran! ¡Qué dulcemente dormía! Pero hemos de romper, querida Helen, dulce Helen. Adiós, adiós.

Rompí la foto y dejé caer los pedazos en el agua.

Volví a alargar el brazo. Era Avellana. La había llamado así por los ojos que tenía en una foto en color y sin retocar. Tampoco me importaba Avellana. Sólo me importaban sus caderas..., qué tiernecitas y qué blancas. ¡Qué ratos habíamos pasado Avellana y yo! ¡Qué hermosa era en verdad! Antes de destruirla, me recosté en la bañera y recordé las muchas ocasiones en que nos habíamos encontrado en una habitación llena de misterio y de deslumbrante luz diurna, una habitación blanquísima con una alfombra verde en el suelo, una habitación que sólo a ella debía su existencia. En un rincón, apoyado en la pared y por ningún motivo comprensible, pero siempre allí, había un largo y delgado bastón de paseo con empuñadura de plata y diamantes que reflejaban la luz del sol. Y de detrás de una cortina que nunca veía bien por culpa de la nebulosidad, y cuya existencia sin embargo no podía negarse, salía Avellana con melancolía y avanzaba hasta el centro de la habitación, donde me encontraba yo admirando la belleza esférica de sus caderas, de rodillas ante ella, con los dedos deshaciéndose de ganas de tocarla, y a pesar de todo nunca hablaba con la querida Avellana, sino con sus caderas, como si fueran almas vivas, y les decía lo hermosas que eran, lo inútil que era la vida sin ellas, mientras las asía con las manos y las atraía hacia mí. También rompí aquella foto y estuve contemplando los pedazos mientras se empapaban de agua. Querida Avellana...

Luego apareció Tanya. Solía encontrarme con Tanya por la noche en una cueva que los niños habíamos construido hacía muchos veranos en las peñas de Palos Verdes, cerca de San Pedro. Estaba al lado del mar y se percibía el extasiante aroma de los limeros que crecían por los alrededores. La cueva siempre estaba llena de revistas y periódicos. En un rincón había una sartén que había cogido de la cocina de mi casa y en otro ardía una vela chisporroteante. La verdad es que cuando se llevaba un rato allí resultaba una cueva pequeña y mugrienta, y muy fría, porque el agua goteaba por las paredes. Y allí conocí a Tanya. Pero no era a Tanya a quien amaba. Era la forma de llevar el chal negro de la foto. Y tampoco era el chal. Aquélla estaba incompleta sin éste, y sólo Tanya sabía llevarlo así. Cada vez que nos encontrábamos acababa arrastrándome por la entrada de la cueva hacia el centro de la cueva y quitándole el chal mientras el largo cabello le caía rodeándola de manera natural, y entonces me acercaba el chal a la cara y enterraba los labios en él, admirando su brillo negro, y dabas las gracias a Tanya sin parar por haberlo usado para mí. Y Tanya contestaba siempre:

—Pero si no es nada, tontito. Lo hago con mucho gusto. Qué tonto eres.

Y yo decía:

—Te quiero, Tanya.

He allí a Marie. ¡Oh, Marie! ¡Oh, tú, Marie! ¡Con tu risa exquisita y tu intenso perfume! Amaba sus dientes y su boca, y el aroma de su carne. Solíamos encontrarnos en una habitación sombría con muchos libros y telarañas en las paredes. Había un sillón de cuero al lado de la chimenea, y debía de haber sido una casa

inmensa, un castillo o una villa francesa, porque al otro lado de la habitación, grande y macizo, estaba el escritorio de Émile Zola tal como lo había visto en un libro. Yo estaba sentado allí, leyendo las últimas páginas de *Nana*, el pasaje de la muerte de Nana, y Marie se levantaba como la niebla de entre las páginas y se ponía desnuda ante mí, riendo sin parar con su hermosa boca y un aroma embriagador, hasta que no tenía más remedio que cerrar el libro, y ella se acercaba y también ponía las manos en el libro, y negaba con la cabeza con una sonrisa intensa, y sentía su calidez recorriéndome los dedos como si fuera electricidad.

—¿Quién eres?

—Soy Nana.

—¿De verdad eres Nana?

—De verdad.

—¿La chica que muere aquí?

—No estoy muerta. Te pertenezco.

Y caía en mis brazos.

Luego llegó Ruby. Era una mujer imprevisible, muy diferente de las otras y también mucho mayor. Siempre me la encontraba mientras ella cruzaba corriendo un llano seco y caluroso que hay al otro lado de la sierra del Funeral, en el Valle de la Muerte, California. Era porque había estado allí en primavera y no había olvidado la belleza de aquella llanura, y era allí donde tan a menudo veía después a la imprevisible Ruby, una mujer de treinta y cinco años, corriendo desnuda por la arena; yo la perseguía hasta que al final la capturaba al lado de una piscina de aguas azules de la que siempre manaba vapor rojo en el momento en que la arrastraba por la arena y enterraba la boca en su cuello, que era muy cálido pero menos atractivo, porque Ruby se estaba haciendo mayor y le sobresalían los tendones, pero su cuello me volvía loco, y me gustaba el tacto de sus tendones tensándose y relajándose mientras jadeaba en el punto exacto en que la había capturado y derribado en el suelo.

¡Y Jean! ¡Cuánto me gustaba el cabello de Jean! Era tan dorado como la paja, y siempre la veía secándose las largas mechass al pie de un bananero que crecía en una loma, entre los montes de Palos Verdes. Yo la observaba mientras se peinaba las espesas mechass. Adormilada y enroscada a sus pies había una serpiente semejante a la que pisaba la Virgen María. Siempre me acercaba a Jean de puntillas, para no despertar a la serpiente, que suspiraba complacida cuando mis pies se hundían en ella, sintiendo un placer inenarrable por todo el cuerpo que se reflejaba en los sorprendidos ojos de Jean, y entonces deslizaba las manos suave y cautelosamente por la mágica calidez del pelo dorado, y Jean reía y me decía que sabía que iba a ocurrir de aquel modo, y se desplomaba en mis brazos como un velo que cae.

Pero ¿y Nina? ¿Por qué había amado a aquella muchacha? ¿Y por qué estaba lisiada? ¿Y qué había dentro de mi corazón para amarla tan salvajemente sólo porque estaba tullida sin remedio? Y sin embargo así era, y mi pobre Nina estaba lisiada. No en la foto, oh, no, en la foto no lo estaba, pero cuando la conocí tenía un pie más

pequeño que el otro, un pie de muñeca, el otro de tamaño normal. Nos conocimos en la iglesia católica de mi infancia, la de Santo Tomás de Wilmington, ante cuyo altar mayor me encontraba ataviado con vestiduras de sacerdote y empuñando un cetro. A mi alrededor, de rodillas, estaban los pecadores, llorando y cumpliendo la penitencia que les había impuesto, y ninguno se atrevía a levantar la cabeza porque mis ojos brillaban con una santidad demente, con un odio feroz al pecado. Entonces apareció ella, la tullida, por el fondo de la iglesia, sonriendo, sabiendo que iba a arrancarme de mi sagrado trono y a obligarme a pecar con ella delante de los demás, para que se burlaran y rieran de mí, del santo, del hipócrita, delante de todo el mundo. Llegaba cojeando, quitándose prendas cada lastimoso paso que daba, en los labios húmedos una sonrisa de triunfo, y yo con una voz de rey destronado gritándole que se fuera, que era una diablesa que me embrujaba y me dejaba indefenso. Pero ella seguía avanzando inexorablemente, la multitud estaba paralizada de horror, y ella me rodeaba las rodillas con los brazos y me estrechaba contra sí, ocultando el piececillo tullido, hasta que yo ya no podía más y caía sobre ella dando un grito, y admitía alborozado mi flaqueza mientras a mi alrededor se elevaban murmullos de multitudes que gradualmente se perdían en un desolado olvido.

Y así fue. Así fue como las cogí, una por una, y las recordé, les di un beso de despedida y las rompí en pedazos. Algunas eran reacias a la destrucción y me imploraban con voces lastimeras desde las brumosas profundidades de los vastos lugares en que nos habíamos amado en extrañas duermevelas, los ecos de sus súplicas perdidos en la sombría oscuridad de lo que era Arturo Bandini cómodamente sentado en una fresca bañera, paladeando la partida de entes que antaño existieron, y que sin embargo nunca existieron, en la realidad.

Pero había una en particular que me resistía a destruir. Sólo ella me hizo dudar. Era la que yo llamaba la Niña. Al parecer fue siempre la mujer de cierto caso de asesinato en San Diego; había matado a su marido a cuchilladas y confesó el crimen a la policía sin dejar de reír. Solía encontrármela en la cruda miseria del antiguo Los Ángeles, antes de la Fiebre del Oro. Era muy cínica para su edad, y muy cruel. La foto, que había recortado de la revista de historias policiacas, no rendía justicia a su carácter. Pero en realidad no era una niña. Yo la había bautizado así. Era una mujer que no podía verme ni tocarme, pero me encontraba irresistible, y, aunque me cubría de insultos, me amaba de un modo fabuloso. Y yo la veía en una oscura cabaña de techumbre de paja y barro, de ventanas tapadas, y hacía tanto calor en la ciudad que los lugareños dormían para que ni un alma turbara las calles en aquella primitiva época de Los Ángeles, y ella estaba recostada en un camastro, jadeando e insultándome mientras mis pasos resonaban por la calle vacía y por último ante su puerta. El cuchillo que empuñaba me hacía gracia, me hacía sonreír, lo mismo que sus alaridos espeluznantes. Qué poder tan diabólico el mío. Mi sonrisa la desarmaba, la mano que empuñaba el cuchillo se abría, el cuchillo caía al suelo, ella se estremecía de horror y odio, y ardía de pasión. Así era la Niña, la que siempre preferí

a las demás. Lamentaba destruirla. Dudé un rato, porque sabía que se alegraría de librarse de mí cuando la hubiera destruido, porque ya no podría pincharla como un demonio, ni poseerla con risas despreciables. Pero la suerte de la Niña estaba echada. No podía tener favoritas. Rompí la Niña en pedazos, como las demás.

Cuando hube destruido la última, los pedazos alfombraban la superficie del agua, y el agua era invisible debajo. La removí con tristeza. El agua tenía el color negruzco de la tinta disuelta. Se había acabado. El espectáculo había concluido. Estaba contento por haber dado aquel paso audaz y haberlas tirado todas a la vez. Me felicité por tener tanta fuerza de voluntad, tal habilidad para cumplir una misión hasta sus últimas consecuencias. Había seguido adelante despiadadamente, contra todo sentimentalismo. Era un héroe y mi hazaña no era para desdeñarse. Me levanté y las miré antes de quitar el tapón. Fragmentos de amor pretérito. ¡Al desagüe los romances de Arturo Bandini! ¡Corred hacia el mar! Iniciad vuestro oscuro viaje por las alcantarillas, hasta el país de los cangrejos muertos. Bandini había hablado. ¡Tira del tapón!

Y así se hizo. Me puse en pie, chorreando por todas partes, y saludé.

—Adiós —dije—. Que os vaya bien, oh, mujeres. Hoy se han reído de mí en la fábrica y ha sido por culpa vuestra, porque me habéis emponzoñado el espíritu y dejado indefenso ante los golpes de la vida. Ahora estáis muertas. Adiós, adiós para siempre. Aquel que tomare el pelo a Arturo Bandini, fuere hombre o mujer, tendrá una muerte prematura. He dicho. Amén.

Dormido o despierto, daba lo mismo, detestaba la fábrica de conservas y siempre olía a desperdicios. Nunca me abandonaba aquella peste a caballo muerto en la cuneta. Me seguía por las calles. Entraba conmigo en los edificios. Cuando me acostaba por la noche, allí estaba, como una manta, cubriéndome por entero. Y en mis sueños había pescado pescado pescado, caballas nadando en una charca negra, y yo estaba atado a un palo y me bajaban hasta meterme en la charca. Lo tenía en la comida y en la ropa, incluso en el cepillo de dientes. A Mona y a mi madre les pasaba lo mismo. Al final era tan desagradable que incluso comíamos carne el viernes. Mi madre no soportaba el pescado, aunque fuera pecado no comerlo los viernes.

Desde la niñez detestaba también el jabón. No creía que pudiera acostumbrarme a aquella sustancia grasienta y viscosa, con su olor afeminado y pastoso. Pero ahora lo utilizaba para combatir el hedor del pescado. Me bañaba como nunca en mi vida. Hubo un sábado en que me bañé dos veces, una después del trabajo y otra antes de irme a dormir. Todas las noches me metía en la bañera y leía hasta que el agua se enfriaba y parecía agua de fregar del día anterior. Me frotaba con jabón hasta que la piel me brillaba como una manzana. Pero no tenía ningún sentido, porque era una pérdida de tiempo. La única manera de librarme de aquel olor era dejar la fábrica. Cuando terminaba de bañarme quedaban en la bañera dos tufos mezclados: a jabón y a caballa muerta.

Todo el mundo sabía quién era yo y lo que hacía cuando olisqueaban mi proximidad. Ser escritor no bastaba para consolarme. En el autobús me reconocían al instante y en el cine también. Es de la fábrica de conservas. Dios Santo, ¿no lo hueles? Yo llevaba aquel olor identificador.

Una noche fui al cine a ver una película. Me senté solo, completamente solo en un rincón, yo y el olor. Pero la distancia era un obstáculo sin importancia para aquella porquería. Se despegó de mí, vagó de aquí para allá y volvió como algo muerto pegado a una goma. Al poco rato las cabezas empezaron a volverse. Evidentemente había por allí un obrero de la fábrica de conservas. Los entrecejos se arrugaron, las narices olisquearon. Luego murmullos y rumores de pies. Todos los que estaban cerca de mí se levantaron para cambiarse de sitio. No os acerquéis a él, es de la fábrica de conservas. Así que dejé de ir al cine. Pero no me importó. Era un pasatiempo para la plebe.

Por la noche me quedaba en casa leyendo.

No me atrevía a ir a la biblioteca.

—Tráeme libros de Nietzsche —dije a Mona—. Tráeme al poderoso Spengler. Tráeme a Auguste Comte y a Immanuel Kant. Tráeme libros que la plebe no pueda leer.

Mona me los trajo. Los leí todos, la mayoría era de comprensión difícil, unos tan aburridos que tenía que fingir que eran fascinantes, otros tan horribles que para

terminarlos tenía que leerlos en voz alta, como un actor. Pero por lo general estaba demasiado cansado para leer. Un ratito en la bañera era suficiente. Las palabras impresas flotaban ante mis ojos como hebras en el viento. Me dormía. Al día siguiente despertaba desnudo en la cama, con el despertador sonando y yo preguntándome cómo se las habría arreglado mi madre para no despertarme. Y mientras me vestía pensaba en los libros que había leído la noche anterior. Sólo podía recordar frases sueltas y la constancia de que lo había olvidado absolutamente todo.

Incluso leí un libro de poesía. Aquel libro me puso enfermo, y dije que nunca volvería a leer otro. Aquella poetisa me cayó fatal. Me habría gustado verla unas semanas trabajando en una fábrica de conservas. Seguro que la experiencia le cambiaba el estilo.

Pero sobre todo pensaba en el dinero. Siempre había tenido poco. Nunca había visto más de cincuenta dólares juntos. Solía enrollar papeles y fingir que eran billetes de mil. Me ponía delante de un espejo y los repartía entre los sastres, los vendedores de automóviles y las putas. A una puta le di una propina de mil dólares. Se ofreció a estar conmigo gratis el siguiente semestre. Me conmovió tanto que aparté otro billete de mil y se lo di por aquello del sentimentalismo. Al ver el detalle prometió dejar la mala vida. Le dije vamos, vamos, querida, y le di el resto del rollo: setenta mil dólares.

A una manzana de nuestra casa estaba el Banco de California. Por la noche solía mirar por la ventana y veía su insolente mole destacando en la esquina. Al final se me ocurrió un método para atracarlo sin que me detuvieran. Al lado del banco había una lavandería. La idea era abrir un túnel desde la lavandería hasta la caja fuerte del banco. En la parte trasera esperaba un coche listo para huir. México estaba sólo a ciento cincuenta kilómetros.

Si no soñaba con pescado, soñaba con dinero. Me despertaba con la mano cerrada, creyendo que tenía dinero en ella, una moneda de oro, y no quería abrirla porque sabía que mi mente me la estaba jugando y que no tenía ni un centavo en la mano. Juré que si alguna vez conseguía dinero suficiente, compraría Industrias Pesqueras Soyo, lo celebraría organizando una fiesta que durase toda la noche, como el Cuatro de Julio, y por la mañana quemaría la fábrica hasta los cimientos.

El trabajo era duro. Por las tardes se despejaba la niebla y el sol pegaba con fuerza. Los rayos se reflejaban en la bahía azul y entraban en el tazón que formaban los montes de Palos Verdes, y aquello era un horno. En la fábrica de conservas era peor. No había aire fresco ni para llenar una fosa nasal. Todas las ventanas estaban aseguradas con clavos oxidados y los cristales llenos de telarañas y grasa de muchos años. El tejado de hierro ondulado quemaba como una antorcha, aumentando la temperatura de abajo. De los tubos de esterilización y de los hornos brotaba vapor caliente. Salía más vapor de los grandes tanques de fertilizante. Las dos vaharadas coincidían encima de nosotros, podía verse el encontronazo, y nosotros estábamos en el centro, sudando entre el estrépito del vertedor de latas.

Es cierto, mi tío tenía razón en lo del trabajo. Era trabajo que se hacía sin pensar. Para desempeñarlo no hacía falta sacar el cerebro de casa. Lo único que hacíamos todo el santo día era estar allí de pie, moviendo brazos y piernas. De vez en cuando cambiábamos de postura y nos apoyábamos en el otro pie. Quien quisiera moverse de verdad tenía que apartarse de la plataforma e ir al grifo del agua o a los lavabos. Teníamos un plan: hacíamos turnos; cada uno podía estar hasta diez minutos en los lavabos. No hacía falta ningún jefe con aquellas máquinas en marcha. Por la mañana, cuando comenzaba el etiquetado, Bajito Naylor le daba al interruptor y salía de la nave. Él conocía aquellas máquinas. No nos gustaba que nos adelantasen. Cuando ocurría, nos sentíamos vagamente dolidos. No era un dolor como si nos estuvieran pinchando las posaderas con un alfiler, sino una melancolía que a la larga empeoraba. Cuando nos librábamos, siempre había alguno en la fila que no podía. Éste daba un grito. En la parte delantera acelerábamos el ritmo para llenar el hueco en la cinta transportadora y sacarlo del aprieto. A nadie le gustaba aquella máquina. No importaba que fueras filipino, italiano o mexicano. Nos fastidiaba a todos. Y necesitaba muchos cuidados. Era como una criatura. En cuanto se estropeaba, cundía el pánico por toda la fábrica. Todo se paralizaba al instante. Cuando las máquinas estaban en silencio, parecía otro lugar. Ya no era una fábrica de conservas sino un hospital. Esperábamos por allí, hablando entre susurros hasta que los mecánicos la reparaban.

Yo trabajaba mucho porque tenía que trabajar mucho, y no me quejaba porque no había tiempo para quejarse. Pasaba casi toda la jornada alimentando la máquina y pensando en dinero y mujeres. El tiempo pasaba mejor con tales pensamientos. Nunca había tenido un empleo así: cuanto menos pensaba en el trabajo, más cómodo era. Acabé engolfándome mucho en mis fantasías sobre mujeres. Era porque la plataforma no hacía más que dar sacudidas. Pasaba de una fantasía a otra, y así discurrían las horas, yo pegado a la máquina y procurando concentrarme en la faena para que los demás no supieran en qué estaba pensando.

A través de la cortina de vapor veía la puerta del otro extremo de la nave. Allí estaba la bahía azul, peinada por centenares de gaviotas sucias y perezosas. Al otro lado de la bahía estaba el Muelle Catalina. Todas las mañanas zarpaban de allí barcos e hidroaviones sin parar, rumbo a Isla Catalina, que se alzaba a treinta kilómetros de la costa. A través del vapor y de la puerta veía los flotadores rojos de los aviones cuando se elevaban del agua. Los barcos de vapor sólo zarpaban por la mañana, pero durante todo el día no paraban de despegar los hidroaviones hacia aquel islote que se alzaba a treinta kilómetros. Los flotadores rojos y chorreantes destellaban a la luz del sol, asustando a las gaviotas. Desde donde yo estaba sólo podía ver los flotadores. Sólo los flotadores. Nunca las alas ni el fuselaje.

Aquello me afectó desde el primer día. Yo quería ver el avión entero. Había visto los aviones muchas veces camino del trabajo. Me quedaba en el puente, observaba a los pilotos mientras hacían comprobaciones y conocía cada avión de la flota. Pero ver

por la puerta sólo los flotadores me roía el cerebro como un gusano. Se me ocurrían las ideas más disparatadas. Imaginaba que ocurrían cosas en las partes invisibles del avión, que había polizones en las alas. Quería correr a la puerta para asegurarme. Siempre tenía presentimientos. Deseaba que ocurrieran tragedias. Quería ver estallar los aviones y ahogarse a los pasajeros en la bahía. Algunas mañanas iba al trabajo con un solo deseo en la cabeza, que se matara alguien en la bahía. Y llegaba convencido de que iba a ser así. El siguiente avión, me decía, el siguiente no llegará a Catalina: se estrellará al despegar; la gente gritará, mujeres y niños se ahogarán en la bahía; Bajito Naylor le dará al interruptor y todos iremos a ver sacar los cadáveres del agua. Tiene que suceder. Es inevitable. E imaginaba que era adivino. Y todo el santo día despegaban hidroaviones. Pero estando donde estaba sólo veía los flotadores. Los huesos me dolían como si fueran a romperse. El *siguiente* seguro que se estrellaba. Hacía ruidos con la garganta, me mordía los labios y esperaba enfebrecido al siguiente avión. Entonces oía el rugido de motores, débilmente a causa del estruendo de la fábrica, y contaba. ¡Por fin la muerte! ¡Ahora morirán! Cuando llegaba el momento, dejaba de trabajar y miraba, deseoso de presenciar la escena. Pero cuando despegaban, la trayectoria de los aviones no variaba ni un centímetro. El paisaje encuadrado por la puerta no cambiaba nunca. Bueno, ¿quién sabe? Quizás se estrelle detrás del faro, en la punta del rompeolas. Lo sabré en menos de un minuto. Sonarán las sirenas de la guardia costera. Pero las sirenas no sonaban. Otro avión que se salvaba.

Quince minutos más tarde oí el rugido de otro avión. En teoría teníamos que quedarnos en nuestro sitio. Pero a la porra las órdenes. Bajé de un salto del vertedor de latas y corrí hacia la puerta. El hidroavión panzudo y rojo despegó. Lo vi entero, hasta el último centímetro, y mis ojos se dieron un pequeño banquete antes de la tragedia. Allí, en alguna parte, acechaba la muerte. Se haría notar en cualquier momento. El avión cruzó la bahía, se elevó en el aire y se dirigió hacia el faro de San Pedro. Pequeño, cada vez más pequeño. Otro que escapaba. Lo amenacé agitando el puño.

—¡Ya te llegará la hora! —grité.

Los del vertedor de latas me miraban estupefactos. Me sentía como un tonto. Di media vuelta y volví. Sus ojos eran acusadores, como si hubiera corrido a la puerta para matar un hermoso pajarillo.

De repente cambió la concepción que tenía de ellos. Qué idiotas eran. Se dejaban la piel trabajando. Con mujeres que alimentar, un enjambre de niños con la cara sucia, preocupaciones por la factura de la luz y la de la tienda de comestibles, qué lejos estaban ellos, qué distantes, desnudos bajo el sucio mono, con su necia cara mexicana picada de viruela, saturados de imbecilidad, viéndome volver, creyéndome loco, produciéndome escalofríos. Eran gargajos espesos y cachazudos, pegotes pringosos y abotargados, y en cierto modo como el pegamento, pegajosos, estancados, indefensos y sin esperanza, con los ojos tristes de los pobres y apaleados

animales del campo. Me creían loco porque yo no parecía un pobre y apaleado animal del campo. ¡Que me crean loco! ¡Claro que estoy loco! ¡Patanes, voceras, alcornoques! Me trae sin cuidado lo que penséis. Me daba asco tener que estar tan cerca de ellos. Quería darles una paliza, de uno en uno, pegarles hasta que fueran una masa de heridas y sangre. Quería gritarles que apartaran de mí aquellos malditos ojos deprimentes y melancólicos de apaleado, porque levantaban una losa negra en mi corazón, un lugar abierto, una tumba, un agujero, una llaga de la que salían en doliente procesión sus difuntos a la cabeza de otros difuntos y por la que desfilaba el sufrimiento y la amargura de su vida.

La máquina vibraba y resonaba. Volví a mi sitio al lado de Eusebio y seguí trabajando, la misma rutina, darle latas a la máquina, resignado a no ser vidente y a que las tragedias sobrevinieran sólo por la espalda, como los cobardes. Los muchachos me vieron reanudar la faena, luego la reanudaron ellos también, tomándome por un obseso. No se dijo nada. Los minutos pasaban. Ya era una hora más tarde.

Eusebio me dio un codazo.

—¿Para por qué tú corres de ese modo?

—El piloto. Es un viejo amigo. El coronel Buckingham. Quería saludarlo.

Cabeceó.

—Chorradas, Arturo. Tú muchas chorradas.

Desde el vertedor de latas también veía el California Yacht Club. Al fondo estaban las primeras ondulaciones verdes de los montes de Palos Verdes. Era una escena digna de la Italia que había visto en los libros. En los mástiles de los yates flameaban gallardetes de colores. Más allá estaban los penachos blancos de las grandes olas que batían contra el malecón. En la cubierta de los yates había hombres y mujeres con indumentaria informal blanca. Gente de fábula. Perteneían a la colonia del cine y a los círculos financieros de Los Ángeles. Eran riquísimos y aquellas embarcaciones eran sus juguetes. Cuando les apetecía, dejaban el trabajo de la ciudad y bajaban al puerto a jugar con ellas, y se llevaban a sus mujeres.

¡Y qué mujeres! Me quitaba el aliento sólo el verlas pasar en aquellos cochazos, tan desenvueltas, tan hermosas, tan familiarizadas con toda aquella riqueza, fumando elegantes cigarrillos con filtro, los dientes esmaltados y relucientes, vestidas de un modo irresistibles, con una ropa que les quedaba divinamente, que ocultaba sus defectos corporales y convertía su encanto en perfección. A mediodía, cuando pasaban rugiendo los cochazos por delante de la fábrica y nosotros estábamos comiendo fuera de las naves, las miraba como un ladrón que acecha unas joyas. Pero parecían tan lejanas que las detestaba, y detestarlas hacía que estuviesen más próximas. Algún día serían mías. Las poseería a ellas y los coches que las transportaban. Cuando llegara la revolución serían mías, súbditas del comisario Bandini del soviet de San Pedro.

Pero recuerdo a una mujer en un yate. Estaba a doscientos metros. A semejante distancia no podía verle la cara. Sólo que se movía con sencillez por la cubierta, como una reina pirata con un flamante bañador blanco. Paseaba por la cubierta de un yate que se estiraba como un gato desperezándose en el agua azul. Era sólo un recuerdo, una impresión recibida estando junto al vertedor de latas, mirando por la puerta. Sólo un recuerdo, pero me enamoré de ella, la primera mujer de carne y hueso que amaba en mi vida. De vez en cuando se detenía en la borda para mirar el mar. Luego reanudaba el paseo moviendo adelante y atrás sus muslos de lujo. En cierta ocasión se volvió y se quedó mirando la fábrica de conservas. La estuvo mirando unos minutos. No podía verme, pero miraba directamente hacia donde yo estaba. En aquel momento me enamoré de ella. Tenía que ser amor, aunque también podía ser su bañador blanco. Lo enfoqué desde todos los puntos de vista y al final admití que era amor. Después de mirarme, se volvió y siguió paseando. Estoy enamorado, me dije. ¡Así que esto es el amor! Pensé en ella todo el día. Al día siguiente el yate se había ido. Me preguntaba por ella y, aunque en ningún momento me pareció importante, estaba convencido de que estaba enamorado. Al cabo de un tiempo dejé de pensar en ella, se convirtió en recuerdo, un mero recuerdo para matar las horas en el vertedor de latas. Pero la había amado; ella nunca me vio y yo nunca le vi la cara, pero había sido amor a pesar de todo. Por otra parte, no podía imaginar que la hubiera amado, pero

llegué a la conclusión de que por una vez me equivocaba y de que la había amado.

Cierta vez entró una hermosa rubia en la nave de etiquetado. Iba con un hombre de bigote elegante y calzado con botines. Más tarde averigüé que se llamaba Hugo. Era propietario de nuestra fábrica de conservas, de otra que había en Terminal Island y de otra de Monterrey. Nadie sabía quién era la chica. Iba sujeta al brazo del hombre, mareada por el olor. Me di cuenta de que no le gustaba el lugar. No tendría más de veinte años. Llevaba un abrigo verde. Tenía la espalda totalmente arqueada, como una duela de barril, y calzaba zapatos blancos de tacón alto. Hugo observaba el lugar fríamente, con talante crítico. La chica le susurró algo. Hugo sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo. Se fueron juntos. La chica se volvió en la puerta a mirarnos. Agaché la cabeza; no quería que un ser tan encantador me viera entre mexicanos y filipinos.

Eusebio estaba conmigo en el vertedor de latas.

Me dio un codazo y dijo:

—¿Tú gusta, Arturo?

—No seas tonto —dije—. Es una golfa, lisa y llanamente, una golfa capitalista. Sus días acabarán cuando estalle la revolución.

Pero nunca he podido olvidar a aquella criatura de abrigo verde y zapatos blancos de aguja. Estaba seguro de que volvería a encontrármela algún día. Quizás cuando fuera rico y famoso. Incluso entonces seguiría ignorando su nombre, pero contrataría detectives para que siguieran a Hugo y dieran con el apartamento donde la retenía, prácticamente prisionera de su ridícula riqueza. Los detectives vendrían a mí con la dirección. Yo me presentaría, le daría mi tarjeta.

—Probablemente no me recordará usted —diría sonriendo.

—Pues no. Me temo que no.

Ah, entonces le hablaría de la visita que había hecho años antes a Industrias Pesqueras Soyo. Que yo, un pobre muchacho blanco rodeado de una cuadrilla de mexicanos y filipinos ignorantes, me había sentido tan turbado por su belleza que no me había atrevido a dar la cara. Y me echaría a reír.

—Pero está claro que usted ya sabe quién soy.

La llevaría hacia el estante de los libros, donde se encontrarían los míos entre el puñado de los indispensables, como la Biblia y el diccionario de la lengua, y cogería *Colosos del destino*, la obra por la que me habrían concedido el premio Nobel.

—¿Quiere que se lo dedique?

Entonces, ahogando una exclamación, la mujer caería en la cuenta.

—¡Cielos, usted es Bandini, el famoso Arturo Bandini!

Ja. Y volvería a reír.

—¡El mismo que viste y calza!

¡Qué día! ¡Qué triunfo!

Pasó un mes, con cuatro pagas. Quince dólares por semana.

Nunca llegué a acostumbrarme a Bajito Naylor. Para el caso, tampoco Bajito Naylor llegó a acostumbrarse a mí. Yo no podía hablar con él, pero él tampoco podía hablar conmigo. No era de los que decían: Hola, ¿qué tal? Se limitaba a saludar con la cabeza. Y no era hombre con el que se pudiera hablar de la situación de la industria conservera ni de política internacional. Era demasiado frío. Guardaba las distancias. Hacía que me sintiera un empleado. Yo ya sabía que era un empleado. No entendía la necesidad de que me lo pasaran por las narices.

La temporada de la caballa estaba a punto de terminar. Cierta tarde acabamos de etiquetar un lote de doscientas toneladas. Bajito Naylor apareció con un lápiz y un cuaderno. La caballa estaba enlatada, etiquetada y lista para partir. En los muelles había un carguero esperando para transportarla a Alemania, a los almacenes de un mayorista de Berlín.

Bajito ordenó que lleváramos el cargamento a los muelles. Me sequé el sudor de la cara mientras la máquina se detenía, y con buena disposición y paciencia me acerqué a Bajito y le di una palmada en la espalda.

—¿Qué tal la situación de la industria conservera, Naylor? —dije—. ¿Qué nivel de competencia representan los noruegos?

Me apartó la mano de su hombro.

—Agénciate un volquete de mano y ponte a trabajar.

—Un patrón riguroso —dije—. Es usted un patrón riguroso, Naylor.

Me alejé una docena de pasos y me llamó por mi nombre. Deshice lo andado.

—¿Sabes cómo se lleva un volquete de mano?

No tenía la menor idea. Ni siquiera sabía que las vagonetas de mano se llamaran así. Desde luego que no sabía cómo se llevaba un volquete de mano. Yo era escritor. Desde luego que no lo sabía. Me eché a reír y me subí los pantalones.

—¡Qué gracia! ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! ¡Y usted me lo pregunta! Ja. ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano!

—Si no lo sabes, dilo. No tienes por qué engañarme.

Cabeceé y miré al suelo.

—¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! ¡Y usted me lo pregunta!

—Bueno, ¿sabes o no?

—Salta a la vista que es evidente que es una pregunta absurda. ¡Que si sé cómo se lleva un volquete de mano! Claro que sé cómo se lleva un volquete de mano. ¡Naturalmente!

El labio se le curvó como el rabo de una rata.

—¿Y dónde has aprendido a llevar un volquete de mano?

Hablé dirigiéndome a todos.

—¡Ahora quiere saber dónde aprendí a llevar un volquete de mano! ¿Os lo

imagináis? Quiere saber dónde aprendí a llevar un volquete de mano.

—Oye, estamos perdiendo el tiempo. ¿Dónde fue? Te pregunto que dónde fue. Mi respuesta fue como un disparo de fusil.

—En los muelles. En los muelles de la gasolina. Trabajando de estibador.

Me miró de arriba abajo y en su labio se dibujaron varias curvas de hastío, de hombre que vomita desprecio.

—¡Tú estibador!

Se echó a reír.

Cuánto lo odié. El muy cretino. Imbécil, perro, rata, comadreja. Rata con cara de comadreja. ¿Qué sabía él? Era mentira, cierto. Pero ¿qué sabía él? Aquella rata sin pizca de cultura, que probablemente no había leído un libro en su vida. ¡Dios mío! ¿Qué sabía él de nada? Y otra cosa. Tampoco era tan eficaz, con aquella boca mellada, pegotes de tabaco en las comisuras y ojos de rata borracha.

—Bien —dije—. He estado observándolo, Saylor, Taylor, Naylor, o como rábanos lo llamen en este apestoso agujero, porque me trae completamente sin cuidado; y a menos que mi perspectiva sea completamente aberrante, no me parece usted un hombre que dé la talla, Saylor, Baylor, Taylor, Naylor o como rábanos se llame.

Una palabra soez, demasiado soez para repetirla, resumó de su cara. Garabateó algo en el cuaderno que llevaba, con una finalidad que no comprendí del todo, pero adoptando claramente una actitud hipócrita con aquella treta urdida en lo más profundo de su alma vil; garabateaba como una rata, una rata inculta, y lo odié tanto que le habría arrancado un dedo de un bocado para escupírselo a la cara. ¡Qué pinta! Aquella rata que daba zarpacitos ratescos al papel con sus zarpitas ratescas como si fuera un trozo de queso, el muy roedor, el muy cerdo, rata de callejón, rata portuaria. Pero ¿por qué no decía nada? Ja. Porque por fin había encontrado la horma de su zapato, porque se sentía desarmado ante sus superiores.

Señalé el montón de cajas de latas.

—Entiendo que ese material va rumbo a Alemania.

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo sin dejar de garabatear.

No me inmutaron sus voluntariosos esfuerzos por ser sarcástico. Su agudeza no obtuvo de mí lo que se proponía. Antes bien, me sumí en serio silencio.

—Y dígame, Naylor, o Baylor, o como sea..., ¿qué opina usted de la moderna Alemania? ¿Está de acuerdo con la Weltanschauung de Hitler?

No hubo respuesta. Ni una palabra, sólo el garabateo. ¿Y por qué no? ¡Porque Weltanschauung era excesivo para él! Demasiado para cualquier rata. Lo dejaba confuso, pasmado. Era la primera y última vez en toda su vida que oiría aquella palabra. Se guardó el lápiz en el bolsillo y miró por encima de mi hombro. Tuvo que ponerse de puntillas, el alfeñique enano y ridículo.

—¡Manuel! —dijo—. ¡Tú, Manuel! Ven un momento.

Manuel llegó desconcertado y con miedo, ya que no era normal que Bajito se

dirigiera a nadie por su nombre, a menos que fuera a despedirlo. Manuel andaba por los treinta años, tenía cara de hambre y unos pómulos saltones que parecían huevos. Trabajaba enfrente de mí, al otro lado del vertedor de latas. Yo lo miraba mucho porque tenía los dientes muy grandes. Eran blancos como la leche, pero demasiado grandes para aquella cara, y el labio superior no era lo bastante largo para cubrirlos. Me hacía pensar en dientes, en nada más.

—Manuel, enséñale a éste cómo se lleva un volquete.

Le interrumpí.

—No será necesario, Manuel. Pero en las circunstancias actuales es él quien da las órdenes aquí, y como suele decirse, una orden es una orden.

Pero Manuel estaba de parte de Bajito.

—Ven —dijo—. Yo te enseño.

Fui tras él mientras de la boca de Bajito brotaban más palabras soeces, audibles y comprensibles.

—Qué gracia me hace esto —dije—. Es divertido, de verdad. Me dan ganas de reír. El muy cobarde.

—Yo te enseño. Ven. Órdenes del jefe.

—El jefe es un tarado. Un demencia precoz.

—¡No, no! Órdenes del jefe. Ven.

—Es gracioso a su macabra manera..., puro Krafft-Ebing.

—Órdenes del jefe. No puedo hacer nada.

Fuimos a la nave donde se guardaban y cogimos un volquete cada uno. Manuel salió al pasillo con el suyo. Hice lo mismo. Era muy fácil. Así que ahora se llamaban volquetes de mano. Cuando yo era pequeño se llamaban carretillas. Cualquiera que tuviera dos manos podía llevar un volquete de mano. El cogote de Manuel era como el pellejo de un gato negro afeitado con un cuchillo de carnicero oxidado. El estilo era tipo acantilado: un corte de pelo doméstico. En la culera del mono llevaba un remiendo de lona blanca. Estaba muy mal cosido, como si hubiera utilizado una horquilla del pelo y un cordel. Tenía los tacones totalmente gastados, a ras del húmedo suelo, y se había puesto suelas nuevas, de fibra mojada, sujetas con grandes clavos. Parecía tan pobre que me ponía enfermo. Conocía a muchos pobres, pero Manuel no tenía que ser *tan* pobre.

—Oye —dije—, ¿cuánto ganas, hombre de Dios?

Lo mismo que yo. Veinticinco centavos la hora.

Me miró directamente a los ojos, un hombre alto y enjuto que tenía que bajar la mirada, listo para desmoronarse, con profundos y honrados ojos negros, pero muy recelosos. Tenían aquel aire de apaleado, aquel aire melancólico que tenían en la mirada casi todos los peones mexicanos.

—¿A ti gusta trabajar en fábrica? —dijo.

—Me divierte. Tiene sus ratos.

—A mí gusta. Gusta mucho.

—¿Por qué no te compras otros zapatos?

—No puedo.

—¿Estás casado?

Asintió con la cabeza, inmediatamente y con energía, contento de estar casado.

—¿Tienes hijos?

También estaba contento de aquello. Tenía tres hijos, porque levantó tres dedos encorvados y sonrió.

—¿Y cómo diantres sobrevivís con veinticinco centavos la hora?

No lo sabía. Cielos, no lo sabía, pero salía adelante. Se puso la mano en la frente e hizo un gesto de desesperanza. Vivían, no era mucho, pero los días se sucedían y estaban vivos para verlo.

—¿Por qué no pides un aumento?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—Quizás yo despedido.

—¿Sabes lo que eres? —dije.

No. No lo sabía.

—Eres un idiota. Un simple, impenitente y maldito idiota. ¡Mírate! Perteneces a la dinastía de los esclavos. Con la bota de la clase dominante en la entrepierna. ¿Por qué no eres hombre y vas a la huelga?

—No huelga. No, no. Despedido.

—Eres un idiota. Un maldito idiota. ¡Mírate! Ni siquiera tienes unos zapatos decentes. ¡Y mírate el mono! Por Dios bendito, si hasta pareces hambriento. ¿Tienes hambre?

No dijo nada.

—¡Responde, idiota! ¿Tienes hambre?

—No hambre.

—Sucio embustero.

Bajó los ojos mientras se alejaba arrastrando los pies. Estaba observándose los zapatos. Luego miró los míos, que eran mejores que los suyos en todos los sentidos. Pareció alegrarse de que yo llevase unos zapatos mejores. Me miró a la cara y sonrió. Me puso furioso. ¿Qué sentido tenía estar contento por aquello? Quería darle un puñetazo.

—Muy buenos —dijo—. ¿Cuánto costaron?

—Cierra la boca.

Salimos de allí, él en cabeza. De repente me dio tal ataque que no pude morderme la lengua.

—¡Idiota! ¡Idiota librecambista! ¿Por qué no destrozas la fábrica y exiges tus derechos? ¡Exige zapatos! ¡Exige leche! ¡Mírate! ¡Pareces un bobo, un presidiario! ¿Dónde está la leche? ¿Por qué no la exiges a gritos?

Apretó con fuerza las varas de la carretilla. Su oscuro cuello vibró de rabia. Pensé que había ido demasiado lejos. Quizás tuviéramos pelea. Pero no era por aquello.

—¡No hables! —dijo—. ¡O nos despiden!

Pero el lugar era muy ruidoso, ruedas que chirriaban, golpes de cajas, Bajito Naylor a treinta metros de allí, en la puerta, comprobando cifras y sin poder oírnos. Al verme tan seguro, me dije que la cosa no había terminado aún.

—¿Y tu mujer y tus hijos? ¿Tus queridas criaturas? ¡Exige leche! ¡Imagínate los muriendo de hambre mientras los niños de los ricos nadan en litros de leche! ¡Litros! ¿Y por qué ha de ser así? ¿No eres un hombre como los demás hombres? ¿O eres un idiota, un subnormal, una monstruosa burla a esa dignidad que es el antecedente primordial del hombre? ¿Me escuchas? ¿O prefieres taparte los oídos porque la verdad duele y eres demasiado débil y cobarde para ser otra cosa que un ablativo absoluto, una dinastía de esclavos? ¡Dinastía de esclavos! ¡Dinastía de esclavos! ¡Quieres ser una dinastía de esclavos! ¡Te gusta el imperativo categórico! ¡No quieres leche, quieres hipocondría! ¡Eres una puta, una ramera, un macarra, una puta del capitalismo moderno! Me das tanto asco que voy a vomitar.

—Sí —dijo—. Tú vomitas muy bien. Tú no escritor. Tú sólo vomitas.

—Estoy escribiendo constantemente. Mi mente bulle en una transvalorada fantasmagoría de frases.

—¡Bah! Yo también vomito por ti.

—¡Que te zurzan! ¡Zopenco mastodóntico!

Empezó a amontonar cajas para cargarlas. Soltaba un gruñido con cada una, ya que estaban muy altas y costaba alcanzarlas. En principio me estaba enseñando. ¿No había dicho el jefe que me fijara? Pues yo me fijaba. ¿No era Bajito el jefe? Pues yo obedecía las órdenes recibidas. Sus ojos echaban chispas.

—¡Vamos! ¡Trabaja!

—No me dirijas la palabra, burgués proletario capitalista.

Las cajas pesaban veinticinco kilos cada una. Las agrupaba de diez en diez, una encima de otra. Luego metía la pala de la carretilla por debajo del montón y sujetaba la caja inferior con unos cepos que había en la base. Nunca había visto una carretilla así. Había visto carretillas, pero no carretillas con cepos.

—El Progreso vuelve a levantar su imparcial cabeza. La nueva técnica se hace valer incluso en el humilde volquete de mano.

—Calla y fíjate.

De un tirón levantó la carga del suelo y la equilibró sobre las ruedas, con las varas a la altura de los hombros. Aquello tenía truco. Supe que no podría hacerlo. Se alejó con la carga. Sin embargo, si podía hacerlo él, un mexicano, un hombre que indudablemente no había leído un libro en su vida, que ni siquiera había oído hablar de la transvaloración de los valores, entonces yo también. Él, un simple siervo, había transportado diez cajas.

¿Y tú, Arturo? ¿Vas a permitir que te gane? ¡No, mil veces no! Diez cajas. Muy bien. Pues yo cargaré doce. Fui por mi carretilla. Manuel volvía ya por otra carga.

—Demasiadas —dijo.

—Cállate.

Empujé la carretilla hacia el montón de cajas y abrí los cepos. Tenía que ocurrir. Demasiado difícil. Sabía que tenía que ocurrir. No tenía sentido tratar de superarlo, lo sabía desde el principio, y aun así lo hice. Se oyó un crujido y un reventón. El montón de cajas cayó como si fuera una torre. Aterrizaron por todas partes. La caja de arriba se abrió al estrellarse. Las latas saltaron y sus estructuras ovaes corrieron por el suelo como cachorros asustados.

—¡Demasiadas! —gritó Manuel—. Te lo digo antes. ¡Demasiadas, joder!

Me volví y grité:

—¿Cerrarás esa maldita boca india, pedazo de mexicano capitalista proletario burgués y lameculos?

Las cajas caídas estorbaban a los otros volqueteros. Las rodearon, apartando a puntapiés las latas que les impedían avanzar. Me arrodillé y las recogí. Era nauseabundo, yo, un hombre blanco, de rodillas, recogiendo latas de pescado y rodeado de inmigrantes de pie.

Bajito Naylor se enteró inmediatamente de lo ocurrido. Llegó corriendo.

—Creía que sabías manejar un volquete de mano.

Me puse en pie.

—No son volquetes de mano. Son volquetes con cepos.

—No discutas. Recoge todo este destrozo.

—Los accidentes existen, Naylor. No se construyó Roma en una hora. Hay un viejo proverbio en *Así habló Zaratustra*...

Agitó las manos.

—¡Por el amor de Dios, eso me trae sin cuidado! Prueba otra vez. Pero esta vez no cargues tantas. Prueba con cinco cajas hasta que le cojas el tranquillo.

Me encogí de hombros. En fin, ¿qué se podía hacer en aquel semillero de estupidez? Lo único que quedaba era ser valiente, tener fe en la decencia intrínseca del hombre y aferrarse a la realidad del progreso.

—Usted es el jefe —dije—. Yo soy escritor, ya lo sabe. Sin cualificación, yo...

—¡Que me trae sin cuidado! ¡Ya sé todo eso! Todo el mundo sabe que eres escritor, todo el mundo. Pero hazme un favor, ¿quieres? —casi suplicaba—. Prueba a cargar cinco cajas, ¿quieres? Sólo cinco. Ni seis ni siete. Cinco. ¿Harás eso por mí? Tómatelo con calma. No te desriñones. Sólo cinco a la vez.

Se alejó murmurando entre dientes obscenidades dirigidas a mí. ¡Así que era eso! Le hice burla con el dedo en la nariz. Lo despreciaba, individuo vil, cretino de vocabulario limitado, incapaz de expresar sus pensamientos aunque fueran sucios, salvo cuando recurría al lenguaje soez. Una rata. Era una rata. Era una rata asquerosa y malhablada que no sabía nada de la Weltanschauung de Hitler.

¡Una mierda para él!

Reanudé la labor de recoger las latas caídas. Cuando acabé, decidí ir a por otro volquete. En un rincón vi uno distinto de los demás, con cuatro ruedas, una especie

de vagoneta con una pala de hierro. Era muy ligero, con una superficie ancha y plana. Lo llevé donde estaban los chicos cargando sus volquetes. Causó sensación. Lo miraban como si no lo hubieran visto nunca, lanzando exclamaciones en español. Manuel se rascó la cabeza con fastidio.

—¿Qué haces?

Puse el volquete en posición.

—No te gustaría saberlo, so instrumento de la burguesía.

Y cargué. No cinco cajas. Ni diez. Ni tampoco doce. Mientras seguía cargando, me di cuenta de las posibilidades de aquel volquete. Cuando me detuve había cargado treinta y cuatro cajas.

¿Treinta y cuatro por veinticinco? ¿Cuánto era? Saqué el cuaderno y el lápiz y lo calculé. Ochocientos cincuenta kilos. Y ochocientos cincuenta por diez eran ocho mil quinientos. Ocho mil quinientos kilos eran ocho toneladas y media. Ocho toneladas y media por hora eran ochenta y cinco toneladas por día. Ochenta y cinco toneladas por día eran quinientas noventa y cinco toneladas por semana. Quinientas noventa y cinco toneladas por semana eran treinta mil novecientas cuarenta toneladas en un año. A este ritmo transportaría trescientas nueve mil cuatrocientas toneladas en diez años. ¡Imaginaos! Y los demás sólo cargaban doscientos cincuenta kilos por viaje.

—¡Paso!

Se hicieron a un lado y empecé a tirar. La carga se movió con lentitud. Tiraba retrocediendo de espaldas, de cara a la carga. Avanzaba despacio porque mis pies resbalaban en el suelo mojado. La carga estaba en medio de todo, obstaculizando el paso de los otros carretilleros, lo que causó una ligera confusión, aunque no mucha, tanto para salir como para entrar. Al final se interrumpió toda actividad. Todos los volquetes estaban atascados en medio de la nave, como en un embotellamiento de tráfico en el centro de la ciudad. Bajito Naylor llegó corriendo. Yo tiraba con fuerza, gruñendo y resbalando, perdiendo más terreno del que ganaba. Pero la culpa no era mía. Era del suelo, que estaba demasiado resbaladizo.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó Bajito.

Me relajé mientras me tomaba un respiro. Bajito se golpeó la frente con la mano y sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué haces?

—Llevar cajas.

—¡Quítate de en medio! ¿No ves que has interrumpido la faena?

—¡Pero mire el tamaño de esta carga! ¡Ochocientos cincuenta kilos!

—¡Quítate de en medio!

—Es más del triple...

—¡He dicho que te quites de en medio!

El muy imbécil. Pero no podía impedirlo. Todo estaba en contra mía.

El resto de la tarde transporté las cajas de cinco en cinco en una carretilla de dos ruedas. Fue muy desagradable. El único blanco, el único americano, y sólo transportaba la mitad que los extranjeros. Tenía que hacer algo al respecto. Los muchachos no decían nada, pero todos sonreían cuando se cruzaban con mi mísera carga de cinco cajas.

Al final encontré una solución. Orquiza, un trabajador, bajó una caja que estaba en lo alto del montón, aflojando la presión de toda la pared de cajas. Con un grito de alarma corrí hacia la pared y la empujé con la espalda. No era necesario, pero me apreté contra las cajas, con la cara amoratada, como si la pared estuviera a punto de desmoronarse sobre mí. Los muchachos deshicieron la pared inmediatamente. Me apreté el hombro, gimiendo y rechinando los dientes. Me alejé tambaleándome, incapaz de andar.

—¿Estás bien? —preguntaron.

—No es nada —dije sonriendo—. No os preocupéis, compañeros. Creo que me he dislocado el hombro, pero no pasa nada. No debéis preocuparos en absoluto.

Con el hombro dislocado ya no había razón para que sonrieran ante mis cinco cajas.

Aquella tarde trabajamos hasta las siete. La niebla nos envolvía. Me quedé cinco minutos más, para hacer tiempo. Quería ver a Bajito Naylor a solas. Quería tratar con él un par de asuntos. Cuando se hubieron ido los otros y la fábrica quedó vacía, una extraña y agradable soledad se cernió sobre ella. Fui al despacho de Bajito Naylor. La puerta estaba abierta. Se estaba lavando las manos con ese corrosivo jabón en polvo que es mitad lejía. Podía olerlo. Parecía formar parte de la extraña y vasta soledad de la fábrica, era suyo, como las vigas del techo. Durante unos instantes me pareció triste y frágil, un hombre con muchos problemas, una persona como yo, como cualquier otra. A aquella hora tardía, abandonado a la vasta soledad del edificio, pensé que después de todo era un buen hombre. Pero yo estaba decidido. Llamé a la puerta. Se volvió.

—Qué hay. ¿Te pasa algo?

—Nada en absoluto —dije—. Sólo quería saber su opinión sobre un asunto.

—Bueno, suéltalo ya. ¿Qué es?

—Un asuntillo que ya he tratado de resolver con usted esta tarde.

Se estaba secando las manos con una toalla negra.

—No recuerdo. ¿Qué era?

—Ha sido usted muy impolítico entonces —dije—. Quizás no le apetezca sacarlo a relucir.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, ya sabes lo que pasa cuando un hombre está ocupado. Claro que podemos hablar del asunto. ¿Cuál es el problema?

—La Weltanschauung de Hitler. Qué opina usted de la Weltanschauung de Hitler.

—¿Y eso qué es?

—La Weltanschauung de Hitler.

—¿La qué de Hitler? ¿Weltan... qué?

—Weltanschauung de Hitler.

—¿Y eso qué es? ¿Qué es Weltanschauung? Me has pillado, chico. Ni siquiera sé qué significa.

Silbé y retrocedí.

—¡Dios mío! —dije—. ¡No me diga que ni siquiera sabe lo que significa!

Negó con la cabeza y sonrió. Para él no era muy importante; no tanto como secarse las manos, por ejemplo. No estaba en absoluto avergonzado de su ignorancia..., ni asombrado lo más mínimo. En realidad parecía más bien satisfecho. Chasqué la lengua y salí retrocediendo por la puerta, sonriendo con desesperanza. Aquello casi era demasiado para mí. ¿Qué podía hacer yo con un cebollino semejante?

—Bueno, si no lo conoce, bueno, creo que no lo conoce, y creo que no tiene sentido ponerse a hablar del tema, si no lo conoce, y, bueno, parece que no lo conoce, así que, bueno, adiós, si no lo conoce. Buenas noches. Hasta mañana.

Estaba tan sorprendido que se olvidó de seguir secándose las manos. De súbito gritó.

—¡Eh! ¿De qué va todo esto?

Pero yo ya estaba lejos, recorriendo a buen paso la oscuridad del vasto almacén, y sólo alcanzaba a oír el eco de su voz. Atravesé la húmeda nave donde los barcos pesqueros descargaban la caballa. Pero aquella tarde no había caballa, la temporada había terminado, y en su lugar había atunes, los primeros atunes auténticos que había visto en tanta cantidad, el suelo estaba cubierto, miles de atunes desparramados sobre una capa de hielo sucio, con la blanca y cadavérica panza brillando en la semioscuridad.

Algunos todavía estaban vivos. Se podía oír el esporádico golpeteo de las colas. Delante de mí se movió uno que estaba más vivo que muerto. Lo saqué del hielo. Estaba medio congelado y aún coleaba. Lo transporté lo mejor que pude, arrastrándolo a veces, hasta que lo puse sobre la mesa de vaciado, en la que las mujeres lo destriparían y trocearían al día siguiente. Era enorme, pesaba casi cincuenta kilos, un monstruo de otro mundo, con mucha fuerza todavía y un reguero de sangre saliéndole del ojo, por donde lo habían enganchado. Fuerte como un hombre, me odió y trató de huir de la mesa de vaciado. Cogí un cuchillo y lo puse bajo sus blancas y palpitantes agallas.

—¡Monstruo! —dije—. ¡Monstruo negro! ¡Deletrea Weltanschauung! ¡Vamos..., deletréalo!

Pero era un pez de otro mundo; no podía deletrear nada. Lo único que podía hacer era luchar por seguir viviendo, y ya estaba demasiado cansado para eso. Pero aun así estuvo a punto de escaparse. Lo golpeé con el puño. Luego le puse el cuchillo bajo

las agallas, gozando con sus impotentes jadeos, y le corté la cabeza.

—¡Cuando digo que delectees Weltanschauung lo digo en serio!

Volví a ponerlo entre sus compañeros, encima del hielo.

—La desobediencia es la muerte.

No hubo más respuesta que la débil agitación de una cola en alguna parte de la oscuridad. Me limpié las manos en un saco y me fui a casa andando.

Veinticuatro horas después de destruir a las mujeres deseaba no haberlas destruido. Cuando estaba ocupado y cansado no pensaba en ellas, pero el domingo era día de descanso, las habría mirado para matar el tiempo, y Helen, Marie, Ruby y la Niña me susurraban frenéticamente, preguntándome por qué me había dado tanta prisa en destruirlas, preguntándome si no lo lamentaba ya. Y lo lamentaba.

Ahora tenía que conformarme con los recuerdos. Pero los recuerdos tenían poca fuerza. Se me escapaban. No eran como la realidad. No podía cogerlos y mirarlos como hacía con las fotos. Ahora no hacía más que desear no haberlas destruido, y por haberlo hecho me acusaba de cristiano sucio y hediondo. Pensé en empezar otra colección, pero no era tan fácil. Había tardado mucho tiempo en reunir a las otras. No se encontraban a voluntad mujeres a la altura de la Niña, y probablemente no volvería a haber en mi vida otra mujer como Marie. Eran ejemplares irrepetibles. Había otra cosa que me impedía empezar otra colección. Estaba demasiado cansado. Me sentaba con un libro de Spengler o de Schopenhauer y, mientras leía, no dejaba de llamarme impostor y cretino, porque lo que realmente quería era aquellas mujeres que ya no existían.

El ropero ya no era el mismo, estaba lleno de vestidos de Mona y del nauseabundo olor a desinfectante. Algunas noches creía que no podría resistirlo. Me paseaba por la sala, pateando la alfombra gris, pensando en lo feas que eran las alfombras grises y mordiéndome las uñas. Era incapaz de leer nada. No tenía ganas de leer libros de grandes hombres, y me preguntaba si después de todo serían tan grandes. ¿Eran tan grandes como Hazel o Marie, o como la Niña? ¿Podía Nietzsche compararse con el cabello dorado de Jean? Algunas noches estaba completamente convencido de que no. ¿Era Spengler tan grande como las uñas de Hazel? Unas veces sí, otras no. Hay un momento y un lugar para todo, pero yo personalmente prefería la belleza de las uñas de Hazel a diez millones de volúmenes de Oswald Spengler.

Quería recuperar la intimidad de mi estudio. Me quedaba mirando la puerta del ropero, diciéndome que era una lápida que nunca más podría abrir. ¡Los vestidos de Mona! Me ponía enfermo. Y sin embargo no podía decir a mi madre o a Mona que por favor se llevaran los vestidos a otra parte. No podía acercarme a mi madre y decirle: «Por favor, llévate esos vestidos». No tendría palabras. Era odioso. Me estaba volviendo un conformista, un cobarde moral.

Cierta noche que mi madre y Mona estaban ausentes decidí hacer una visita a mi estudio para recordar los viejos tiempos. Un pequeño viaje sentimental al país del ayer. Cerré la puerta y me quedé en la oscuridad, y pensé en las muchas veces que aquel cuartito había sido sólo mío, sin zonas invadidas por mi hermana. Pero ya nunca volvería a ser el mismo.

Alargué el brazo en la oscuridad y palpé los vestidos que colgaban de las perchas. Eran como mortajas de fantasma, como hábitos de millones y millones de monjas

fallecidas desde el comienzo del mundo. Parecían desafiarme: parecían estar allí sólo para fastidiarme y destruir la pacífica fantasía de mujeres que nunca habían existido. Me venció el resentimiento, incluso recordar las anteriores ocasiones me resultaba doloroso. A aquellas alturas casi había olvidado ya los detalles.

Hundí el puño en un vestido para no gritar. El ropero tenía ahora un inconfundible olor a rosarios e incienso, a lirios blancos de velatorio, a las alfombras de las iglesias de mi infancia, a cera y a ventanas altas y oscuras, a ancianas de negro arrodilladas en misa.

Era la oscuridad del confesionario, un crío de doce años llamado Arturo Bandini arrodillado ante el sacerdote y diciéndole que había hecho algo espantoso, y el sacerdote diciéndole que nada era tan espantoso como para no contarlo en el confesionario, y el crío diciendo que no estaba seguro de que fuera pecado aquello que había hecho, pero que no obstante estaba convencido de que nadie había hecho nunca nada parecido, porque, padre, es ciertamente extraño, o sea que no sé cómo contárselo; y el sacerdote finalmente sonsacándose, sonsacándole aquel primer pecado de amor, y advirtiéndole que nunca más volviera a hacerlo.

Quería lanzarme de cabeza contra la pared del ropero, hacerme mucho daño y perder el sentido. ¿Por qué no tiraba aquella ropa? ¿Por qué aquellos vestidos tenían que recordarme a la hermana Mary Justin, a la hermana Mary Leo, a la hermana Mary Corita? Supongo que era el precio que tenía que pagar por aquel apartamento; supongo que habría podido tirarlos. Y no podía entender por qué. Algo me lo impedía.

Me sentía más débil que nunca, porque con fuerzas no habría dudado un momento; habría hecho un fardo con los vestidos, los habría tirado por la ventana y les habría escupido encima. Pero el deseo se había esfumado. Era una insensatez enfadarse y ponerse a tirar vestidos. El deseo estaba muerto y se alejaba por el horizonte.

Allí estaba cuando me di cuenta de que tenía el pulgar en la boca. Era increíble que estuviera en aquella posición. Figúrate. ¡Yo, con dieciocho años, y todavía chupándome el dedo! Entonces me dije: si eres tan valiente e intrépido, ¿por qué no te lo *muerdes*? ¡Te desafío a que te lo muerdas! Cobarde si no lo haces. Y me dije: ah, ¿conque ésas tenemos? Pues tampoco soy un cobarde. ¡Y lo demostraré!

Me mordí el pulgar hasta que noté sabor a sangre. Sentí contra la flexible piel los dientes, que se negaban a traspasarla, y giré lentamente el dedo hasta que los dientes la cortaron. El dolor titiló, me llegó a los nudillos, me subió por el brazo y luego a los hombros y los ojos.

Cogí el primer vestido que tenía delante y lo rompí en pedazos. ¡Mira lo fuerte que eres! ¡Rómpele en pedazos! ¡Desgárralo hasta que no quede nada! Y lo desgarré con las manos y los dientes, gruñendo como un perro rabioso, cayendo al suelo, poniéndome el vestido cruzado en las rodillas y dándole tirones furiosos, manchándolo con la sangre del dedo, insultándolo y riéndome de él conforme cedía

ante mi fuerza y se rasgaba.

Entonces me eché a llorar. El dolor del pulgar no me afectaba. Era la soledad lo que realmente dolía. Quería rezar. No había murmurado una oración desde hacía dos años..., desde el día en que dejé el instituto y empecé a empaparme de lecturas. Pero ahora quería volver a rezar, estaba seguro de que me ayudaría, de que haría que me sintiera mejor, porque cuando era pequeño rezar me producía esa sensación.

Me puse de rodillas, cerré los ojos y traté de recordar las palabras piadosas. Las palabras piadosas no eran como las demás palabras. No me había dado cuenta hasta aquel preciso momento. Entonces comprendí la diferencia.

Pero no había palabras. Tenía que rezar, que decir algo; había una oración dentro de mí, como un huevo. Pero no había palabras.

¡Desde luego que no se trataba de las oraciones de antaño!

No el padrenuestro, lo de Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino... ya no creía en aquello. No existía ningún lugar llamado cielo; puede que hubiera un infierno, era muy posible, pero no había ningún cielo.

Ni el acto de contrición, lo de Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, me pesa de todo corazón haberos ofendido y me propongo firmemente nunca más pecar, porque lo único que me pesaba de todo corazón era la pérdida de mis mujeres, y eso era algo a lo que Dios se oponía categóricamente. ¿O no? Seguro que tenía que estar en contra. Si yo fuera Dios, desde luego que estaría en contra. Dios no podía estar a favor de mis mujeres. No. Por consiguiente estaba en contra.

Pero tenía a Nietzsche. A Friedrich Nietzsche.

Probé con él.

Recé:

—¡Oh, querido y amado Friedrich!

No colaba. Sonaba a cosa de homosexuales.

Lo intenté de nuevo.

—¡Oh, estimado señor Nietzsche!

Peor. Porque me puse a pensar en las fotos de Nietzsche que aparecían en las portadillas de sus libros. Parecía un buscador de oro de la vieja California, con aquel bigote revuelto, y yo detestaba a los buscadores de oro de la vieja California.

Además, Nietzsche estaba muerto. Hacía años que había muerto. Era un escritor inmortal y sus palabras ardían en las páginas de sus libros, y había influido mucho en el espíritu moderno, pero a pesar de todo estaba muerto y yo lo sabía.

Entonces probé con Spengler.

Dije:

—Apreciado Spengler.

Espantoso.

Dije:

—Qué tal, Spengler.

Espantoso.

Dije:

—¡Escucha, Spengler!

Peor.

Dije:

—Bueno, Oswald, como iba diciendo...

Puf. Peor todavía.

Y tenía a mis mujeres. También estaban muertas; quizás encontrara algo en ellas. Lo intenté con todas, pero fue un desastre, porque en cuanto pensaba en ellas, la sangre me hervía de pasión. ¿Cómo podía un hombre rezar y estar caliente? Era escandaloso.

Después de pensar en tanta gente sin resultado, harto ya de todo el asunto y a punto de olvidarme de él, tuve una idea, y la idea era que no tenía que rezar a Dios ni a ningún otro, sino a mí mismo.

—Arturo, compañero. Mi amado Arturo. Parece que sufres mucho y muy injustamente. Pero eres valiente, Arturo. Me recuerdas a un guerrero poderoso, con las cicatrices de un millón de conquistas. ¡Qué valor el tuyo! ¡Qué nobleza! ¡Qué belleza! ¡Oh, Arturo, en verdad eres hermoso! Cuánto te quiero, Arturo mío, mi grande y poderoso dios. Gime pues, Arturo. Que tus lágrimas corran, pues la tuya es una vida de lucha, una encarnizada batalla hasta el final, y nadie lo sabe excepto tú, nadie sino tú, un bello guerrero que lucha solo, inquebrantable, un gran héroe de los que el mundo no ha oído hablar nunca.

Me senté en los talones y lloré hasta que me dolieron los costados. Abrí la boca, gemí, y ¡oh!, qué agradable era, qué dulce llorar, tanto que pronto estuve riendo de placer, riendo y llorando, las lágrimas corriéndome por las mejillas, humedeciéndome las manos. Habría estado así durante horas.

Los pasos que sonaron en la sala me interrumpieron. Los pasos eran de Mona. Me puse en pie y me enjuagué los ojos, aunque sabía que estarían enrojecidos. Tras guardarme el vestido roto bajo la camisa, salí del ropero. Tosí un poco, para aclararme la garganta, para dar a entender que estaba en paz con todo.

Mona pensaba que no había nadie en casa. Las luces estaban apagadas y supuso que estaba vacía. Me miró sorprendida, como si no me hubiera visto nunca. Di unos pasos, de aquí para allá, tosiendo y tarareando una canción, pero seguía mirándome, sin decir nada y sin quitarme los ojos de encima.

—Bueno —dije—. So crítica de la vida..., di algo.

Ahora me miraba la mano.

—El dedo. Está...

—El dedo es mío —dije—. Monja borracha de Dios.

Eché el pestillo del cuarto de baño y tiré el vestido roto por el ventanuco de ventilación. Luego me vendé el dedo. Me puse delante del espejo y me miré. Amaba mi cara. Me dije que era una persona muy atractiva. Tenía una hermosa nariz recta y

una boca maravillosa, con unos labios más rojos que los de una mujer, con toda la pintura y demás potingues. Los ojos eran grandes y claros, la mandíbula prominente, una mandíbula fuerte, una mandíbula que denotaba carácter y autodisciplina. Sí, era una cara estupenda. Un hombre con criterio habría encontrado muchas cosas interesantes en ella.

Vi el anillo de boda de mi madre en el botiquín, donde solía dejarlo para lavarse las manos. Lo sostuve en la palma y lo miré con asombro. ¡Y pensar que aquel anillo, aquel sencillo trozo de metal, había refrendado el vínculo connubial que había acabado produciéndome! Era increíble. Qué poco sabía mi padre, cuando compró aquel anillo, que simbolizaría la unión del hombre y la mujer de los que saldría uno de los hombres más grandes del mundo. ¡Qué extraño era estar en aquel cuarto de baño y darse cuenta de aquellas cosas! Qué poca conciencia de su importancia en aquel trozo de ridículo metal. Y no obstante, algún día llegaría a ser un objeto de coleccionista de valor incalculable. Ya veía el museo, los visitantes agrupados alrededor de las reliquias de Bandini, los gritos del subastador, y finalmente a un Morgan o un Rockefeller del futuro pujando hasta doce millones de dólares por el anillo, sólo porque lo había llevado la madre de Arturo Bandini, el mayor escritor que había conocido el mundo.

Pasó media hora. Yo leía en el sofá. El dedo vendado se me veía claramente. Pero Mona no volvió a mencionarlo. Estaba al otro lado de la sala, leyendo también, y comiéndose una manzana. Se abrió la puerta. Era mi madre, que volvía de casa del tío Frank. Lo primero que vio fue el dedo vendado.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cuánto dinero has conseguido? —dije.

—¡El dedo! ¿Qué te ha pasado?

—¿Cuánto dinero has conseguido?

Se puso a manosear el raído bolso sin dejar de mirarme el dedo vendado. Estaba demasiado nerviosa, demasiado asustada para abrir el bolso. Cayó al suelo. Lo recogió, le crujieron las rodillas, tanteó en todos los sentidos buscando el cierre del bolso. Mona se levantó y se lo quitó de las manos. Completamente agotada, y pese a todo preocupada por mi dedo, mi madre se dejó caer en una silla. El corazón tenía que irle como una locomotora. Cuando recuperó el aliento, volvió a preguntar por el dedo vendado. Pero yo estaba leyendo. No le respondí.

Repitió la pregunta.

—Me he lastimado.

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero has conseguido?

Mona lo contó, sujetando la manzana con los dientes.

—Tres dólares y algo de calderilla —murmuró.

—¿Cuánta calderilla? —dije—. Especifica, por favor. Me gustan las respuestas exactas.

—¡Arturo! —dijo mi madre—. ¿Qué ha sido? ¿Cómo te has lastimado?

—Quince centavos —respondió Mona.

—¡El dedo! —dijo mi madre.

—Dame los quince centavos —dije.

—Ven y cógelos —dijo Mona.

—¡Pero Arturo! —dijo mi madre.

—¡Dámelos! —dije.

—No estás lisiado —dijo Mona.

—¡Sí que está lisiado! —dijo mi madre—. ¡Mírale el dedo!

—¡El dedo es *mío*! ¡Y dame los quince centavos..., ya!

—Si los quieres, ven a por ellos.

Mi madre se levantó de un salto y se sentó junto a mí. Se puso a apartarme el pelo de los ojos. Tenía los dedos calientes y se había echado tantos polvos de talco que olía a bebé, a bebé anciano. Me levanté inmediatamente. Alargó el brazo hacia mí.

—¡Pobre dedo! Déjame verlo.

Fui donde estaba Mona.

—Dame los quince centavos.

No quería. Estaban encima de la mesa, pero se negaba a dármelos en la mano.

—Ahí están. Cógelos si quieres.

—Quiero que me los des tú.

Dio un bufido de asco.

—¡Eres un cretino! —dijo.

Me guardé las monedas en el bolsillo.

—Lo lamentarás —dije—. Como hay Dios que te arrepentirás de esta insolencia.

—Muy bien —dijo.

—Ya me estoy cansando de ser la acémila de un par de parásitas. Os aseguro que estoy a punto de llegar al apogeo de mi fortaleza. Me propongo abandonar este cautiverio en cualquier momento.

—Bu, bu, bu —dijo Mona con desdén—. ¿Por qué no lo abandonas ahora..., esta misma noche? Todo el mundo se alegraría.

Mi madre siguió con lo suyo. Absorta, meciéndose, no consiguió enterarse de lo que le había sucedido al dedo. Toda la noche oí su voz como una música de fondo.

—Siete semanas en la fábrica. Ya estoy harto.

—¿Cómo te has lastimado? —dijo mi madre—. A lo mejor se te ha infectado la sangre.

¡A lo mejor! Por un momento pensé que era posible. Trabajando en las condiciones antihigiénicas de la fábrica, cualquier cosa era posible. Así que quizás estuviera infectado. Yo, un pobre muchacho que trabajaba en aquel agujero hediondo, y aquélla era mi recompensa: ¡sangre infectada! Yo, un pobre muchacho que trabajaba para mantener a dos mujeres porque tenía que hacerlo. Yo, un pobre muchacho que nunca se quejaba; y ahora iba a morir a causa de una infección producida por las condiciones del lugar donde ganaba el pan que ellas se comían. Quería romper a llorar. Giré sobre mis talones y grité:

—¿Que cómo me he lastimado? ¡Yo te diré cómo me he lastimado! Vas a conocer la verdad. Ahora puede contarse. Vas a saber la diabólica verdad del asunto. ¡Me he lastimado con una máquina! ¡Me he lastimado por trabajar como un animal en esa carnática plantación de yute! Me he lastimado porque las fúngicas bocas de dos parásitas dependen de mí. Me he lastimado por culpa de las arbitrariedades de la inteligencia natural. Me he lastimado en razón de un martirio incipiente. ¡Me he lastimado porque mi destino me niega ningún dogmatismo! ¡Me he lastimado porque el metabolismo de mis jornadas me niega ningún recrudescimiento! ¡Me he lastimado porque mis intenciones son de una nobleza brobdingnagiana!

Mi madre estaba avergonzada, sin entender nada de lo que le decía, pero intuyendo lo que trataba de decirle, los ojos gachos, haciendo pucheros con la boca, mirándose con inocencia las manos. Mona había reanudado la lectura, masticando la manzana y sin prestarme atención. Me volví hacia ella.

—¡Intenciones nobles! —grité—. ¡Intenciones nobles! ¿Me has oído, monja?

¡Intenciones nobles! Pero ya estoy cansado de tanta nobleza. Me sublevo. Veo un nuevo día para América, para mí y para los compañeros de la plantación de yute. Veo una tierra de leche y miel. La visualizo y digo: ¡Salve, nueva América! Salve. ¡Salve! ¿Me oyes, monja? ¡Digo salve! ¡Salve! ¡Salve!

—Bu, bu, bu —dijo Mona.

—¡No te burles..., monstruo irrisorio!

Hizo un ruido de desprecio con la garganta, levantó el libro y me dio la espalda. Entonces, por primera vez, me fijé en el libro que leía. Era un libro de cubierta roja y brillante, recién sacado de la biblioteca.

—¿Qué estás leyendo?

No hubo respuesta.

—Yo alimento tu cuerpo. Supongo que tengo derecho a saber quién alimenta tu cerebro.

No hubo respuesta.

—Conque no quieres hablar, ¿eh?

Me lancé sobre ella y le quité el libro de las manos. Era una novela de Kathleen Norris. Me quedé boquiabierto y ahogué una exclamación mientras se ponía de manifiesto lo escandaloso de la situación. ¡De modo que así estaban las cosas en mi propia casa! Mientras yo sudaba sangre y me dejaba la piel en la fábrica para nutrir su cuerpo, su cerebro se nutría con aquello, ¡con aquello! Con Kathleen Norris. ¡Así era la moderna América! ¡Así se explicaba la decadencia de Occidente! Así se explicaba la angustia del mundo moderno. ¡Conque ésas teníamos! ¡Yo, un pobre chico que se rompía las manos trabajando, que ponía todo su empeño en darles una vida familiar decente, y así se lo pagaban, así, así! Me tambaleé, medí la distancia que había hasta la pared, me arrastré medio muerto, me dejé caer de espaldas contra la pared y me desplomé jadeando.

—Dios mío —gemí—. Dios mío.

—¿Qué pasa? —dijo mi madre.

—¡Pasar! ¡Pasar! Te diré lo que pasa. ¡Fíjate en lo que lee! ¡Oh, Dios todopoderoso! ¡Señor, ten piedad de su alma! Y pensar que me mato trabajando, yo, un pobre chico que se deja la piel en la fábrica, y ella se dedica a leer este nauseabundo vómito porcino. ¡Oh, Señor, dame fuerzas! ¡Dame más fortaleza! ¡No permitas que la estrangule!

Hice trizas el libro. Los trozos cayeron en la alfombra. Los machaqué con los tacones. Escupí, babeé sobre ellos, me aclaré la garganta y descargué la tos encima. Luego los recogí, los llevé a la cocina y los eché al cubo de la basura.

—Bueno —dije—. Vuelve a intentarlo.

—Es de la biblioteca —dijo Mona sonriendo—. Tendrás que pagarlo.

—Antes me pudro en la cárcel.

—¡Vamos, vamos! —dijo mi madre—. ¿A qué viene esto?

—¿Dónde están los quince centavos?

—Deja que te mire el dedo.

—He dicho que dónde están los quince centavos.

—En tu bolsillo —dijo Mona—. Subnormal.

Y me fui.

Crucé el patio de la escuela, camino de Jim's Place. En el bolsillo me tintineaban los quince centavos. El patio estaba cubierto de grava y mis pies producían crujidos. He ahí una buena idea, pensé, patios de grava en todas las prisiones, una buena idea; algo que merece la pena recordar; si yo estuviera prisionero de mi madre y de mi hermana, qué fútil sería querer huir con este ruido; una buena idea, un tema sobre el que reflexionar.

Jim estaba al fondo del establecimiento, leyendo un boleto de carreras. Acababa de poner otro estante para licores. Me detuve a mirar las botellas. Algunas eran bonitas y conseguían que su contenido pareciera más apetecible.

Jim dejó a un lado el boleto de carreras y se acercó. Siempre impersonal, esperaba a que el otro hablara primero. Se estaba comiendo una barra de caramelo. Era de lo más insólito. La primera vez que lo veía con algo en la boca. Tampoco me gustaba su expresión. Golpeé con el dedo la vitrina de los licores.

—Quiero una botella de alcohol.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal el trabajo en la fábrica?

—Muy bien, supongo. Pero esta noche creo que me voy a emborrachar. No quiero hablar de la industria pesquera.

Vi un botellín de whisky, un frasco de ciento cincuenta mililitros cuyo contenido parecía oro líquido. Quería diez centavos por el botellín. Parecía bastante razonable. Le pregunté si era un buen whisky. Dijo que era un buen whisky.

—El mejor —dijo.

—Adjudicado. Creeré en tu palabra y lo compraré sin más comentarios.

Le di los quince centavos.

—No —dijo—, sólo diez.

—Quédate el cambio. Es una propina, un gesto de compañerismo y buena voluntad personal.

Esbozó una sonrisa, pero no la cogió. Yo seguí alargándosela, pero me enseñó la palma de la mano y negó con la cabeza. No alcanzaba a comprender por qué rechazaba siempre mis propinas. Y no es que no se las diera a menudo; al contrario, se las daba siempre; en realidad, era la única persona a la que había dado propina en mi vida.

—No empecemos con lo mismo —dije—. Te digo que siempre dejo propina. Es una especie de principio personal. Soy como Hemingway. Me sale automáticamente.

Con un gruñido, cogió la moneda y se la guardó en los vaqueros.

—Jim, eres un hombre extraño; un personaje quijotesco investido de excelentes cualidades. Estás por encima de lo mejor que puede dar la masa. Me caes bien porque tu mente tiene horizontes.

Se puso nervioso. Prefería hablar de otras cosas. Se apartó el pelo de la frente y se pasó la mano por la nuca, apretándosela mientras se esforzaba por decir algo.

Desenrosqué el tapón del frasco y brindé:

—*Saluti!* —Y tomé un trago. No sabía por qué había elegido aquel licor. Era la primera vez en mi vida que invertía dinero en algo parecido. Detestaba el sabor del whisky. Me sorprendió tenerlo en la boca, pero allí estaba, y antes de que me diera cuenta surtió efecto, como arena entre los dientes, bajando ya por la garganta, manoteando y dando zarpazos como un gato furioso. Sabía a rayos, a pelo quemado. Lo sentí bajar, hacerme cosas extrañas en el estómago. Me relamí.

—¡Maravilloso! Tenías razón. ¡Es maravilloso!

Lo tenía en la boca del estómago, dando vueltas y más vueltas, buscando un lugar donde asentarse, y me froté con fuerza, para que el ardor externo se igualara con el interno.

—¡Fabuloso! ¡Soberbio! ¡Extraordinario!

Entró una mujer. La observé por el rabillo del ojo mientras se dirigía al mostrador del tabaco. Luego me volví y la miré de frente. Tenía unos treinta años, quizás más. La edad me traía sin cuidado: estaba allí y eso era lo importante. No había nada llamativo en ella. Tenía un aspecto muy vulgar, pero yo percibía a la mujer. Su presencia cruzó de un salto el local y me arrebató el aliento. Fue como un diluvio de electricidad. Mi carne tembló de emoción. Sentía la falta de aire y el fluir de la sangre roja. Vestía un viejo abrigo morado, descolorido, con cuello de piel. No se había fijado en mí. No parecía consciente de sí misma. Miró hacia donde yo estaba, se volvió y se puso de cara al mostrador. Durante un segundo vi su blanca faz. Desapareció tras el cuello de piel y nunca más volví a verla.

Pero me bastaba con una mirada. Nunca olvidaría aquella faz. Era de un blanco enfermizo, como las fotos que hace la policía a los delincuentes. Sus ojos eran desamparados, grises, grandes, fascinantes. Su pelo no era de ningún color concreto. Castaño y negro, claro y oscuro: no me acuerdo. Pidió un paquete de tabaco golpeando el mostrador con una moneda. No habló. Jim le dio el paquete. Ni siquiera se había percatado de su presencia. Para él sólo era un cliente más.

Yo seguía mirándola. Sabía que no debía mirarla tanto. Pero no me importaba. Sabía que si me miraba a la cara no tendría nada que objetar. La piel era ardilla de imitación. El abrigo era viejo y tenía deshilachados los dobladillos, que le llegaban hasta las rodillas. Le quedaba estrecho y la estrechez la elevaba hacia mí. Las medias eran de color cañón de pistola, con carreras. Los zapatos eran azules, con los tacones torcidos y las suelas gastadas. Sonreí y la miré con fijeza y confianza, porque no le tenía miedo. Una mujer como la señorita Hopkins me ponía nervioso y me hacía sentir ridículo, pero no las mujeres de las fotos, por ejemplo, ni una mujer como aquella mujer. Era muy fácil sonreír, insolentemente fácil; tanto más divertido sentirse obsceno. Quería decirle algo sucio, algo sugerente, como ¡uf!, ofrezcas lo que ofrezcas, te lo acepto, mala puta. Pero no me vio. Sin volverse en ningún momento, pagó el tabaco, salió del establecimiento y dobló por Avalon Boulevard en dirección al mar.

Jim registró la venta en la caja y volvió donde yo estaba. Fue a decir algo. Me marché sin despedirme. Salí sin más del establecimiento y eché a andar por la calle, en pos de la mujer. Estaba a unos quince pasos de mí y se dirigía al puerto con alguna prisa. Yo en realidad no me daba cuenta de que la estuviera siguiendo. Cuando me percaté, me detuve y chasqué los dedos. ¡Ah! ¡Así que ahora eres un perverso! ¡Un perverso sexual! Vaya, vaya, vaya, Bandini, quién iba a pensar que llegarías a esto; ¡estoy atónito! Vacilé, mordiéndome la uña del pulgar y escupiendo los pedazos. Pero no quería pensar en aquello. Prefería pensar en ella.

Le faltaba gracia. Su paso era perseverante, de animal; andaba con arrogancia, como diciendo ¡atrévete a detenerme! Además, avanzaba zigzagueando; iba de un lado a otro, unas veces hasta el bordillo de la acera, otras casi estrellándose contra los escaparates de los edificios. Pero no me importaba la forma de andar de aquella figura que se agitaba y encogía bajo el viejo abrigo morado. Andaba con pesadez, a zancadas. Mantuve la distancia inicial que ella misma había puesto entre ambos.

Estaba frenético; contento hasta el delirio y la inverosimilitud. Percibía el olor del mar, la limpia dulzura salada del aire, la fría y práctica indiferencia de las estrellas, la intimidad repentina y riente de las calles, la descarada riqueza de luz en la oscuridad, la brillante languidez del cuarto creciente. Lo amaba todo. Tenía ganas de gritar, de hacer ruidos raros, ruidos nuevos con la garganta. Era como pasear desnudo por un valle poblado de hermosas muchachas.

Había recorrido media manzana cuando de súbito me acordé de Jim. Miré atrás, por si había salido a la puerta para averiguar por qué me había ido corriendo. Era un sentimiento horrible, de culpa. Pero no estaba allí. La puerta del endomingado y pequeño establecimiento estaba vacía. No se veía el menor rastro de vida en todo Avalon Boulevard. Miré las estrellas. Parecían tan azules, tan frías, tan insolentes y lejanas, tan profundamente desdeñosas y engreídas... Las brillantes farolas ponían una luz crepuscular en la avenida.

Crucé la primera bocacalle en el momento en que ella pasaba por delante del cine de la otra manzana. Estaba ganando distancia, pero se lo permití. No escaparás, oh, hermosa señora, te voy pisando los talones y no tendrás oportunidad de esquivarme. Pero ¿adónde vas, Arturo? ¿Te das cuenta de que estás siguiendo a una desconocida? Nunca habías hecho nada parecido. ¿Qué es lo que te mueve? Empezaba ya a asustarme. Pensé en los coches patrulla. Pero ella me arrastraba. Ah, de eso se trataba, yo era su prisionero. Me sentía culpable, pero también pensaba que no estaba haciendo nada malo. A fin de cuentas, he salido a estirar las piernas, a tomar el aire de la noche; estoy dando un paseo antes de irme a dormir, agente. Vivo ahí al lado, agente. Vivo ahí desde hace un año, agente. Mi tío Frank. ¿Lo conoce, agente? ¿Frank Scarpi? ¡Pues claro, agente! Todo el mundo conoce a mi tío Frank. Un hombre excelente. Él le dirá que soy su sobrino. No hay por qué ponerme una multa, dadas las circunstancias.

Mientras seguía andando me di con el dedo vendado contra el muslo. Bajé los

ojos y allí estaba, aquella horrible venda blanca, ondeando a cada paso, moviéndose con la oscilación del brazo, un bulto blanco y feo, tan blanco y deslumbrante como si cada farola de la calle lo conociera y supiese por qué estaba allí. Me sentía indignado. ¿Os lo imagináis? ¡Se hizo sangre mordiéndose el dedo! ¿Imagináis a un hombre cuerdo haciendo algo así? Le digo que está loco, señor. Ha hecho algunas cosas extrañas, señor. ¿Le he contado lo de los cangrejos que mató? Creo que ese sujeto está loco, señor. Le sugiero que lo encerremos y le miremos la cabeza. Me quité la venda y la tiré por una alcantarilla y no quise volver a pensar en ella.

La mujer seguía aumentando la distancia que nos separaba. Estaba ya a media manzana. Yo no podía ir más aprisa. Andaba despacio y me decía que me apresurara un poco, pero al pensar en los patrulleros reducía la velocidad. La policía del puerto pertenecía a la Jefatura de Los Ángeles; eran polis endurecidos, con una ronda difícil, y primero te detenían y luego te decían por qué te habían detenido, y siempre surgían de la nada, no a pie, sino en un Buick rápido y silencioso.

—Arturo —dije—, estás metiéndote de lleno en un problema. ¡Te van a detener por degenerado!

¿Degenerado? ¡Qué tontería! ¿Es que no puedo dar un paseo si me apetece? ¿Esa mujer de ahí delante? No sé nada de ella. Por el amor de Dios, estamos en un país libre. ¿Acaso puedo evitar que vaya en la misma dirección que yo? Si no le gusta, que vaya por otra calle, agente. Ésta es mi calle favorita, agente. Frank Scarpi es mi tío, agente. Él dará fe de que siempre doy un paseo por esta calle antes de irme a dormir. Después de todo, estamos en un país libre, agente.

En el cruce con la siguiente bocacalle se detuvo para rascar una cerilla en la pared del banco. Encendió un cigarrillo. El humo flotó en el aire con sosiego, como globos azules deformados. Eché a correr. Cuando llegué a las nubes inmóviles, me puse de puntillas y las aspiré. ¡Humo de *su* cigarrillo! Aaaah.

Sabía dónde había caído la cerilla. Unos pasos más y la recogí. Allí estaba, en la palma de mi mano. Una cerilla extraordinaria. A pesar de que no se diferenciaba perceptiblemente de otras cerillas, era una cerilla extraordinaria. Estaba quemada hasta la mitad, tenía un olor dulzón, a pino, y era muy hermosa, como una pieza de un oro poco común. La besé.

—Cerilla —dije—, te amo. Te llamas Henrietta. Te amo con toda mi alma.

Me la metí en la boca y empecé a mastigarla. El carbón estaba exquisito, sabía a pino agridulce, crujiente y succulento. Delicioso, cautivador. La mismísima cerilla que ella había tenido en los dedos. Henrietta. La mejor cerilla que he comido en mi vida, señora. Permítame felicitarla.

Andaba ahora más aprisa, dejando tras de sí una estela de nubecillas de humo. Yo las aspiraba a bocanadas. Aaaah. El movimiento de sus caderas era como un baile de serpientes. Lo sentía en el pecho y en la punta de los dedos.

Avanzábamos hacia los cafés y billares del puerto. En el aire nocturno resonaban voces masculinas y lejanos impactos de bolas de billar. En la puerta del Acme

aparecieron unos estibadores con el taco de billar en la mano. Debían de haber oído el taconeo de la mujer en la acera, porque salieron de repente, y ahora estaban en la puerta, esperando.

La mujer recorrió el pasillo de ojos silenciosos. La siguieron con la mirada y una lenta rotación de cuello, cinco hombres perdiendo el tiempo en la puerta. Yo estaba a quince metros. Me cayeron gordos. Uno, un monstruo con un garfio en el bolsillo, se quitó el cigarrillo de la boca y silbó suavemente. Sonrió a los otros, carraspeó y escupió una cinta plateada en la acera. Detesté a aquel rufián. ¿Es que no sabía que las ordenanzas municipales prohibían escupir en las aceras? ¿No conocía las leyes de la sociedad decente? ¿O es que no era sino un monstruo humano analfabeto que escupía por pura animalidad, porque una repugnante y depravada necesidad física lo obligaba a vomitar su infame cólera cuando le daba la gana? ¡Si al menos hubiera sabido su nombre! Lo habría entregado a los del Ministerio de Sanidad para que lo juzgaran.

Llegué a la puerta del Acme. También me miraron a mí, sin saber qué hacer, buscando algo en que fijarse. La mujer se había internado en un sector en el que todos los edificios estaban apagados y vacíos, un ancho pasillo de negros escaparates vaciados por la depresión. Se detuvo ante un escaparate. Al cabo de unos instantes reanudó el camino. Algo había atraído su mirada hacia el escaparate y hecho que se detuviera.

Cuando llegué al escaparate entendí la causa. Era el escaparate del único establecimiento activo en aquella parte de la calle. Una tienda de viejo, una casa de empeños. Hacía ya mucho que había terminado el horario comercial, la tienda estaba cerrada y los escaparates llenos de joyas, instrumentos, máquinas de escribir, maletas y cámaras fotográficas. Un rótulo que había en el escaparate decía: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Como sabía que ella había leído el rótulo, lo leí varias veces. Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. ¡Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio! Ya lo habíamos leído los dos, ella y yo... Arturo Bandini y su mujer. ¡Maravilloso! ¿Y no había escrutado ella el fondo de la tienda? Pues Bandini también, porque Bandini obraría como obrase la mujer de Bandini. Al fondo había una lucecita encendida, encima de una caja de caudales pequeña y baja. El local estaba atestado de artículos de segunda mano. En un rincón había una jaula de metal y tras ella una mesa. Los ojos de mi mujer habían visto todo aquello, y yo no lo olvidaría.

Reanudé el seguimiento. En el cruce siguiente bajó del bordillo en el momento en que el semáforo se ponía verde. Apreté el paso para cruzar también, pero cuando llegué el semáforo se puso rojo. Al diablo con el rojo. El amor no sabe de barreras. Bandini debe superarlas. ¡Por la victoria! Y crucé la calzada. La tenía sólo a seis metros por delante, dominado por el curvilíneo misterio de su forma. Pronto estaría a su altura. Era imposible que aquello me estuviera ocurriendo a mí.

Y bien, Bandini, ¿ahora qué?

Bandini no titubea. Bandini sabe qué hacer, ¿verdad, Bandini? ¡Naturalmente que lo sé! Voy a decirle palabras dulces. Voy a decirle hola, amada mía. Qué noche más hermosa tenemos; ¿te opondrías si te acompañara un rato? Conozco algunas poesías estupendas, como el Cantar de los Cantares y esa tan larga de Nietzsche sobre la voluptuosidad... ¿Cuál prefieres? ¿Sabes que soy escritor? ¡Sí, de verdad! Escribo para la Posteridad. Acerquémonos paseando a la orilla del agua mientras te hablo de mi obra, de la prosa para la Posteridad.

Pero cuando la alcancé sucedió algo extraño.

Estábamos a la misma altura. Tosí y carraspeé. Estaba a punto de decirle hola, mujer extraordinaria. Pero se me metió algo en la garganta. No pude hacer nada. Ni siquiera pude mirarla, porque mi cabeza se negaba a girar. Mi valor había desaparecido. Pensé que iba a desmayarme. Desfallezco, me dije; estoy al borde del colapso. Y entonces sucedió lo extraño: salí corriendo. Afirmé los pies, eché atrás la cabeza y corrí como un idiota. Aleteando con los codos y llenándome las fosas nasales de aire salado, corrí como un deportista olímpico, un corredor de los ochocientos metros lisos que acelera en la recta final de la victoria.

¿Qué haces ahora, Bandini? ¿Por qué corres?

Tengo ganas de correr. ¿Pasa algo? Supongo que puedo correr si tengo ganas, ¿no?

Mis pasos resonaban en la calle desierta. Gané velocidad. Puertas y escaparates corrían a mi encuentro con un estilo pasmoso. Hasta entonces no me había dado cuenta de que podía correr tan aprisa. Al llegar a Longshoremen's Hall tracé una amplia curva para entrar en Front Street. Los grandes almacenes proyectaban sombras negras en la calzada y entre ellos palpitaba el rápido eco de mis pasos. Estaba ya en los muelles, con el mar al otro lado de la calzada, detrás de los almacenes.

Yo era ni más ni menos que Arturo Bandini, el mayor corredor de los ochocientos metros lisos de la historia del atletismo americano. Gooch, el pujante campeón holandés, Sylvester Gooch, el genio de la velocidad del país de los molinos de viento y de los zuecos, estaba a quince metros por delante de mí, y el pujante holandés estaba dándome la carrera de mi vida. ¿Ganaría yo? Los millares de espectadores de las gradas se lo preguntaban, sobre todo las mujeres, pues los periodistas deportivos decían en son de broma que yo era un «corredor de mujeres», dado que era tremendamente popular entre las aficionadas al deporte. En las gradas vitoreaban con frenesí. Las mujeres alargaban los brazos y me suplicaban que ganase... por América. ¡Vamos, Bandini! ¡Vamos, Bandini! ¡Oh, Bandini! ¡Cuánto te amamos! Y las mujeres estaban preocupadas. Pero no había motivo para preocuparse. La situación estaba controlada y yo lo sabía. Sylvester Gooch se estaba cansando; no podía mantener la velocidad. Y yo me reservaba para los últimos cincuenta metros. Sabía que podía derrotarlo. ¡No temáis, señoras que me amáis, no temáis! El honor de América depende de mi victoria, lo sé, y cuando América me necesita, ahí me tenéis,

en el fragor de la lucha, deseoso de dar mi sangre. Aceleré con orgullosas y bellas zancadas al llegar a la marca de los cincuenta metros. ¡Dios mío, cómo corre ese hombre! Gritos de júbilo en millares de gargantas femeninas. A tres metros de la cinta me lancé de cabeza y la toqué un cuarto de segundo antes que el pujante holandés. El estadio se vino abajo. Los cámaras de los noticiarios cinematográficos se arremolinaron a mi alrededor, suplicándome unas palabras. ¡Por favor, Bandini, *por favor!* Me apoyé jadeando en un almacén del muelle hawaiano y sonriendo accedí a hacer unas declaraciones a los muchachos. Todos eran buenos tipos.

—Quisiera mandarle un saludo a mi madre —dije sin aliento—. ¿Estás ahí, mamá? Te mando un saludo. ¿Saben una cosa, caballeros? Cuando era pequeño repartía periódicos después de la escuela, allá en California. En aquella época mi madre se encontraba en el hospital. Todas las noches estaba al borde de la muerte. Y así fue como aprendí a correr. Con la horrible certeza de que podía perder a mi madre antes de terminar de repartir las *Gazettes* en Wilmington, corría como un loco, terminaba el reparto y me iba como un bólido al hospital, que estaba a ocho kilómetros. Y aquélla fue mi pista de entrenamiento. Os quiero dar las gracias a todos, y mandar otro saludo a mi madre, allá en California. ¡Te mando otro saludo, mamá! ¿Cómo están Billy y Ted? ¿Se encuentra bien el perro?

Risas. Murmullos sobre mi sencilla e innata humildad. Felicitaciones.

Pero aunque fue una gran victoria, derrotar a Gooch no me produjo mucha satisfacción. Estaba sin aliento y cansado de ser corredor olímpico.

Era por aquella mujer del abrigo morado. ¿Dónde estaría ya? Volví corriendo a Avalon Boulevard. No la vi. Exceptuando a los estibadores de la otra manzana y a las mariposas que revoloteaban alrededor de las farolas, el boulevard estaba desierto.

¡Serás cretino! La has perdido. Se ha ido para siempre.

Empecé a rodear la manzana, buscándola. A lo lejos oí el ladrido de un perro policía. Era Herman. Lo sabía todo sobre Herman. Era el perro del lechero. Era un perro sincero: ladraba y además mordía. Una vez me persiguió un par de manzanas y me desgarró los calcetines a la altura de los tobillos. Decidí abandonar la búsqueda. Además, se estaba haciendo tarde. Ya la buscaría otra noche. Tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Así que me fui a mi casa por Avalon.

Volví a ver el rótulo: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Me conmovió, porque lo había leído ella, la mujer del abrigo morado. Había visto y sentido todo aquello...: la tienda, el vidrio, el escaparate, los trastos de dentro. Había caminado por aquella calle. Aquella misma acera había sentido su dulce peso. Ella había respirado aquel aire y olido aquel mar. El humo de su cigarrillo se había mezclado con él. ¡Ah, esto es demasiado, demasiado!

Al llegar al banco toqué el punto en el que había rascado la cerilla. Allí..., en la punta de mis dedos. Maravillosa. Una pequeña señal negra. Oh, señal, te llamas Claudia. Oh, Claudia, te amo. Te besaré para probarte mi devoción. Miré a mi alrededor. No se veía a nadie en las dos manzanas más próximas. Me incliné y besé la

rayita negra.

Te amo, Claudia. Te suplico que te cases conmigo. Es lo único que me importa en la vida. Mis escritos, esos volúmenes para la posteridad, no son nada sin ti. Cásate conmigo o iré al muelle y me tiraré de cabeza. Y volví a besar la señal negra.

Entonces advertí con horror que toda la fachada del banco estaba cubierta de señales, rayas y arañazos de millares de cerillas. Escupí con asco.

Su rascadura tenía que ser una rascadura única; algo como ella, sencillo y a la vez misterioso, una rascadura de cerilla sin igual en la historia del mundo. La encontraría aunque tuviera que buscar toda la vida. ¿Oís? Toda la vida, eternamente. Estaré aquí hasta que me haga viejo, buscando sin descanso la misteriosa rascadura de mi amor. Nadie me hará desistir. Comienzo ya: un minuto o toda una vida, ¿qué importa?

La encontré antes de que transcurrieran dos minutos. Estaba seguro de que era aquella. Una pequeña señal, tan débil que casi era invisible. Sólo ella podía haberla hecho. Maravillosa. Una rayita de nada con un amago de adorno en el remate, un pequeño rasgo artístico, una figurilla como de serpiente a punto de atacar.

Pero alguien se acercaba. Oí pasos en la acera.

Era un hombre muy viejo, con barba blanca. Llevaba bastón y un libro, y parecía sumido en profunda meditación. Tenía que apoyarse en el bastón para andar. Sus ojos eran muy brillantes y pequeños. Me escondí bajo el arco de la entrada hasta que pasó. Salí y cubrí la rascadura de besos salvajes. De nuevo te imploro que te cases conmigo. Ningún hombre sentirá por ti un amor tan grande como el mío. El tiempo y las mareas no esperan a nadie. Más vale un toma que dos te daré. Agua pasada no mueve molino. ¡Cásate conmigo!

Una tos débil rasgó de súbito la noche. Era el viejo. Había recorrido unos cincuenta metros y dado media vuelta. Y allí estaba, apoyado en el bastón y mirándome fijamente.

Temblando de vergüenza, eché a correr por la calle. Me volví al llegar al final de la manzana. El viejo se había acercado a la pared para inspeccionarla. En aquellos momentos me miraba. Me estremecí al pensarlo. Una manzana más y me volví otra vez. El maldito viejo seguía ante la pared del banco. No paré de correr hasta que llegué a casa.

Mona y mi madre estaban ya acostadas. Mi madre roncaba suavemente. El sofá de la sala estaba abierto, la cama hecha y la almohada ahuecada. Me desnudé y me acosté. Pasaron los minutos. No podía dormir. Me puse boca arriba y luego de lado. Luego probé boca abajo. Pasaron más minutos. Los oía en el tictac del reloj que tenía mi madre en el dormitorio. Pasó media hora. Seguía totalmente despierto. Me di la vuelta y noté un dolor en el alma. Algo iba mal. Pasó una hora. Me irritaba ya aquello de no poder dormir, y empecé a sudar. Aparté las frazadas a puntapiés y me quedé acostado, tratando de pensar algo. Tenía que levantarme temprano. No rendiría en la fábrica si no descansaba debidamente. Pero tenía los ojos pegajosos y me picaban cuando los cerraba.

Era por aquella mujer. Era por el bamboleo de su forma avanzando por la calle, la entrevista blancura de su tez enfermiza. La cama se me hizo insoportable. Di la luz y encendí un cigarrillo. Me quemó la garganta. Lo tiré y resolví dejar de fumar para siempre.

Otra vez a dormir. Di más vueltas. Aquella mujer. ¡Cuánto la amaba! Su encogimiento, el desamparo de sus ojos atormentados, la piel de su cuello, la carrera de su media, el sentimiento en mi pecho, el color de su abrigo, la fugacidad de su cara entrevista, el hormigueo de mis dedos, la estela que dejaba andando por la calle, la frialdad de las titilantes estrellas, la calidez del cuarto creciente, el sabor de la cerilla, el olor del mar, la suavidad de la noche, los estibadores, el impacto de las bolas de billar, las ráfagas de música, su encogimiento, la música de su taconeo, su andar perseverante, el viejo con el libro, la mujer, la mujer, la mujer.

Tuve una idea. Aparté las frazadas y salté de la cama. ¡Qué idea! Me cayó encima como un alud, como una casa que se derrumba, como un vidrio que se rompe. Estaba ardiendo y desquiciado. Había papel y lápices en el cajón. Los saqué y corrí a la cocina. En la cocina hacía frío. Encendí la estufa y abrí la trampilla. Sentado y desnudo, me puse a escribir.

Amor perdurable

o

La mujer que el hombre ama

o

Amor Omnia Vincit

por

Arturo Gabriel Bandini

Tres títulos.

¡Maravilloso! Un comienzo soberbio. ¡Tres títulos, ahí es nada! ¡Sorprendente!
¡Increíble! ¡Un genio! ¡Realmente un genio!

Y qué nombre. Ah, sonaba magnífico.

Arturo Gabriel Bandini.

Un nombre que habría que incluir entre los inmortales: un nombre para la eternidad. Arturo Gabriel Bandini. Un nombre que sonaba mejor que Dante Gabriel Rossetti. Y también él era italiano. De mi raza.

Escribí: «Arthur Banning, el multimillonario magnate del petróleo, tour de forcé, prima facie, petit maître, table d'hôte y gran amante de las fascinantes, hermosas, exóticas, empalagosas y consteladas mujeres de todas las partes del mundo, de todos los rincones del planeta, mujeres de Bombay, allá en la India, país del Taj Mahal, de Gandhi y Buda; mujeres de Nápoles, tierra del arte italiano y de la fantasía italiana; mujeres de la Costa Azul; mujeres del lago Banff; mujeres del lago Louise; de los Alpes suizos; del Ambassador Coconut Grove de Los Ángeles, California; mujeres del famoso Pons Asinorum de Europa; este mismo Arthur Banning, descendiente de una antigua familia de Virginia, tierra de George Washington y de grandes tradiciones americanas; el mismo Arthur Banning, atractivo y alto, un metro ochenta en calcetines, distinguido, con dientes como perlas, y cierta cualidad bribona y bohemia a la que no podía resistirse ninguna mujer, este mismo Arthur Banning estaba junto a la borda de su poderoso, mundialmente famoso y deseadísimos yate americano, el *Larchmont VIII*, y contemplaba con ojos deletéreos, ojos masculinos, viriles y potentes, la inmersión de los rayos carmíneos, rojos y hermosos del Astro Rey, más conocido con el nombre de sol, en las sombrías, fantasmagóricas y negras aguas del océano Mediterráneo, en alguna parte del sur de Europa, en el año del Señor de mil novecientos treinta y cinco. Y allí estaba él, descendiente de una rica, famosa, poderosa y grandilocuente familia, un hombre gallardo, con el mundo a sus pies y la grande, poderosa, sorprendente fortuna de los Banning a su disposición; y no obstante; pero algo preocupaba a Arthur Banning, alto, ensombrecido, atractivo, bronceado por los rayos del Astro Rey: y, lo que le preocupaba, era que, aunque había recorrido muchos mares y tierras, y ríos, también, y aunque copulaba, y, tenía líos amorosos, todo el mundo sabía, gracias al medio de la prensa, la poderosa e insobornable prensa, que él, Arthur Banning, el descendiente, era infeliz, y aunque rico, famoso, poderoso, se hallaba solo y, prisionero del, amor. Y mientras estaba tan incisivamente allí, en la cubierta del *Larchmont VIII*, el mejor, más bello, más poderoso yate, que se había construido, se preguntaba si a la chica de sus sueños, la encontraría pronto, si ella, la chica, de sus sueños, se parecería algo a la chica, de sus sueños adolescentes, de cuando él era adolescente, y fantaseaba a orillas del río Potomac, en la fabulosa, rica, poderosa finca de su padre, o si sería una muchacha pobre.

»Arthur Banning encendió su cara, hermosa, pipa, de brezo, y llamó a uno de sus subordinados, un simple segundo oficial, y, le pidió a este subordinado una cerilla.

Este ilustre varón, un famoso, reconocido, y, experto, personaje, en el mundo de los barcos, y en el mundo naval, un hombre de reputación internacional, en el mundo de los barcos, y, del lacre, no impugnó la orden, sino que le profirió la cerilla con una respetuosa reverencia de obsequiosidad, y, el joven Banning, atractivo, alto, le dio las gracias con educación, si bien es cierto que con una pizca de alicaimiento, y, a continuación, reanudó su quijotesco fantaseo sobre la afortunada muchacha que algún día sería su prometida y la mujer de sus fantasías más delirantes.

»¡En aquel momento, un momento de silencio, estalló un grito repentino, agudo, espantoso, procedente del espantoso laberinto del salobre mar, un grito que se fundió con el golpeteo de las frías olas contra la proa del orgulloso, caro, famoso, *Larchmont VIII*, un grito de angustia, un grito de mujer! ¡Un grito de mujer! Un suplicante grito de amargo sufrimiento e inmortalidad. ¡Un grito de socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! Con una rápida mirada a las aguas agitadas por la tormenta, el joven Arthur Banning, sufrió una intensa fotosíntesis disciplinaria, sus ojos, penetrantes, perfectos, atractivos, azules, traspasaron las aguas mientras se despojaba de su costosa frac, un frac de cien dólares, y dejó ver su juvenil esplendor, su cuerpo, joven, atractivo, atlético, curtido en los encuentros de rugby de Yale y, de fútbol, de Oxford, Inglaterra, y semejante a un dios griego su perfil se dibujó contra los rojos rayos del Astro Rey, al sumergirse en las aguas del azul Mediterráneo. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!, decía aquel angustioso grito de mujer indefensa, una pobre, mujer, medio desnuda, desnutrida, víctima de la miseria, vestida con ropa barata, prisionera del helado dogal de la cruda, trágica, muerte. ¿Moriría sin ayuda? Era un crisol y, sans cérémonie, y, de facto, el atractivo Arthur Banning se zambulló».

Lo escribí de un tirón. Las ideas me venían tan aprisa que no tenía tiempo de poner los palos de las tes ni los puntos de las íes. Era el momento de descansar un poco y de leerlo desde el principio. Eso hice.

¡Aaaah!

¡Un material estupendo! ¡Soberbio! En la vida había leído nada igual. Pasmoso. Me levanté, me escupí en las manos y me las froté.

¡Vamos! ¿Quién quiere pelear conmigo? Lucharé con todos los cretinos que hay en esta sala. Puedo darle una paliza al mundo entero. Era una sensación como ninguna otra en la tierra. Yo era un fantasma. Flotaba, me elevaba, reía y flotaba. Era demasiado. ¿Quién lo habría imaginado? Que yo fuera capaz de escribir así... ¡Dios mío! ¡Pasmoso!

Fui a la ventana. Se estaba levantando la niebla. Qué niebla tan hermosa. Fijaos en la hermosa niebla. Le lancé besos. La acaricié con las manos. Querida Niebla, eres una joven vestida de blanco y yo soy una cuchara en el alféizar de la ventana. Ha sido un día caluroso, y yo estoy caliente de arriba abajo, así que por favor bésame, querida niebla. Quería saltar, quería vivir, quería morir, quería, quería dormir totalmente despierto en un sueño sin sueños. Qué cosas tan maravillosas. Qué claridad tan maravillosa. Yo era un agonizante, era los muertos y los siemprevivos. Era y no era el

cielo. Había demasiado que decir y no había manera de decirlo.

Oh, fijaos en la estufa. ¡Quién lo hubiera dicho! Una estufa. Imaginaoslo. Hermosa estufa. Te amo, oh estufa. En lo sucesivo te seré fiel y derramaré mi amor sobre ti a todas horas. Pégame, oh estufa. Dame un puñetazo en el ojo. Qué hermoso es tu cabello, oh estufa. Quiero mearme en él, porque te amo con locura, cariño, estufa inmortal. Y mi mano. Ahí está. Mi mano. La mano que ha escrito. Oh Señor, una mano. Y qué mano. La mano que ha escrito. Yo, tú, mi mano y Keats. John Keats, Arturo Bandini y mi mano, la mano de John Keats Bandini. Maravilloso. Oh mano grano llano piano vano grano.

Sí, yo lo escribí.

Señoras y caballeros de la comisión, de la comisión tetuda, de la comisión peluda y concienzuda, lo escribí yo, señoras y caballeros, lo escribí yo. De verdad que sí. No lo negaré: una tímida propuesta, si se me permite decirlo, una nadería. Pero gracias por sus amables palabras. Sí, los quiero a todos. Sinceramente. Amo a todos y cada uno de ustedes, anís, parchís, París, ¡achís! Amo especialmente a las mujeres, a la fémina, la fe y la mina. Que se desvistan y se adelanten. De una en una, por favor. Tú, despampanante golfa rubia. A ti te tendré la primera. Aprisa, por favor, tengo el tiempo justo. Tengo mucho que hacer. Hay poco tiempo. Soy escritor, ya sabes, mis libros, ya sabes, la inmortalidad, ya sabes, la fama, ya sabes, ya conoces la Fama, ¿no? Fama, la conoces, ¿no? La fama y todo eso, bah, bah, un simple incidente en el tiempo del hombre. Yo me limito a sentarme en esa mesita de ahí. Con un lápiz, sí. Un regalo de Dios..., ni la menor duda al respecto. Sí, creo en Dios. Desde luego. Dios. Mi querido amigo Dios. Ah, gracias, gracias. ¿La mesita? Desde luego. ¿Para el museo? Desde luego. No, no. No es necesario cobrar entrada. Los niños: que pasen gratis, sin pagar. Quiero que todos los niños la toquen. Oh, gracias. Gracias. Sí, acepto el regalo. Gracias, gracias a todos. Ahora me voy a Europa y a las Repúblicas Soviéticas. La gente de Europa me espera. Gente maravillosa, esos europeos, maravillosa. Y los rusos, los quiero, mis amigos, los rusos. Adiós, adiós. Sí, os quiero a todos. Mi obra, ya sabéis. La totalidad: mi opus, mis libros, mis volúmenes. Adiós, adiós.

Me puse a escribir otra vez. El lápiz corría por la página. La página se llenó. Le di la vuelta. El lápiz siguió su trayecto. Otra página. De arriba abajo. Las páginas se amontonaron. Por la ventana entraba la niebla, tímida y fría. Pronto se llenó la habitación. Seguí escribiendo. Página once. Página doce.

Levanté la vista. Era de día. La niebla invadía la habitación. La estufa estaba apagada. Tenía las manos entumecidas. En el dedo en que se apoyaba el lápiz me había salido una ampolla. Me picaban los ojos. Me dolía la espalda. Apenas podía moverme a causa del frío. Pero nunca me había sentido mejor.

Aquel día no di pie con bola en la fábrica. Me pillé un dedo en el vertedor de latas. Pero gracias a Dios no tuvo consecuencias. La mano de escribir salió ilesa. Fue la otra mano, la mano izquierda; de todos modos, la izquierda no me sirve, así que te la puedes llevar si quieres. Al mediodía me quedé dormido en el muelle. Cuando desperté tenía miedo de abrir los ojos. ¿Estaba ciego? ¿Me había vuelto invidente nada más empezar la vida profesional? Pero abrí los ojos y, gracias a Dios, veía. La tarde avanzó como la lava. Alguien dejó caer una caja y me golpeó en la rodilla. No me importó. Cualquier parte del cuerpo, caballeros, pero respetad mis ojos y mi mano derecha.

Al terminar la jornada salí corriendo hacia mi casa. Tomé el autobús. Era la única moneda que tenía. En el autobús me quedé dormido. Me había equivocado de autobús. Tuve que recorrer andando ocho kilómetros. Una vez cenado, escribí. Una cena malísima: hamburguesa. No pasa nada, mamá. Ni se te ocurra molestarte por mí. Adoro las hamburguesas. Después de cenar escribí. Página veintitrés, página veinticuatro. Se fueron acumulando. A medianoche me quedé dormido en la cocina. Me caí de la silla y me di en la cabeza con una pata de la estufa. Bah, bah, vieja estufa, olvídale. Mi mano está bien y mis ojos también; lo demás no importa. Golpéame otra vez si quieres, en el estómago. Mi madre me quitó la ropa y me llevó a la cama.

La noche siguiente volví a escribir hasta el amanecer. Dormí cuatro horas. Aquel día llevé papel y lápiz al trabajo. Una abeja me picó en el cogote mientras iba en el autobús que pasaba por la fábrica. ¡Qué absurdo! Una abeja picando al genio. ¡Abeja idiota! Anda, sigue tu camino. Deberías avergonzarte. ¿Y si me hubieras picado en la mano izquierda? Es ridículo. Volví a quedarme dormido en el autobús. Cuando desperté, el autobús había llegado al final del trayecto, que estaba en el lado de San Pedro del puerto de Los Ángeles, a diez kilómetros de la fábrica. Volví en el transbordador. Luego tomé otro autobús. Eran las diez cuando llegué a la fábrica de conservas.

Bajito Naylor estaba hurgándose los dientes con una cerilla.

—¿Y bien?

—Mi madre está enferma. Se la han llevado al hospital.

—Pues qué pena —dijo, y no añadió nada más.

Aquella mañana me fui a hurtadillas a los lavabos. Allí escribí. Las moscas eran incontables. Zumbaban a mi alrededor, me correteaban por las manos y el papel. Muy inteligentes los insectos. Sin duda estaban leyendo lo que escribía. En cierto momento me quedé totalmente inmóvil, para que se desplazaran libremente por el cuaderno y examinaran a conciencia todas las palabras. Eran las moscas más encantadoras que había conocido en mi vida.

Al mediodía escribí en el bar. Estaba abarrotado de gente y olía a grasa y a caldo

fuerte. Apenas me di cuenta. Cuando sonó la sirena, vi mi plato en la mesa. Estaba intacto.

Por la tarde volví a esconderme en los lavabos. Escribí media hora. Entonces llegó Manuel. Oculté el cuaderno y el lápiz.

—El jefe busca a ti.

Fui a ver al jefe.

—¿Dónde estabas?

—Mi madre. Está peor. Estaba hablando por teléfono, con el hospital.

Se frotó la cara.

—Pues qué pena.

—Es muy serio.

Chascó la lengua.

—Lástima. ¿Saldrá de ésta?

—Lo dudo. Dicen que es sólo cuestión de tiempo.

—Rediós. Cuánto lo siento.

—Ha sido una madre sensacional. Perfecta. No sé qué voy a hacer si se me muere. Creo que me suicidaré. Es la única amiga que tengo en el mundo.

—¿Qué tiene?

—Trombosis pulmonar.

Silbó.

—¡Rediós! Es terrible.

—Pero eso no es todo.

—¿No es todo?

—También tiene arteriosclerosis.

—Dios nos asista.

Se me humedecieron los ojos y sorbí por la nariz. De repente me di cuenta de que era verdad aquello que había dicho, que mi madre era la única amiga que tenía en el mundo. Y sorbía por la nariz porque todo lo que había dicho estaba dentro de lo posible, porque yo sólo era un pobre chico que se rompía la espalda en aquella fábrica; y mi madre se moría y yo sólo era un pobre chico sin esperanza ni dinero que trabajaba como un animal mientras su madre expiraba, y sus últimos pensamientos eran para él, para el pobre chico que se mataba trabajando en la fábrica de conservas. La imagen era desgarradora. Me deshice en lágrimas.

—Ha sido una madre maravillosa —dije sollozando—. Ha sacrificado toda su vida en aras de mi triunfo. Tengo el alma inflamada.

—Es duro —dijo Bajito—. Creo que sé cómo te sientes.

Abatí la cabeza. Me alejé medio arrastrándome, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No dejaba de sorprenderme que una mentira tan descarada me hiciera sufrir tanto.

—No. Usted no lo entiende. ¡No puede entenderlo! Nadie entiende lo que siento.

Bajito corrió tras de mí.

—Escucha —dijo sonriendo—. Obra con sensatez y tómate el día libre. ¡Ve al hospital! ¡Quédate con tu madre! ¡Anímalala! ¡Quédate unos días..., una semana! No te preocupes por el trabajo. Te doy todo el tiempo que quieras. Sé cómo te sientes. Joder, yo también he tenido madre.

Apreté los dientes y negué con la cabeza.

—No. No puedo. No quiero. Mi deber está aquí, con el resto de los compañeros. No quiero que me haga favores. Mi madre también lo querría así. Aunque fuera entregando su último aliento, sé que estaría de acuerdo conmigo.

Me cogió por los hombros y me sacudió.

—¡No! —dije—. No quiero hacerlo.

—¡Escucha! ¿Quién es aquí el jefe? Harás lo que yo te diga. ¡Saldrás de aquí e irás al hospital, y te quedarás allí hasta que tu madre se ponga bien!

Al final busqué su mano.

—Dios mío, ¡es usted extraordinario! ¡Gracias! Oh, Señor, nunca olvidaré esto.

Me dio unas palmadas en el hombro.

—Olvídalo. Comprendo estas cosas. Yo también he tenido madre.

Sacó una foto de la cartera.

—Mira —dijo sonriendo.

Cogí la fotografía descolorida y me la acerqué a los ojos empañados. Era una mujer robusta y cuadrada, con un vestido de novia que le colgaba como un juego de sábanas caído del cielo y se le amontonaba en los pies. Detrás de la señora había un paisaje artificial, árboles y arbustos, manzanos en flor y rosas abiertas, y unos agujeros en el lienzo pintado para ver por ellos.

—Mi madre —dijo—. La foto tiene cincuenta años.

Era la mujer más fea que había visto en mi vida. Su mandíbula era tan cuadrada como la de un policía. Las flores que empuñaba, como si fueran una mano de mortero, estaban mustias. Llevaba el velo torcido, como si colgara de una barra de cortina rota. Estiraba hacia arriba las comisuras de la boca, dibujando una sonrisa insólitamente falsa. Parecía como si despreciara profundamente haberse puesto de punta en blanco para casarse con un Naylor de mierda.

—Qué hermosa es..., demasiado hermosa para expresarlo con palabras.

—También era una maravilla.

—Lo parece. Hay algo tierno en ella..., como una colina al atardecer, como una nube a lo lejos, algo dulce y espiritual; mis metáforas no son adecuadas, pero usted me comprende.

—Sí. Murió de una pulmonía.

—Dios mío —dije—. ¡Lo que son las cosas! ¡Una mujer maravillosa como ella! ¡Las limitaciones de la llamada ciencia! Y todo empezaría también por un sencillito resfriado, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que pasó, sí.

—¡Nosotros los modernos! ¡Qué necios somos! Olvidamos la belleza ultraterrena

de las cosas antiguas, las preciosas cosas..., como esa foto. Dios mío, es una mujer maravillosa.

—Sí. Señor, Señor.

Aquella tarde escribí en un merendero del parque. El sol desapareció y la oscuridad avanzó por el este. Escribí a media luz. Cuando el viento húmedo se levantó del mar, lo dejé y me fui a casa. Mona y mi madre no sabían nada; pensaron que llegaba del trabajo.

Después de la cena empecé de nuevo. Por lo visto no iba a ser un cuento. Tenía treinta y tres mil quinientas sesenta palabras, sin contar los artículos indeterminados. Una novela, una novela completa. Tenía doscientos veinticuatro párrafos y tres mil quinientas ochenta frases. Había una frase de cuatrocientas treinta y ocho palabras, la frase más larga que había visto en mi vida. Estaba orgulloso de ella y sabía que dejaría estupefactos a los críticos. No todo el mundo podía alargarse tanto.

Y seguí escribiendo, siempre que podía, un par de renglones por la mañana, jornada completa en el parque durante tres días, y páginas por la noche. Los días y las noches desfilaban bajo el lápiz como niños que corretean. Llené tres cuadernos, y luego otro. Una semana más tarde había terminado. Cinco cuadernos. 69 009 palabras.

Era la historia de los apasionados romances de Arthur Banning. Iba con el yate de país en país buscando a la mujer de sus sueños. Tenía aventuras con mujeres de todas las razas y países del mundo. Consulté la enciclopedia para comprobar los países y vi que no me había dejado ninguno. Había sesenta, y un romance apasionado en cada uno.

Pero Arthur Banning no encontraba a la mujer de sus sueños.

A las tres y media del viernes 7 de agosto terminé la historia. La última palabra de la última página era exactamente la que había deseado.

«Muerte».

Mi protagonista se volaba la cabeza de un tiro.

Se ponía la pistola en la sien y hablaba.

—No he podido encontrar a la mujer de mis sueños —decía—. Estoy preparado para la Muerte. Ah, dulce misterio de la Muerte.

No puse que apretaba el gatillo. Bastaba con insinuarlo y esto demostraba mi habilidad para usar la economía en un desenlace apoteósico.

Y así terminaba.

Cuando llegué a casa la tarde siguiente vi a Mona leyendo el manuscrito. Los cuadernos estaban amontonados en la mesa y estaba leyendo las últimas palabras de la última página, con su extraordinario desenlace. Parecía entusiasmada con la lectura. Me quité la cazadora y me froté las manos.

—¡Ja! —dije—. Veo que estás absorta. ¿Verdad que no te deja respirar?

Levantó los ojos y puso cara de asco.

—Es idiota —dijo—. Idiota con ganas. Y es cierto que no me deja respirar, porque apesta.

—Ah —dije—. ¡Ésas tenemos! —Entré en la sala—. Pero ¿quién te has creído que eres?

—Es idiota. Me daba risa y me lo he saltado casi todo. Ni siquiera he llegado a leer tres cuadernos.

Agité el puño ante su nariz.

—¿Y si te machacase la cara y te la convirtiera en una pasta chorreante y sanguinolenta?

—Es muy pedante. Todo lleno de palabras difíciles.

Le quité los cuadernos.

—¡Ignara católica! ¡Sucia inquisidora! ¡Nauseabunda, vomitiva, virgen palurda!

Le rocié de baba la cara y el pelo. Se pasó el pañuelo por el cuello y me quitó de delante. Sonrió.

—¿Por qué el protagonista espera a la última página para suicidarse y no se mata en la primera? La historia quedaría mucho mejor.

La atenacé por el cuello.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, meretriz papista. Te lo advierto...: mucho, muchísimo cuidado.

Se soltó y me arañó el brazo.

—Es el peor libro que he leído en mi vida.

Volví a atenazarla. Se levantó de un salto y forcejeó salvajemente, arañándose la cara con las uñas. Retrocedí gritando.

—Mojigata, pedazo nauseabundo, monjil, putiférico y vomitivo de monja de ralea católica y hortera de monos abyectos y subnormales.

En la mesa había un jarrón. Lo miró de reojo, se acercó a la mesa y lo cogió. Jugó con él, acariciándolo, sonriendo, comprobando su peso, sonriéndome amenazadoramente. Lo levantó como si fuera a arrojármelo a la cabeza.

—¡Ja! —dije—. ¡Muy bien! ¡Arrójame!

Me abrí la camisa de un tirón, los botones volaron por todas partes y le enseñé el pecho desnudo. Me puse de rodillas ante ella, sacando el pecho. Me lo golpeé, martilleando con ambos puños, hasta que se me puso rojo y me dolió.

—¡Pega! —grité—. ¡Quiero experimentarlo! Resucita la Inquisición. ¡Mátame!

Comete fratricidio. ¡Que este suelo enrojezca con la sangre rica y pura de un genio que tuvo valor!

—Eres idiota. No sabes escribir. No sabes escribir nada de nada.

—¡Guarra! ¡La Meretriz Papista que te parió, monjiguarra!

Sonrió con resentimiento.

—Llámame todo lo que quieras. Pero no me pongas las manos encima.

—Deja el jarrón.

Meditó un momento, se encogió de hombros y lo dejó. Me puse en pie. Dejamos de mirarnos. Fue como si no hubiera pasado nada. Se agachó sobre la alfombra y recogió los botones de mi camisa. Estuve un rato sin hacer nada salvo quedarme allí, pensando en lo que Mona había dicho sobre el libro. Entró en el dormitorio. Oí el susurro del peine deslizándose por su cabello.

—¿Qué le pasa a la historia? —pregunté.

—Es idiota. No me ha gustado.

—¿Por qué?

—Porque es idiota.

—¡Maldita sea! ¡Analízala! ¡No digas que es idiota! ¡Analízala! ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué es idiota?

Se acercó a la puerta.

—Porque es idiota. Es lo único que puedo decir.

La inmovilicé contra la pared. Estaba furioso. Le inmovilicé los brazos contra los costados, la sujeté firmemente con las piernas y la miré a la cara. Estaba muda de cólera. Le castañeteaban los dientes, palideció y le aparecieron manchas rojizas en la cara. Pero ahora que la tenía sujeta me daba miedo soltarla. No había olvidado el cuchillo de carnicero.

—¡Es el libro más disparatado que he leído en mi vida! —gritó—. ¡El más horroroso, el más bajo, disparatado y ridículo del mundo! Es tan malo que ni siquiera he podido leerlo.

Resolví adoptar una actitud indiferente. La solté y chasqué los dedos bajo su nariz.

—¡Bah! A freír espárragos. Tu opinión me deja completamente tibio.

Me puse en el centro de la habitación. Desde allí me dirigí a las paredes en general.

—No pueden inmutarnos. ¡No..., no pueden! Hemos puesto a la Iglesia en fuga. Dante, Copérnico, Galileo... y ahora yo, Arturo Bandini, hijo de un humilde carpintero. Seguimos adelante. Estamos por encima de ellos. Trascendemos incluso su ridículo paraíso.

Mona se frotó los brazos doloridos. Me acerqué a ella y levanté la mano hacia el techo.

—Pueden ahorcarnos, y quemarnos, pero seguimos adelante, nosotros, los que decimos sí; los desterrados; los eternos; los que decimos sí hasta el fin de los tiempos.

Mona me tiró el jarrón antes de que pudiera agacharme. Su puntería fue perfecta a una distancia tan corta. El jarrón me alcanzó en el momento en que volvía la cabeza. Me dio detrás de la oreja y se hizo añicos. Durante un momento creí que me había roto el cráneo. Pero era un jarrón pequeño, fino. Me palpé buscando en vano la sangre. Se había roto sin hacerme un arañazo. Los añicos se desparramaron por la habitación. Ni rastro de sangre, y ni siquiera me había despeinado.

¡Un milagro!

Sosegado e ileso, me volví. Hablé con el dedo señalando el techo, como un apóstol.

—Incluso Dios Todopoderoso está de nuestra parte. Pues en verdad os digo que aunque os rompieren un jarrón en la cabeza, no padeceréis lesión ni descalabrada.

Mona estaba contenta y yo indemne. Se fue riendo al dormitorio. Se tendió en la cama y la oí reír sin parar. Me acerqué a la puerta y la vi retorcer una almohada con placer.

—Ríe —dije—. Adelante. Pues en verdad te digo que reirá mejor quien ría el último, y no obstante digo sí, sí una y otra vez, así habló Zaratustra.

Mi madre llegó a casa cargada de paquetes. Me levanté del sofá y la seguí hasta la cocina. Dejó los paquetes y se volvió hacia mí. Estaba sin aliento, con la cara enrojecida por el esfuerzo, ya que las escaleras siempre podían con ella.

—¿Has leído la novela?

—Sí —dijo jadeando—. Claro que la he leído.

La cogí por los hombros, apretando con fuerza.

—Es una gran historia..., ¿verdad? ¡Responde!

Juntó las manos, se meció y cerró los ojos.

—¡Pues claro que sí!

No la creí.

—No me mientas, por favor. Sabes muy bien que detesto toda forma de fingimiento. No soy un pretencioso. Siempre quiero la verdad.

Mona se levantó, vino a la cocina y se quedó en la puerta. Se inclinó con las manos en la espalda y sonrió como Mona Lisa.

—Díselo a Mona —dije.

Mi madre se volvió a Mona.

—La he leído..., ¿verdad, Mona?

Mona no se inmutó.

—¿Lo ves? —dijo mi madre con aire triunfal—. Mona sabe que la he leído, ¿verdad, Mona?

Se volvió de nuevo hacia Mona.

—Y le dije que me gustaba, ¿verdad, Mona?

Mona siguió impertérrita.

—¿Lo ves? Mona sabe que me gustó..., ¿verdad, Mona?

Empecé a golpearme el pecho.

—¡Buen Dios! —grité—. ¡Dirígete a mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡No a Mona! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!

Mi madre alzó las manos con desesperación. Por lo que fuese, estaba tensa y parecía dudar de sí misma.

—¡Pero si acabo de decirte que me parece excelente!

—No me mientas. No se admiten triquiñuelas.

Suspiró y volvió a decirlo con resolución.

—Es excelente. Por tercera vez te digo que es excelente. Excelente.

—Deja de mentir.

Bajó la mirada, la elevó al techo. Quería gritar, llorar. Se apretó las sienes y se esforzó por encontrar otra manera de decirlo.

—Pero ¿qué quieres que diga?

—Si no te importa, quiero la verdad. Sólo la verdad.

—Muy bien. La verdad es que es excelente.

—Deja de mentir. Lo menos que puedo esperar de la mujer que me dio la vida es cierta semblanza de verdad.

Me apretó la mano y acercó la cara a la mía.

—Arturo —suplicó—. Te juro que me gusta. Te lo juro.

Lo decía en serio.

Bueno, por fin habíamos llegado a algo. He allí una mujer que me entendía. Delante de mí, aquella mujer, mi madre. Me entendía. Sangre de mi sangre, carne de mi carne, era capaz de apreciar mi prosa. Podía plantarse ante el mundo y declararla excelente. He allí una mujer para la eternidad, una mujer que era una esteta a pesar de sus aires vulgares, una crítica intuitiva. Algo se ablandó en mi interior.

—Mamá —susurré—. Mamá querida. Querida, dulce y amada madre. Cuánto te quiero. La vida es muy injusta contigo, querida y amada madre.

La besé y percibí la textura salada de su cuello. Parecía muy cansada, fatigada por el trabajo. ¿Qué justicia había en este mundo para que una mujer como ella sufriese sin quejarse? ¿Había un Dios en el cielo para juzgarla y ponerla entre los elegidos? ¡Pues debería haberlo! ¡Debería haberlo!

—Querida mamá. Te voy a dedicar el libro. A ti..., a mi madre. A mi madre, con gratitud y reconocimiento. A mi madre, sin la cual esta gran obra no habría sido posible. A mi madre, con la gratitud y el reconocimiento de un hijo que no la olvidará.

Mona se volvió dando un alarido y regresó al dormitorio.

—¡Ríe! —grité—. ¡Ríe! ¡Zopenca! Querida mamá. Mamá querida. ¡Ríe! ¡Subnormal profunda! ¡Ríe! Querida madrecita. Para ti, mi madre: un beso.

Y la besé.

—El protagonista me recuerda a ti —dijo sonriendo.

—Querida mamá.

Tosió, titubeó. Algo la preocupaba. Quería decirme alguna cosa.

—Lo que pasa es que..., ¿por qué el protagonista se acuesta con la negra? ¿Con la surafricana?

Me reí y la abracé. Era delicioso. La besé y le acaricié la mejilla. Ja, ja, era como una criatura, como una criaturita pequeña.

—Mamaíta querida. Ya veo que el escrito te ha calado hondo. Ha conmovido hasta los cimientos de tu alma pura, querida mamaíta mía. Ja, ja.

—Y tampoco me gusta lo de la muchacha china.

—Querida mamá. Mi mamá pequeña.

—Y tampoco me gusta lo de la esquimal. Me pareció horrible. Me dio asco.

Agité el dedo ante ella.

—Vamos, vamos. Eliminemos el puritanismo. Olvidemos la mojigatería. Seamos lógicos y filosóficos.

Se mordisqueó el labio y frunció el entrecejo. En el interior de aquella cabeza suya le mordisqueaba otra cosa. Meditó un momento y me miró a los ojos. Sabía lo

que le pasaba: tenía miedo de mencionarlo, fuera lo que fuese.

—Bueno —dije—. Habla. Suéltalo. ¿Qué más?

—Cuando se acuesta con las chicas del coro. Tampoco me gusta. ¡Veinte coristas! Me pareció terrible. No me gustó ni pizca.

—¿Por qué?

—Creo que no debería acostarse con tantas mujeres.

—Ah, crees que no, ¿eh? ¿Y por qué no?

—Pues porque no... y basta.

—¿Por qué no? No te andes con rodeos. Da tu opinión, si es que tienes alguna. Y si no, cállate. ¡Mujeres!

—Debería conocer a una chica católica, buena y limpia, sentar cabeza y casarse con ella.

¡Conque era aquello! Al fin salía a relucir la verdad. La cogí por los hombros y le di la vuelta hasta que mi cara estuvo cerca de la suya, mis ojos al mismo nivel que los suyos.

—Mírame —dije—. Dices que eres mi madre. ¡Pues mírame! ¿Acaso parezco una persona que venda su alma por unas monedas? ¿Crees que me importa la opinión pública? ¡Responde!

Retrocedió.

Me aporreé el pecho.

—¡Respóndeme! No te quedes ahí como una mujer, como una idiota, como una buscamiernada católicoburguesa e inquisitorial. ¡Exijo una respuesta!

De pronto me plantó cara.

—El protagonista es un guarro. Comete adulterio en casi todas las páginas. ¡Mujeres, mujeres, mujeres! Es impuro desde el principio. Me revuelve el estómago.

—¡Ja! —dije—. ¡Por fin ha salido! ¡Por fin sale a la superficie la dolorosa verdad! ¡El papismo vuelve! ¡Otra vez la mentalidad católica! ¡El Papa de Roma agita la bandera de la indecencia!

Al pasar a la sala dije unas palabras a la puerta.

—Lo tienes ahí todo. El misterio del universo. La transvaloración de valores ya transvalorados. El clero. La ignorancia de la plebe. El papismo. ¡La Meretriz de Roma con todo su horror espectacular! El vaticanismo. ¡Sí, verdaderamente os digo que quien no aprenda a decir sí, se condenará! ¡Así habló Zaratustra!

Después de cenar llevé el manuscrito a la cocina. Desparramé los cuadernos sobre la mesa y encendí un cigarrillo.

—Vamos a ver si es idiota o no.

Al ponerme a leer oí cantar a Mona.

—¡Silencio!

Me acomodé y leí las diez primeras líneas. Al llegar a la décima, dejé caer el cuaderno como si fuera una serpiente muerta y me levanté. Me puse a pasear por la cocina. ¡Imposible! ¡No podía ser verdad!

—Aquí pasa algo. Hace demasiado calor. No me sienta bien. Necesito espacio, aire en abundancia.

Abrí la ventana y miré afuera un momento. Detrás de mí estaba el cuaderno. Bueno..., vuelve y léelo, Bandini. No te quedes en la ventana. El libro no está aquí; está detrás, detrás de ti, en la mesa. Vuelve y léelo.

Cerré la boca con fuerza, me senté y leí otras cinco líneas. La sangre me subió a la cara. El corazón me martilleaba como un batán.

—Sí que es extraño; a decir verdad, muy extraño.

Volví a oír a Mona. Estaba cantando. Un himno. Señor, un himno en una época como aquella. Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—Deja de cantar eso o te enseñaré algo realmente idiota.

—Yo canto cuando quiero.

—Nada de himnos. Prohíbo los himnos.

—Y canto himnos también.

—Canta un himno y eres mujer muerta. Elige.

—¿Quién ha muerto? —dijo mi madre.

—Nadie —dije—. Todavía.

Volví al libro. Otras diez líneas. Me incorporé de un salto y me mordí las uñas. Se me desprendió un padrastró del pulgar. Sentí un ramalazo de dolor. Cerré los ojos, así el padrastró con los dientes y lo arranqué. Bajo la uña apareció una pequeña mancha de sangre roja.

—¡Sangra! ¡Muere desangrado!

La ropa se me pegaba al cuerpo. Detestaba aquella cocina. Miré por la ventana el tráfico que bajaba por Avalon Boulevard. Nunca había oído tanto ruido. Nunca había sentido tanto dolor como el que sentía en el dedo. Dolor y ruido. Todas las bocinas del mundo se habían congregado en aquella calle. El estruendo me estaba volviendo loco. No podía vivir en un sitio como aquél y escribir. Del piso de abajo llegó el gorgoteante murmullo de una bañera llenándose. ¿Quién se estaba dando un baño a aquellas horas? ¿Qué ser sin entrañas? A lo mejor estaban estropeadas las cañerías. Recorrí la casa, entré en el cuarto de baño y abrí el grifo. Funcionaba bien..., pero haciendo ruido, tanto ruido que me pregunté por qué no me había dado cuenta antes.

—¿Qué sucede? —dijo mi madre.

—Hay demasiado ruido aquí. No puedo crear con este barullo. Te aseguro que me estoy hartando de esta casa de locos.

—Pues yo creo que esta noche está todo muy tranquilo.

—No me llesves la contraria, mujer.

Volví a la cocina. Era imposible escribir en aquel lugar. No me extrañaba. No me extrañaba. ¿Qué no me extrañaba? Bueno, no me extrañaba que no se pudiera escribir en aquel lugar. ¿No me extrañaba? ¿De qué estás hablando? ¿Qué era lo que no me extrañaba? La cocina era un estorbo. El barrio era un estorbo. La ciudad era un estorbo. Me chupé la herida del dedo. El dolor me hacía ver las estrellas. Oí a mi madre hablando con Mona.

—¿Qué le pasa ahora?

—Es un cretino —dijo Mona.

Entré en la sala como una exhalación.

—¡Te he oído! —grité—. ¡Y te aconsejo que te calles! Ya te enseñaré yo quién es aquí el idiota.

—Yo no dije que tú fueras idiota —dijo Mona—. Dije que tu novela era idiota. No que el idiota fueras tú —sonrió—. De ti sólo he dicho que eres un cretino. La idiota es la novela.

—¡Ten cuidado! Como hay Dios que estás advertida.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? —dijo mi madre.

—Ella lo sabe —dije—. Pregúntaselo.

Me armé de valor para la dura prueba que me esperaba, apreté los dientes y volví al libro. Me puse el cuaderno delante de la cara y cerré los ojos. Tenía miedo de leer. No se podía escribir en aquel manicomio. No podía brotar ningún arte de tanto caos y tanta necedad. La bella prosa necesitaba silencio, un ambiente apacible. Quizás incluso música suave. ¡No me extrañaba! ¡No me extrañaba!

Abrí los ojos y me esforcé por leer. No resultaba. No podía leer. Lo intenté en voz alta. No resultaba. El libro no resultaba. Era algo verboso; contenía demasiadas palabras. Era un poco pesado. Tenía fallos. Era muy malo. Era peor que eso. Era una guarrería. Era apestoso. Era el peor de los peores que había visto en mi vida. Era ridículo; era cómico; era idiota; oh, es idiota, idiota, idiota, idiota, idiota. Avergüénzate, oh, idiota, de haber escrito una idiotez así. Mona tiene razón. Es idiota.

Es por culpa de las mujeres. Me han emponzoñado el espíritu. Siento su llegada..., la locura en estado puro. Los escritos de un maníaco. Demencia. ¡Ja! ¡Mira! ¡Está loco! ¡Fíjate en él! ¡Desciende de una familia de tarados! ¡Locura furiosa en estado puro! Se puso así por darse atracones con mujeres en privado, señor. Lo siento muchísimo por él. Un caso patético, señor. Antes era un muchacho bueno y católico. Iba a la iglesia y todas esas cosas. Era muy devoto, señor. Un chico modelo. Educado por las monjas, un buen chaval, eso era. Ahora es un caso patético, señor. Dan ganas de llorar. Cambió de repente. Sí. A ese sujeto le pasó algo. Empezó a ir por

mal camino cuando murió su padre, y mire lo que ha pasado.

Tenía ideas. Tenía todas aquellas mujeres de mentira. Siempre hubo algo ligeramente anormal en el individuo, pero hicieron falta aquellas mujeres para que se le manifestase. Yo solía verlo por aquí, paseando solo. Vivía con su madre y con su hermana en esa casa de fachada enlucida que hay enfrente de la escuela. Solía ir por Jim's Place. Pregúntele a Jim. Jim lo conocía bien. Trabajaba en la fábrica de conservas. Tuvo muchos trabajos por ahí. Aunque no pudo conservar ninguno..., demasiado irregular. Un tornillo suelto, un zumbado. Zumbado, se lo digo yo, totalmente zumbado. Sí..., demasiadas mujeres, de las malas. Debería haber oído su cháchara. Como un lunático. El mentirosísimo más contumaz del condado de Los Ángeles. Tenía alucinaciones. Delirios de grandeza. Una amenaza para la sociedad. Seguía a las mujeres por las calles. Se enfurecía con las moscas y se las comía. Fueron las mujeres. También mató muchos cangrejos. Los mató todos en una tarde. Un auténtico anormal. El más anormal del condado de Los Ángeles. Me alegro de que lo hayan encerrado. ¿Dice que lo encontraron vagando por los muelles, totalmente ido? Bueno, así es él. Seguro que andaba buscando más cangrejos para matarlos. Le digo que es peligroso. Su sitio está tras los barrotes. Hay que vigilarlo muy de cerca. Tenerlo allí el resto de su vida. Me siento más seguro con el lunático en la loquería a la que pertenece. Aunque es un caso triste. Lo siento más por su madre y por su hermana. Rezan por él todas las noches. ¿Se lo imagina? ¡Sí! Puede que también ellas estén chifladas.

Me tiré en la mesa y lloré. Quería rezar otra vez. Lo quería más que nada en el mundo.

¡Ja! ¡El loco quiere rezar!

¡Un loco que reza! Quizás sea su pasado religioso. A lo mejor era muy piadoso de pequeño. Qué curioso es este tipo. Muy curioso. Me mordí los nudillos. Clavé las uñas en la mesa. Mis dientes encontraron la raíz del padastro del pulgar. La mastiqué. Los cuadernos estaban desparramados ante mí, en la mesa. ¡Vaya escritor! ¡Un libro sobre las industrias pesqueras californianas! ¡Un libro sobre el vómito californiano!

Risas.

Las oí en la habitación contigua, a mi madre y a Mona. Hablaban de dinero. Mi madre se quejaba con amargura. Decía que nunca saldríamos adelante con lo que yo ganaba en la fábrica. Decía que tendríamos que irnos a vivir a la casa del tío Frank. Él nos cuidaría bien. Yo conocía la causa de aquellos comentarios. Las palabras del tío Frank. Había vuelto a hablar con mi madre. Lo sabía. Y sabía que ella no estaba repitiendo todo lo que él había dicho: que yo era un inútil del que no se podía depender, que de mí sólo cabía esperar lo peor. Y mi madre era la única que hablaba, sin obtener respuesta por parte de Mona. ¿Por qué Mona no le respondía? ¿Por qué tenía que ser tan maleducada? ¿Tan insensible?

Me incorporé y entré en la sala.

—¡Responde a tu madre cuando te habla!

En cuanto Mona me vio fue presa del pánico. Era la primera vez en mi vida que veía aquella expresión de miedo en sus ojos. Me puse en acción. Era lo que yo siempre había querido. Me dirigí hacia ella.

—¡Ten cuidado! —dijo.

Contuvo la respiración, pegada al respaldo de la silla.

—¡Arturo! —dijo mi madre.

Mona entró en el dormitorio y cerró de un portazo. Se apoyó en la puerta por el otro lado. Gritó a mi madre que me alejara de allí. Abrí la puerta de una embestida. Mona retrocedió hasta la cama y cayó de espaldas en ella. Jadeaba.

—¡Ten cuidado!

—¡So monja!

—¡Arturo! —dijo mi madre.

—¡Monja! Conque es idiota, ¿eh? Conque te da risa, ¿eh? Conque es el peor libro que has leído en tu vida, ¿eh?

Levanté el puño y lo descargué. Le di en la boca. Se llevó la mano a los labios y se desplomó sobre las almohadas. Mi madre llegó gritando. Había sangre entre los dedos de Mona.

—Conque te has reído de ella, ¿eh? ¡Te has burlado! Del trabajo de un genio. ¡Tú! ¡De Arturo Bandini! Ahora Bandini devuelve el golpe. ¡Castiga en nombre de la libertad!

Mi madre la protegió con el cuerpo y los brazos. Quise apartarla. Me arañó como una gata.

—¡Fuera de aquí! —dijo.

Recogí la cazadora y me fui a la calle. Allí quedó mi madre balbuciendo. Mona gemía. Tenía la sensación de que no volvería a verlas nunca. Estaba contento.

Una vez en la calle no supe adónde ir. El municipio tenía dos direcciones fundamentales: el este y el oeste. Al este estaba Los Ángeles. Al oeste, a un kilómetro, estaba el mar. Anduve hacia el mar. Estábamos en verano, pero la noche era muy fría. La niebla había empezado a levantarse. El viento la empujaba de aquí para allá en deshilachados mechones blancos. Oí las bocinas del canal, mugiendo como un cargamento de bueyes. Encendí un cigarrillo. Tenía sangre en los dedos..., sangre de Mona. Me la limpié en la pernera del pantalón. No se iba. Levanté la mano para que la niebla la humedeciese con un beso frío. Me volví a limpiar. Pero no se iba. Entonces me froté los nudillos en el polvo del borde de la acera hasta que la sangre desapareció, pero frotando me desgarré la piel y salió más sangre.

—Bien. Sangra... ¡Sangra!

Crucé el patio de la escuela y fui por Avalon a buen paso. ¿Adónde vas, Arturo? El cigarrillo era abominable, como un puñado de pelo. Lo escupí al suelo y lo pisé a conciencia con el tacón. Lo miré por encima del hombro. Me quedé de piedra. Todavía estaba encendido, una hebra de humo culebreaba en la niebla. Recorrí una manzana pensando en aquel cigarrillo. Seguía con vida. Me dolió que siguiera encendido. ¿Por qué tenía que seguir encendido? ¿Por qué no se había apagado? Un mal augurio, tal vez. ¿Por qué tenía que impedirle a aquel cigarrillo la entrada en el mundo de los espíritus del tabaco? ¿Por qué dejarlo encendido y sufriendo tristemente? ¿A esto había llegado? ¿Era yo un monstruo tan terrible que negaba a un cigarrillo su derecho a fenecer?

Corrí hacia el cigarrillo.

Allí estaba.

Lo pisé hasta convertirlo en una lámina marrón.

—Adiós, querido cigarrillo. Volveremos a estar juntos en el Paraíso.

Seguí andando. La niebla me lamía con sus múltiples lenguas heladas. Me abroché la cazadora hasta arriba, todos los botones menos el último.

¿Por qué no abrochaba también el último botón?

Aquello me irritó. ¿Debía abrochármelo o dejarlo desabrochado, el hazmerreír del mundo botonero, el botón inútil?

Lo dejaré sin abrochar.

No, lo abrocharé.

Sí, lo llevaré desabrochado.

No hice ninguna de las dos cosas, dado que tomé una decisión magistral. Arranqué el botón y lo tiré al suelo.

—Lo siento, botón. Hemos sido amigos durante mucho tiempo. A menudo te he acariciado con los dedos y tú me has dado calor en las noches frías. Perdóname por lo que he hecho. Volveremos a estar juntos en el Paraíso.

Me detuve ante el banco y miré las marcas de cerillas de la pared. El limbo de las

rascaduras de cerilla, su lugar de castigo por no tener alma. Sólo una rascadura tenía alma, sólo una, la hecha por la mujer del abrigo morado. ¿Me acercaba a saludarla? ¿O seguía andando?

Me acercaré.

No, seguiré.

Sí, me acercaré.

No, no quiero.

Sí y no.

Sí y no.

Me acerqué.

Encontré la señal que había dejado ella, la mujer del abrigo morado. ¡Qué hermosa era! ¡Qué arte había en aquella rascadura! ¡Qué expresividad! Encendí una cerilla, una rascadura larga y firme. Apreté la ardiente punta de azufre contra la rascadura femenina. Se prendió a la pared, en ángulo con ésta.

—Te estoy seduciendo. Te amo y te entrego públicamente mi amor. ¡Qué afortunada eres!

Siguió prendida a la artística raspadura. Cayó cuando el azufre empezó a enfriarse. Seguí andando, a poderosas zancadas militares, un conquistador que había violado el alma excepcional de una raspadura de cerilla.

Pero ¿por qué la cerilla se había enfriado y caído? La incógnita me intranquilizaba. Me entró el pánico. ¿Por qué había sucedido? ¿Qué había hecho yo para merecer aquello? Yo era Bandini, el escritor. ¿Por qué me había fallado la cerilla?

Volví hecho una furia. Encontré la cerilla en el lugar en que había caído, fría, apagada, y en la acera, para que la viera todo el mundo. La recogí.

—¿Por qué has caído? ¿Por qué me has abandonado en esta hora de triunfo? Soy Arturo Bandini, el tremendo escritor. ¿Qué me has hecho?

No respondió.

—¡Habla! Exijo una explicación.

No respondió.

—Muy bien. No tengo elección. He de destruirte.

La partí en dos y la tiré al arroyo. Cayó al lado de otra cerilla, una que no estaba rota, una cerilla muy atractiva con un toque de fósforo azul alrededor del cuello, una cerilla muy mundana y sofisticada. Y allí estaba la mía, humillada, con la columna rota.

—Me pones en evidencia. Ahora sí que sufrirás de lo lindo. Te dejo para que seas pasto de las burlas del reino cerillero. Ahora todas las cerillas te verán y harán comentarios despectivos. Así sea. Ha hablado Bandini. Bandini, el poderoso señor de la pluma.

Pero al cabo de media manzana me pareció muy injusto. ¡La pobre cerilla! ¡La desdichada compañera! Qué innecesario era todo aquello. Ella había cumplido de la

mejor manera posible. Sabía lo mal que se sentiría. Volví y la recogí. Me la metí en la boca y la mastiqué hasta que quedó hecha una pasta.

Las demás cerillas ya no la reconocerían. La escupí en mi mano. Allí estaba, deshecha y machacada, en estado de descomposición. ¡Estupendo! ¡Maravilloso! Un milagro de la decadencia. ¡Bandini, te felicito! Acabas de hacer un milagro. Has acelerado las leyes eternas y apresurado el retorno al origen. ¡Bien hecho, Bandini! Estupendo trabajo. Potente. Un auténtico dios, un superhombre tremendo; señor de la vida y de las letras.

Dejé atrás los billares Acme y me acerqué a la casa de artículos de segunda mano. Aquella noche estaba abierta. El escaparate era el mismo que el de la noche de hacía tres semanas, la noche que ella, la mujer del abrigo morado, se había fijado en él. Y allí estaba el rótulo: Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio.

Todo igual que aquella lejanísima noche, la noche que había derrotado a Gooch en los ochocientos metros lisos y dado a América la gloriosa victoria. ¿Y dónde estaba ahora Gooch, Sylvester Gooch, el pujante holandés? ¡El bueno de Gooch! Tardaría en olvidar a Bandini. Y era un gran corredor, casi tanto como Bandini. ¡Qué de anécdotas podría contar a sus nietos! Cuando volvamos a encontrarnos en otro lugar hablaremos de los viejos tiempos, Gooch y yo. Pero ¿dónde estaría ahora aquella centella holandesa? Sin duda en Holanda, entreteniéndose con sus molinos de viento, sus tulipanes y sus zuecos, aquel pujante atleta, casi igual a Bandini, esperando la muerte entre dulces recuerdos, esperando a Bandini.

¿Y dónde estaría ella, la mujer que había sido mía aquella noche esplendorosa? Oh, niebla, llévame hasta ella. Tengo mucho que olvidar. Hazme semejante a ti, agua flotante, difusa como el alma, y condúceme a los brazos de la mujer de blanca faz. Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio. Aquellas palabras habían penetrado en sus ojos, en sus nervios, en su cerebro, en lo profundo de las tinieblas del cerebro que tenía tras la blanca faz. Habían dejado allí una incisión, una rascadura de recuerdo, una imagen entrevista que iría con ella hasta la tumba, una huella. ¡Maravilloso, maravilloso, Bandini, con qué profundidad ves! Qué misteriosa es tu aproximación a la piedad. Palabras así, palabras preciosas, la belleza del lenguaje, en el interior del templo de su espíritu.

Te estoy viendo, mujer de aquella noche; te veo en la santidad de algún mugriento albergue del puerto, con la niebla fuera, y tú tendida con las piernas abiertas y el frío de los besos mortales de la niebla, y con olor a sangre en el cabello, un olor dulce como la sangre, tus medias descosidas y rotas colgando en una silla desvencijada bajo la fría luz amarilla de una bombilla solitaria y sucia, en el aire flota olor a polvo y a piel húmeda, tus destrozados zapatos azules yacen tristemente a los pies de la cama, surcan tu cara las arrugas de la fatigosa infelicidad de un desfloramiento chabacano y la embrutecedora pobreza, tus labios de golfa y no obstante suaves, hermosos y melancólicos me gritan que vaya, vaya, vaya a ese desdichado cuartucho para cebarme en el putrefacto éxtasis de tu forma, para darte una belleza tortuosa a cambio

del infortunio y una belleza tortuosa a cambio de la ordinariez, mi belleza a cambio de la tuya, la luz ennegreciéndose mientras gritamos nuestro triste amor y adiós al enrevesado parpadeo de un amanecer gris que se negaba a comenzar en serio y que en realidad nunca habría llegado a tener fin.

Compro Oro Antiguo Al Mejor Precio.

¡Una Idea! La solución de todos mis problemas. La fuga de Arturo Bandini.

Entré.

—¿Hasta cuándo tienen abierto?

El judío que estaba al otro lado de la reja no levantó la vista de sus cuentas.

—Una hora más.

—Volveré.

Cuando llegué a casa se habían marchado. Había una nota sin firmar en la mesa. La había escrito mi madre.

«Hemos ido a pasar la noche a casa del tío Frank. Ven inmediatamente».

La colcha de la cama estaba hecha jirones, al igual que la funda de almohada. Estaban en el suelo, con manchas de sangre. En el tocador había vendas y un frasco azul de desinfectante. En la silla vi un cazo con agua teñida de rojo. Al lado estaba el anillo de mi madre. Me lo guardé en el bolsillo.

Saqué el baúl de debajo de la cama. Contenía muchas cosas, recuerdos de nuestra infancia que mi madre había guardado amorosamente. Los cogí uno por uno. Una despedida sentimental, una mirada al tiempo perdido antes de la partida de Bandini. El mechón de pelo rubio en el librito blanco de oraciones: era pelo mío, de cuando era niño; el libro de oraciones era un regalo de la Primera Comunión.

Recortes del periódico de San Pedro de cuando terminé la primera enseñanza; otros recortes de cuando salí del instituto. Recortes sobre Mona. Una foto de periódico con Mona vestida de Primera Comunión. Su foto y la mía durante la Confirmación. Otra foto común de un Domingo de Pascua. Otra de cuando los dos cantábamos en el coro. Los dos juntos el día de la Inmaculada. Una lista de palabras de un concurso de ortografía de cuando hacía primera enseñanza; el máximo de puntuación.

Recortes sobre obras de teatro escolares. Todas mis calificaciones desde el principio. Todas las de Mona. Yo no era un muchacho despierto, pero siempre aprobaba. Miré una lista de notas: Aritmética 70; Historia 80; Geografía 70; Ortografía 80; Religión 99; Lengua 97. Arturo Bandini nunca tuvo problemas con la religión ni con la lengua. Miré otra de Mona: Aritmética 96; Historia 95; Geografía 97; Ortografía 94; Religión 90; Lengua 90.

Me ganaría en otras cosas, pero nunca en Lengua ni en Religión. ¡Ja! Qué divertido. Una buena anécdota para los biógrafos de Arturo Bandini. El peor enemigo de Dios sacando en religión mejores notas que la mejor amiga de Dios, y ambos de la misma familia. Qué ironía. ¡Menuda biografía iba a ser! ¡Ah, Señor, vivir para leerla!

En el fondo del baúl encontré lo que buscaba. Eran joyas familiares envueltas en

un chal con estampados. Dos anillos de oro macizo, una cadena y un reloj de oro, unos gemelos de oro, unos pendientes de oro, un broche de oro, unos cuantos alfileres de oro, un camafeo de oro, una cadena de oro, unos cuantos chismes de oro..., joyas que mi padre había comprado a lo largo de su vida.

—¿Cuánto? —dije.

El judío puso cara de vinagre.

—Es todo chatarra. No puedo venderlo.

—Pero ¿cuánto? ¿Qué hay de ese rótulo, Compró Oro Antiguo Al Mejor Precio?

—Quizás cien dólares, pero no podré colocarlo. Hay poco oro. Es casi todo plata.

—Déme doscientos y quédese con todo.

Sonrió con desdén, los ojos negros apretados entre párpados de rana.

—Nunca. Ni en un millón de años.

—Dejémoslo en ciento setenta y cinco.

Cerramos el trato por ciento diez. Me dio los billetes de uno en uno. Era más dinero del que había tenido en toda mi vida. Pensé que iba a desmayarme. Pero no dejé que se diera cuenta.

—Esto es piratería —dije—. Un robo.

—Di mejor caridad. Prácticamente te estoy regalando cincuenta dólares.

—Monstruoso —dije—. Indignante.

Cinco minutos después subía por la calle hacia Jim's Place. Estaba detrás del mostrador, sacando brillo a los vasos. Siempre me saludaba del mismo modo.

—Hola. ¿Qué tal el trabajo en la fábrica?

Me senté, saqué el fajo de billetes y los conté de nuevo.

—Vaya fajo tienes ahí —sonrió.

—¿Cuánto te debo?

—Pues... nada.

—¿Estás seguro?

—No me debes ni un centavo.

—Me voy de aquí —dije—. A la sede central. Pensaba que te debía unos dólares. Estoy saldando todas mis deudas.

Sonrió al dinero.

—Ya me gustaría que me debieras la mitad de todo lo que llevas.

—No todo es mío. Una parte es del partido. Me lo han dado para los gastos del viaje.

—Ah. Un viaje deportivo.

—No es esa clase de partido. Me refiero al Partido Comunista.

—¿A los rusos?

—Llámalos así si quieres. Me lo mandó el comisario Demetriev. Dinero para gastos.

Puso los ojos como platos. Silbó y dejó de limpiar con la bayeta.

—¿Eres rojo? —Se le trabó tanto la lengua que en vez de rojo dijo cojo.

Me levanté, fui hasta la puerta y miré a ambos lados de la calle. Volví y señalé con un gesto la parte trasera del establecimiento.

Susurré:

—¿Hay alguien al fondo?

Negó con la cabeza. Me senté. Nos miramos en silencio. Me humedecí los labios. Miró hacia la calle y luego otra vez a mí. Los ojos se le salían de las órbitas. Me aclaré la garganta.

—¿Puedes mantener la boca cerrada? Pareces hombre en el que puedo confiar.

Tragó saliva y se inclinó hacia adelante.

—Guarda el secreto —dije—. Sí. Soy rojo.

—¿Ruso?

—En principio... sí. Dame un batido de chocolate.

Era como si le hubiesen clavado un puñal en las costillas. Le daba miedo apartar los ojos de mí. Incluso me miró por encima del hombro cuando se volvió para llenar la batidora. Reí entre dientes y encendí un cigarrillo.

—Somos totalmente inofensivos —dije riendo—. Sí, totalmente.

No dijo una palabra.

Me tomé el batido con lentitud, deteniéndome de vez en cuando para reír por lo bajo. Por la garganta me subían intrépidas y alegres burbujas de risa.

—¡De verdad! Somos totalmente humanos. ¡Totalmente!

Me miró como si estuviese ante un atracador.

Volví a reírme, con alegría, con soltura, con gorgoritos.

—Demetriev tiene que saber esto. En mi próximo informe se lo contaré. El viejo Demetriev rugirá con su negra barba. ¡Y cómo ruge ese lobo negro ruso! Pero en realidad somos totalmente inofensivos, totalmente. Te lo aseguro, totalmente. De verdad, Jim. ¿No lo sabías? De verdad...

—No lo sabía.

Gorjeé de nuevo.

—¡Pues claro! ¡Y seguro que tú ya lo sabías!

Me levanté y reí humanamente.

—Sí..., el viejo Demetriev tiene que saberlo. ¡Y cómo rugirá con su negra barba, ese lobo negro ruso!

Me acerqué al expositor de las revistas.

—¿Y qué leen los burgueses esta noche?

No dijo nada. Su abierta hostilidad era como un alambre tirante tendido entre ambos, y sacaba brillo a los vasos con furia, uno tras otro.

—Me debes la bebida —dijo.

Le di un billete de diez dólares.

La caja registradora tintineó. Sacó el cambio y lo dejó en el mostrador con un golpetazo.

—¡Ahí tienes! ¿Algo más?

Lo cogí todo menos un cuarto de dólar. Era mi propina habitual.

—Te has dejado el cuarto —dijo.

—Oh, no —dije sonriendo—. Es para ti..., la propina.

—No la quiero. Guárdate tu dinero.

Sin decir palabra, pero con una sonrisa de seguridad y añoranza, me guardé la moneda.

—Viejo Demetriev..., cómo rugirá el lobo negro.

—¿Quieres algo más?

Cogí los cinco números de *Artist and Models* que había en el expositor. Nada más tocar las revistas supe por qué había ido a Jim's Place con tanto dinero.

—Éstas, me llevo éstas.

Se inclinó sobre el mostrador.

—¿Cuántas hay?

—Cinco.

—Sólo te puedo vender dos. Las otras se las he prometido a otra persona.

Sabía que estaba mintiendo.

—Pues entonces me llevaré dos, compañero.

Salí a la calle con sus ojos clavados en mi espalda. Crucé el patio de la escuela. Las ventanas de nuestra casa estaban a oscuras. ¡Ah, otra vez las mujeres! Aquí llega Bandini con sus mujeres. Tenían que estar conmigo durante mi última noche. De súbito volví a sentir el antiguo aborrecimiento.

No. Bandini no sucumbirá. ¡Nunca más!

Junté las revistas y las tiré. Aterrizaron en la acera, ondeando en la niebla, las oscuras fotografías destacando como flores negras. Fui a por ellas y me detuve. ¡No, Bandini! Un superhombre no flaquea. El hombre fuerte permite que se le acerque la tentación para resistirla. Di unos pasos hacia ellas. ¡Valor, Bandini! ¡Lucha hasta el final! Haciendo un esfuerzo supremo me alejé de las revistas y anduve en línea recta hacia mi casa. Ya en la puerta, miré atrás. Eran invisibles entre la niebla.

Unas piernas entristecidas me izaron por los crujientes escalones. Abrí la puerta y encendí la luz. Estaba solo. La soledad acariciaba, inflamaba. No. Aquella última noche no. Por una vez partiría como vencedor.

Me acosté. Me levanté de un salto. Me acosté. Me levanté de un salto. Me puse a buscar. En la cocina, en el dormitorio. En el cuarto ropero. Fui a la puerta y sonreí. Fui a la mesa, a la ventana. Las mujeres ondeaban en la niebla. Busqué en la sala. Es tu última batalla. Estás venciendo. Sigue luchando.

Pero ya iba hacia la puerta. Y bajaba las escaleras. Estás perdiendo; ¡lucha como un superhombre! Me tragó la refunfuñante niebla. Esta noche no, Bandini. No seas un borrego necio y sin voluntad. ¡Sé un héroe en la pelea!

Pero ya volvía a casa con las revistas en la mano. Por ahí va arrastrándose el pelele. Otra vez ha caído.

Vedlo avanzar furtivamente entre la niebla con sus mujeres inertes. Siempre irá

furtivamente por la vida con mujeres inertes de revistas y libros. Cuando esto termine lo encontrarán, como si todavía estuviera en ese país de sueños inocentes, manoseando su propia niebla.

Una tragedia, señor. Una gran tragedia. Una vida fluida e invertebrada, señor. Y el cadáver, señor. Lo encontramos en el muelle. Sí, señor. Una bala en el corazón, señor. Sí, un suicidio, señor. ¿Y qué hacemos con el cadáver, señor? Para la ciencia..., muy buena idea, señor. El Instituto Rockefeller, nada menos. Él lo habría querido así, señor. Su último deseo terrenal. Un gran amante de la ciencia, señor..., de la ciencia y de las mujeres inertes.

Me senté en el sofá y pasé las páginas. Ah, las mujeres, las mujeres.

De repente chasqué los dedos.

¡Idea!

Tiré las revistas y corrí en busca de un lápiz. ¡Una novela! ¡Otra novela! ¡Qué idea! ¡Dios Santo, qué idea! La primera salió mal, sí. Pero ésta no. ¡Aquí había una idea! En esta nueva idea, Arthur Banning no sería fabulosamente rico; ¡sería fabulosamente pobre! No iría por el mundo en un yate caro, buscando a la mujer de sus sueños. ¡No! Sería al revés. ¡La mujer lo buscaría a él! ¡Guau! ¡Qué idea! La mujer representaría la felicidad, la simbolizaría, y Arthur Banning simbolizaría a todos los hombres. ¡Qué idea!

Me puse a escribir. Pero a los pocos minutos estaba asqueado. Me cambié de ropa y preparé una maleta. Necesitaba un cambio de ambiente. Un gran escritor necesitaba variedad. Cuando terminé de hacer la maleta, me senté y escribí una nota de despedida para mi madre.

Apreciada Mujer Que Me Dio La Vida:

Las acerbos vejaciones y perturbaciones de esta noche han cristalizado ulteriormente en un estado que obliga a Arturo Bandini a tomar una decisión mastodóntica y pantagruélica. Comunícotelo en términos inequívocos. Ergo os dejo, a ti y a tu siempre encantadora hija (mi querida hermana Mona), para perquirir los fabulosos usufructos de mi incipiente carrera en recóndita soledad. Es decir que esta noche partiré para la metrópoli del este, nuestra propia Los Ángeles, ciudad de ángeles. Te confío a la clemente generosidad de tu hermano, Frank Scarpi, que es, como suele decirse, un buen hombre de familia (¡sic!). Estoy sin blanca, pero te insto en términos inequívocos a que desistas de angustiarte cerebralmente por mi porvenir, pues en verdad está en la palma de los dioses inmortales. He llegado a la lamentable conclusión, tras un periodo de años, de que vivir contigo y con Mona es deletéreo para la elevada y magnánima finalidad del Arte, y te repito en términos inequívocos que soy un artista, un creador indubitable. Per se, las zozobrantes invectivas de la cogitación y el intelecto hallan poca fruición en la corrompida y distorsionada hegemonía que los pobres mortales, a falta de una terminología mejor y más concisa, llamamos

hogar. En términos inequívocos te doy mi amor y mi bendición, y te juro con toda sinceridad que cuando digo en términos inequívocos que te perdono no sólo por lo que compungidamente ha tenido lugar esta noche, sino también por todas las demás noches. Ergo supongo en términos inequívocos que me corresponderás de parecida manera. ¿Puedo decir a guisa de colofón que tengo mucho que agradecerte, oh, mujer que insufló el aliento de la vida en el cerebro de mi destino? Sí, así es, así es.

Firmado: Arturo Gabriel Bandini

Con la maleta en la mano, me fui andando a la estación. Faltaban diez minutos para que saliera el tren nocturno de Los Ángeles. Me senté y me puse a pensar en la próxima novela.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura, aunque sólo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. Entre su producción literaria figura la tetralogía protagonizada por su álgter ego Arturo Bandini, publicada en esta colección, compuesta por las novelas *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo*, *Camino de Los Ángeles* y *Sueños de Bunker Hill*, así como *La hermandad de la uva* y *Un año pésimo*. Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathanael West, Raymond Chandler (por su evocación de Los Ángeles), Raymond Carver y en especial Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que éste, su obra alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado en 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN.